



---

# **El Sacerdote**

---

*K. Spencer*

*Shella Maldonado*

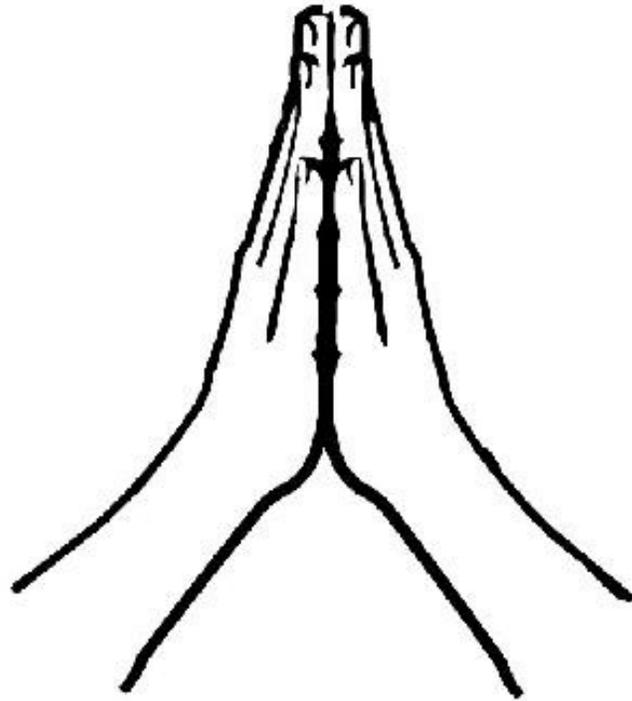
# EL SACERDOTE



K. Spencer

S M

# EL SACERDOTE



K. Spencer

SHEILA MALDONADO

*No se permite la reproducción total o parcial de este relato, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual ( Art 270) y siguientes del Código Penal.*



*Todos los hechos narrados en esta novela son totalmente inventados y sus personajes son fruto de mi imaginación, así como algunos lugares mencionados en el transcurso de la historia. Toda coincidencia con la realidad es pura casualidad.*

*“La mente es muy poderosa. Te conviertes en lo que piensas.”* Buda.

A ti, lector, lectora, porque recibiré de ti más de lo que te puedas imaginar cada vez que sigas con interés la historia que aquí contaré.

Para que la disfrutes y obtengas satisfacción además de entretenimiento; para que cubra todas tus expectativas en cuanto a esta novela, espero, de tu conseguido agrado. Si no es así, al menos que te haya permitido evadirte unos momentos para después volver de nuevo con renovadas fuerzas a la cotidiana realidad donde desarrollas tu principal escena: tu propia vida.

Los sucesos aquí descritos son fruto de la imaginación, pero quién sabe... quizás alguna vez llegaron a existir en un marco determinado que los materializó e hizo posible, con personajes reales que se hayan encontrado tal vez en el transcurso del tiempo, que coincidan en manifestar los mismos sentimientos que reflejo capítulo a capítulo donde desnudo sus almas e intento que cobren realismo dentro de tu mente, gracias a tu imaginación.

Seres que respiran, laten, sienten, sufren, aman y mueren por conseguir lo que más anhelan. Seres que se consumen en las llamas de sus tentaciones, seres que se arrepienten de lo que nunca llegaron a hacer y tanto desearon.

Con todo mi afán porque pases una buena lectura, te invito a que conozcas a Esther y a Kevin y que les concedas una oportunidad para que te lleguen a hacer palpitar con sus mismas emociones, espero que puedas darles tanta vida como yo he pretendido conseguir y que con todo mi empeño y dedicación he intentado plasmar en cuerpo y alma en esta novela.

K. Spencer

S. M.



## Comenzando desde el final...



Una mañana de noviembre del año 2018, el reverendo Kevin McGrath, se preparaba para officiar la misa como tenía costumbre a la una del mediodía.

Era el pastor de la Iglesia católica de Santa María situada en la localidad de *Kilkenny*, perteneciente a la diócesis de *Ossory*, lugar que corresponde al obispado más antiguo de Irlanda.

Las campañas atizaban con desespero los tímpanos de los feligreses para que acudieran a tiempo a la ceremonia que ese día tenía lugar.

Kevin murmura algo que su mente prohíbe:

“Tengo en mis manos el cáliz de mi salvación o la copa que envenenará mi alma.

Me ha sacudido hasta las entrañas el vendaval de sus encantos y me he desplomado al caer las columnas de mi resistencia.

Estoy atrapado en mi libertad de decisión, no tengo tregua en esta lucha interna que me está desquiciando.

No quiero condenarme de por vida a una muerte silenciosa, a una perpetuidad de sentimientos mutilados.

Que se me lleven los demonios si tengo que vivir perdidamente atado a su recuerdo, al sabor de sus besos, al aterciopelado susurro de sus gemidos cuando la estrecho entre mis brazos en mi desconsolada imaginación.

Se despelleja mi alma a jirones cada vez que intento alejarla de mi cabeza.

Su cuerpo se ha convertido en el templo que quiero habitar.

*Soy esclavo de sus curvas, Ahora o nunca.*

Soy lo que aparece al final de los eslabones de unas cadenas invisibles que a ella me conducen.

Debo resolver este quebrantamiento lo antes posible o lo que queda de mi integridad se convertirá en añicos de pura miseria humana.”

\*Esther\*



í, le he visto pasar por la plaza.

Iba vestido con su sotana, barriendo tras su paso todas las tentaciones que derrama con su presencia.

Llevaba un propósito en su avance, un norte que marcaba su rumbo, un horizonte que tras alcanzarlo saltaría al abismo que le separaría de mi vida para siempre.

Era inaccesible, tentadoramente inaccesible.

Me atraía una fuerza poderosa por detener su inercia, por girar su atención hacia mi mundo, por apresar su penitencia para hacerla mía.

Su alma no pertenecería nunca a ninguna mujer... esa era la causa de mi desorden emocional cada vez que pienso en él. Que si sigue sin morder la manzana del pecado es porque no ha aparecido aún su Eva.

Y yo quiero ser quien le destierre de su Paraíso celestial para arder en un infierno de éxtasis perversos.

Posee un carisma que anticipa sensaciones extraordinarias que solo un hombre con alma de ángel puede brindarte, en el más oscuro secretismo inconfesable.

En el desvelo de sus noches de insomnio quiero aparecer.

## EL MUNDO INVISIBLE

El paradigma de la realización del ser humano respecto a su naturaleza espiritual, entra en conflicto con el espejismo de la razón.

Llega un momento que nos encontramos con un importante dilema a resolver.

¿Qué representa lo que verdaderamente somos?

¿Cuál es el motor de nuestros deseos? ¿Nos convertimos en lo que pensamos y sentimos lo que pensamos o pensamos lo que sentimos sin que la lógica intervenga?

Quiero hacer hincapié en esta tesitura antes de avanzar en la lectura de este libro, puesto que su principal personaje, “*El sacerdote*” es un hombre cuya temporalidad está sujeta a la hipnosis colectiva de la fe que desafía la mortalidad.

Su misión como religioso, su condición humana, su versión carnal. Un conglomerado de propósitos que conducen a la misma realidad.

# CAPÍTULO 1



*En la Iglesia de Santa María, Kilkenny, Irlanda.*

*\*Esther\**

Tan solo se escucha el crujido de la madera cada vez que alguien se inclina en el reposa-rodillas para rezar.

Estoy rezagada en la última fila del segundo bloque de bancos. Delante de mí solo tengo a una señora que no deja de abanicarse mientras sus labios van recitando oraciones sin parar. Creo que ni sabe lo que está diciendo, que sus palabras salen solas como si fuera humo de las brasas religiosas que residen en su interior y mantienen su fe, es el fuego que aviva su esperanza y seguramente la ayuda a soportar su propio calvario.

Yo también quiero encender algún fuego en mi cabeza que haga arder mi desesperación, y para ello me propongo ahondar en la meditación, cerrando los ojos nuevamente y pronunciar las palabras apropiadas para conducir mi mente y mi espíritu hacia un mar despejado de quebrantos y desdichas.

Visualizo las aguas azules del océano, me transporto hasta el barco de pesca en el que me llevaba mi padre de pequeña en una de sus excursiones

hacia las islas Saltee, casi las estoy viendo acercarse en la distancia, en el espejo oceánico que refleja las vaporosas nubes de un cielo amable en pleno verano, sintiendo la brisa que roza mi cara esparciendo toda preocupación, arrastrándolas para siempre hasta el fondo del infinito.

Quiero llegar a esas islas, a Great y Little Saltee, como así las llaman dependiendo de su tamaño. Hemos recorrido solo cinco kilómetros desde la costa sur del condado de Wexford, donde está el embarcadero, y espero ser la única que pise en esas tierras, a pesar de que la familia Neale es la propietaria de ellas desde 1943, aunque ahora parece que no hay allí ni un alma. Imagino estar allí, en la gran Saltee, paseando por un camino rodeado de helechos y otras plantas tan verdes que contrastan con el paisaje marino retándose en intensidad.

Mis pies descalzos se dejan acariciar por la mullida superficie que los acoge a cada paso, pronosticando la llegada gloriosa a una especie de santuario que desde su porche se divisa una vista espectacular del paisaje, en lo alto del montículo. El silencio es un coro de aves que se arremolinan sobrevolando los arrecifes para jugar con los embates de las olas que salpican las rocas. Agreste escenario que protagonizan gaviotas y alcatraces cayendo en picado al agua para surgir de nuevo como puntas de flecha hacia arriba con un pez en sus picos.

Mi padre me contaba que en esa isla se llevó a cabo una coronación, la de *Michel the Firts*. Se cuenta que a la edad de 10 años visitó esas islas y se quedó maravillado, deseando ser el príncipe de las mismas. Prometió a su madre que algún día lo conseguiría, y pasados 13 años acabó haciéndose propietario de las islas finalmente. Llegó a levantar una especie de trono además de un curioso obelisco, justo en la parte alta donde ahora quiero situar mi santuario imaginario.

En vez del mensaje que existe hoy día acogiendo a todo aquel que quiera admirar la belleza de las aves y el entorno, acabo leyendo unas palabras que me sobrecogen por lo referido que parecen a mi actual circunstancia. Leo que soy bienvenida a la serenidad, a la calma, a la libertad que desata el verdadero ser que yace oculto dentro de mí, al que suelto sus cadenas, levanto su losa y sale victorioso a recorrer como un ave más el paraje más parecido al puto paraíso. Es una gozada para los sentidos sentir que formo parte de ese paisaje, que nadie me espera en ninguna parte, que estoy donde debo estar y me convierto en eternidad, congelando el instante para que permanezca como

un fondo de pantalla en todos los días de mi vida.

Capto cada átomo que conforma la esencia de esa envoltura natural que me abriga con la brisa, el perfume a espliego, lavanda, y el néctar marino que se diluye en mis fosas nasales apreciando la inmensa profundidad del océano que me rodea.

Cielo, océano, tierras salvajes.... Y mi liberación.

Recuerdos...

Paseaba por el páramo, arropada por la capa escarlata que mi abuela me puso antes de salir de la cabaña de piedra en la que vivía junto a mi abuelo, dos perros mastines y una yegua del color del fuego, cobriza y anaranjada, más o menos fulgurante según los rayos del sol se posaban en su escultural figura equina.

Tenían la costumbre de ir hasta esa casita rústica cada primer domingo de mes, para mantenerla y de paso seguir dando instrucciones a los paisanos que cuidaban las tierras de alrededor, propiedad de mis abuelos que les tenía como jornaleros con derecho a vivienda, en un anexo a la casa principal.

Aquello era otro mundo, era volver a la romántica época medieval, en la que sobraban los instrumentos tecnológicos para dar protagonismo a los elementos artesanos que sintonizaban con la Naturaleza en su estado puro.

Hasta los vehículos respetaban la majestuosidad de aquel enclave protegido, permaneciendo en un parking situado a un kilómetro antes de subir el sendero que tan solo se podía ascender con la ayuda del carro que el caballo de los jornaleros conducía a todo aquel que quisiera ascender a tales latitudes.

Entonces, allá en lo alto, extendiendo mis brazos al infinito, dejando que la capucha de la capa caiga hacia atrás al compás de toda la tela de mis ropajes que se empeñan en dispararse hacia la dirección del viento, hacia el sur, a mis espaldas, al pasado que me persigue y al que quiero borrar de mi nuevo horizonte.

—Quiero encontrar mi alma gemela, quiero amar con todas mis fuerzas, quiero que broten de mi corazón sentimientos de amor, de entrega, de querer fusionarme con otro ser para completarme en mis profunda soledad.

Entonces me abrazo, renazco en mis ganas por sentir algo que se le parezca al amor romántico que en las películas de época se manifestaba, amores que se entregaban con total convicción de pertenecerse, sucumbiendo a la fuerte atracción que les empujaba a la deriva de un loco amor. Porque el amor es

irracional, rompe los esquemas que la mente ha trazado para izar las velas de la aventura.

—¡Quiero enamorarme, quiero sentirme mujer!

Mis palabras resuenan en el eco de mi propia perturbación. Nadie me escucha, puedo gritar a los cuatro vientos todo lo que aclama con urgencia mi espíritu recién resucitado. Es mi oportunidad para hacer frente al rescate de lo que queda de vida en los rescoldos de mi alma de mujer con derecho a enamorarse.

Esta especie de catarsis ha hecho que recobre fuerzas. Aún con mis manos en mi cara, arrodillada frente al altar de la Iglesia de la calle James, en Kilkenny, me dejo impregnar del místico aroma a velas e incienso, y al abrir los ojos, ante el ábside decorado en estilo gótico veo que se está preparando el altar para comenzar la misa.

No es que sea muy devota, pero ya que me encuentro aquí, me quedaré a la celebración del oficio religioso para saborear con más tiempo esta paz que me recobra el ánimo.

Las feligresas van acercándose desde la puerta de entrada, se van sentando en los bancos con sus pañuelos en la cabeza atados al cuello. Aunque ya es prácticamente verano, van tapadas con chaquetas negras o marrones, sobre los vestidos de flores con fondo oscuro que casi como un uniforme las caracteriza como habitantes de este pueblo tranquilo, donde casi todos nos conocemos y distinguimos entre el bullicio del turismo que pronto inundarán nuestras calles.

Llevan el libro de los rezos y canciones en sus manos junto a un rosario que se bambolea en su extremo con la medalla o la cruz según cada uno, al paso de las devotas hacia sus puestos ya precisados desde años.

A mi lado se ha sentado una señora con el pañuelo verde y bajo su chaqueta de punto negra, (seguramente confeccionada por ella misma por la forma de los nudos irregular en la lana en un diseño muy personal y único), lleva un vestido con ramos de Eufrasia, planta de flor que crece bastante por aquí.

Tiene la cara bastante arrugada, signos evidentes de pasar largos ratos al aire libre, a merced de los vientos y las corrientes que azotan estas latitudes. Hay mucha gente de campo que, llegando a una edad, dejan las granjas para asentarse en el núcleo urbano, acomodándose a la rutina civilizada que intentan ocupar con quehaceres y cometidos como el de no faltar cada día a misa de una.

Noto a través de mis fosas nasales, el perfume a nardos que se debe haber puesto antes de salir de casa, intentando en vano hacer desaparecer el olor a guiso que ha debido estar cocinando en su rústica cocina de leña.

Aún hay casitas que disponen de chimenea y cocina de leña. Son casi unas reliquias que con orgullo cuidan para mantener el sabor a la vida de antes, y de paso no encuentran tanto abismo entre sus hábitos domésticos en la granja y la nueva residencia urbana.

Yo también vivo en una granja. Sé lo que es despertarse y ver todo verde, oír los pájaros, las gallinas, y llenarse el pelo de briznas de paja tras la cosecha.

Empiezo a temer el momento en el que nos encontremos a solas Edgar y yo en la casa, y yo le sirva de diana para que dispare su mal humor como ya ha demostrado algunas veces. La historia se vuelve a repetir, igual que sucedió con mi ex marido, Bernart.

Pero quiero posponer esa sensación desagradable y mortecina para seguir respirando esta paz que me bautiza de compasión.

Aquí, en uno de los bancos de la Iglesia de Santa María, estoy a salvo porque es como una puerta dimensional que permite esparcirme en otros confines que se apartan de mi infierno personal.

Las campanas repican. Llaman al oficio.

Al otro lado se han sentado varias mujeres más. Todas con sus rosarios y sus libros de la mano. Yo no tengo ni rosario ni libro, pero si sigo viniendo a este oasis de paz, tendré que agenciarme de tales instrumentos para entrar de fondo en esta práctica reconfortante.

La religión es el opio para el pueblo, según decía Unamuno, lo tomaré metafóricamente como una catapulta a la evasión, me drogaré de espiritualidad para anestesiarme de mi tormento diario.

Miro mi ropa, cómo contrasta con la de mis paisanas. También tendré que hacer algo al respecto. Quiero integrarme, mimetizarme con este entorno eucarístico.

Mis tejanos, las sandalias que despejan la vista de mis pies con las uñas pintadas de nácar, la blusa burdeos y mi bolso a juego con las sandalias blancas, llaman mucho la atención en este refugio de peregrinos devotos.

Parezco una turista más de las que entran improvisadamente a hacer cuatro fotos del rosetón y el ábside.

Quiero congregarme en este patíbulo de lo mundano y ser una más de las

que aspiran este opio calmante y compasivo.

Todas se levantan, y digo todas porque no hay ningún varón, salvo el sacerdote que imagino entrará de un momento a otro en el altar.

El órgano estalla entre las paredes grisáceas dando vida a este mausoleo de reposo.

Reconozco el tema: es la Toccata con Fuga Pedalite del maestro Johann Sebastian Bach.

La emoción que despiertan las notas está haciendo vibrar todo mi cuerpo, es lo que faltaba para acabar rendida a este templo. Parece que me haya estado esperando desde que se levantó en sus inicios para que pudiera ascender del pozo en el que estaba atrapada.

¿Qué tienen las iglesias para que nos encontremos tan relajados en su interior, para que dejemos a la puerta todo lo que nos agobiaba y nos sintamos bendecidos por una fuerza poderosa?

Hay estudios que hablan sobre el poder que las energías telúricas ejercen en determinados puntos de la superficie terrestre, en los que confluyen fuerzas que favorecen la espiritualidad. Deben cruzarse líneas electromagnéticas favorables, beneficiosas, en el emplazamiento de esta Iglesia que seguramente se asentó bajo los cimientos de una antigua capilla o incluso algún enclave druida.

Me dejo extasiar por este hechizo que se está apoderando de mí, cierro los ojos para que se impregnen todas las células de mi cuerpo de esta impresión de magnificencia cósmica.

Ahora se va apagando poco a poco la resonancia del órgano, las mujeres tosen para preparar sus gargantas. Abren sus libros por una página que tienen señalada con un lazo negro y todas al unísono como en un coro de ángeles emiten las palabras en una melodía monástica, haciendo que me sienta ahora una verdadera intrusa al no saber cómo acompañarlas con mi temblorosa voz que no acierta a seguir las, por mucho que me empeñe. La señora de al lado me enseña la letra de la canción, acercándose su librito al ver que yo no lo tengo. Es un gesto que veo en otras que también tienen a alguien perdido en el mismo banco, les ayudan a seguir la canción para conseguir la comunión de todas las voluntades fervorosas ante el altar.

Todas estamos aquí por lo mismo, para participar en el oficio. Como alumnas de clase, como miembros de un equipo, sin habernos apuntado a ninguna lista... eso es lo bueno de venir a la Iglesia, que todos somos bien

recibidos y podemos participar en las actividades, en las celebraciones religiosas, y sentimos que nos abren los brazos y nos dan paso, incluso nos estrechan la mano a la hora de dar la paz.

Se crea un vínculo que recrea la conciencia de la divinidad. De compartir la creencia de que hay algo superior que está por encima del mundo, que gobierna sin más ley que la del amor, la abnegación, la entrega y resignación para asumir la vida que a cada uno le ha tocado vivir, en la que hay que luchar para no dejarse caer, para no enflaquecer ni derrumbarse.

Es la fortaleza del espíritu, es la fe que mueve montañas, que puede con todo, que apoyados en el amor incondicional y absoluto de quien nos ha creado, nos levantamos después de cada traspies y derrotamos la negatividad que intenta acorralarnos.

Tengo que venir cada día a la Iglesia. Quiero afianzar esta fe, quiero combatir mi propia guerra desde la paz interior.

Cuando el estribillo se repite, ya soy capaz de entonarlo, perfilando mi tímida voz entre las demás. Me parecía que sobresalía mi agudo timbre, pero quizá lo que me llamaba la atención era que ¡yo estaba cantando!

Cuánto tiempo sin cantar...

Desde que recuerdo, la última vez fue en la despedida de soltera con mis amigas, en la calle, saltando como cabras, borrachas de alegría y en pleno desenfreno. Veníamos de un pub donde me metieron engañada para que presenciara al grupo de folk que tanto me emocionaba, un grupo local que hacía furor por entonces, con temas parecidos al grupo Gwendal.

Como no podía ser menos, me hicieron beber sin medida, acabando con una cogorza monumental que me desinhibió por completo, hasta me enfilé al escenario y todo para tocar la batería. ¡Un espectáculo! Lo grabaron todo y cuanto más lo veo más vergüenza me entra.

Pero este no es un canto de júbilo, es más bien parte de la orquesta que conforma este espacio etéreo, que se conecta con la vibración ya latente bajo la cúpula de este microcosmos.

La canción termina. Los libros se cierran. Parece que van a pasar lista porque todas se ponen firmes.

Unos pasos avanzan bajo una sotana negra con unas franjas violetas en la parte superior a los lados de una cruz dorada que enmarca el pecho del sacerdote que va a officiar la misa.

Sus manos en posición de rezo, su mirada hacia el Cristo que se eleva a su

derecha, en la parte central del Altar, una reverencia humilde y metódica para seguir hasta el atrio y abrir el Libro de la celebración Eucarística.

Es joven, tiene barba y con su cabello pelirrojo denota haber salido del mismo corazón de Irlanda. El fuego emana de su contorno, no solo por su pelo sino por la fuerza con la que se dirige a todas las asistentes al oficio religioso. Nos convoca a una especial reunión con un deber que él tiene el encargo de guiar, de cuidar para que se realice. La ejercitación del poder interior, la renovación de las promesas hacia la parte divina que nos corresponde, el compromiso con el resto de la humanidad para llevar la antorcha de la esperanza, esa que ilumina la oscuridad de los tormentos y penurias que aniquilan la capacidad de elevarse de la superficie mundana.

Intento recomponerme. Algo me está pasando y no sé lo que es. Es como si de repente hubiera llegado a casa, al hogar, y me voy desplomando al desnudarme de la coraza que llevaba tanto tiempo pegada a mi alma, protegiéndome con la actitud de dureza que insensibilizaba casi por completo los poros de mi corazón.

Le estoy escuchando hablar y su voz se cuele por mis entrañas, como si le reconociera de repente, como si supiera que él estaba ya en este mundo, y que algún día aparecería para ejercer su influencia sobre mí.

Siempre he pensado que todo pasa por algo, que no es coincidencia el que nos crucemos con determinadas personas y que ello ocasione cambios en el giro de nuestras vidas. Es mejor considerarlo así para que todo tenga sentido, para analizar el trasfondo de todo y no seguir como un autómatas, dejándose llevar por la corriente de la inercia que nos engulle si nos dejamos arrastrar por la inconsciencia.

Sus palabras son un río que fluye adentrándose en los cauces de mis venas, qué efecto puede llegar a producir el sonido... con razón las ondas Shumman conforman un estado de bienestar. Él despliega ondas amables que acarician mis sentidos y calman mis latidos, mi respiración se hace más profunda, y en cada soplo que entra por mis pulmones se va inflando una burbuja dentro de mí que me sosiega delicadamente.

¡Qué placidez! Esto es lo que necesitaba hace tiempo, encontrar un refugio donde todo el que acude a él demuestra una actitud generosamente humana, cálida, aspirando a ser parte de la divinidad.

La sucesión de oraciones en el oficio religioso van discurriendo sin que tenga ninguna prisa por marchar.

Normalmente me aburren los discursos y actos multitudinarios pero esta misa me sosiega y no percibo ningún atisbo de stress.

Llega el momento del sermón. Todas sentadas nos recreamos en la figura del representante de Dios en esta Iglesia y dejamos que se expaya; un profundo mensaje nos va a caer empapando nuestros desiertos particulares, a cada una le va a servir para activar el resorte que reconduzca sus rumbos, hacia la estrella polar de la salvación.

“ Queridos miembros de este acto religioso, ante todo celebro que os hayáis dignado a presentaros a este digno y sagrado templo para compartir el deseo en avanzar en la palabra de Dios, entender la misión que cada uno, cada una tiene en esta senda que recorreremos cada día. Puede que a veces se nos haga cuesta arriba, que nos superen los obstáculos para alcanzar nuestros propósitos, pero nunca hay que dejar de avanzar. Os pongo un ejemplo, que seguro os ayudará a encajar mejor mis consejos:

La energía que proyectas, vuelve. Porque esta energía no se desintegra y es tuya.

Si alguien te hizo daño y ha hecho sentir dentro de ti el dolor de la incomprensión, relájate y piensa que esa persona sentirá algún día esa misma incomprensión. Así que no le guardes rencor y no intentes devolverle el agravio, ya que la Ley del Universo se encargará de hacerle comprender el error de su comportamiento, por tanto, no seas tú nunca quien se cobre de alguna manera esta injusta acción.

La vida en su inmensa sabiduría, está siempre al lado de quien ama y la misma vida se encarga de dirigir esa energía.

Quien comete un acto deshonesto hacia alguien, tarde o temprano, tendrá que pasar por esa misma prueba y así una y otra vez, hasta que se dé cuenta de que las cosas no funcionan de ese modo.

La vida nos devuelve lo malo y lo bueno como si del MAR se tratase:

Con sus olas que devuelven a la orilla de la playa lo que recogen de ELLA.

Sé paciente. Piensa en positivo. Dentro de ti habita la paz del espíritu: esa armonía que tanto necesitas para un equilibrio completo.

Recuerda, siempre, las palabras del Maestro: “Es mejor sembrar la Tierra con Amor que cubrirla con Odio.”

“Imaginad que estáis en una travesía en plena montaña. Al principio, el camino es amplio, angosto, y de fácil acceso. Parece que va a ser así todo el

recorrido, y nos permitimos relajarnos pensando que será satisfactorio seguir por tal senda, sin preocuparnos por nada más que por seguir caminando. De repente, ves que las personas que iban contigo se van separando, las que antes reían contigo se van por atajos y te van dejando solo, sola. Tropezamos, nos lamentamos, y retrocedemos o acogemos otras vías que conducen a diferentes destinos pero más accesibles.

Por eso hay que derribar todo lo que nos obstruye el paso para ir siempre hacia arriba, sin desviarse por fáciles tentaciones que desembocan en páramos estériles, de sufrimiento.

Coraje y ánimo, porque no estáis solas ni desamparadas, aunque no veáis más que vuestra propia sombra alargándose en el infinito de vuestro tormento, que el Señor os alienta en lo más profundo de vuestro espíritu.

Solo tenéis que escucharlo. Su voz en medio del ruido del mundo.

Una vez que os infunda valor desde el más puro amor que jamás encontraréis en ningún otro ser, porque os ama tal como sois, porque sois parte de Él, hallaréis por fin vuestro refugio, vuestro verdadero hogar allá donde estéis.”

Sus palabras calaron en mí adentrándose en mis entrañas. Mi pecho es un volcán a punto de estallar. Es tan conmovedor todo lo que expresa que estoy extasiada, y a la vez temblando de emoción.

Parece como si se hubiera dirigido a mí, a mis angustias, a mi desdicha personal, porque genera un cambio de actitud que estoy dispuesta a seguir.

Parece que ha querido decirme que no debo dejarme llevar por la pesadumbre, que tampoco puedo retroceder y volverá sufrir lo mismo, que tengo que tener fuerzas para soportar este duro trecho y conseguiré liberar mis tormentos en la cumbre de mi sacrificio.

Tengo que resistir y seguir cuidando de mi esposo, aguantar todo lo que pueda para no seguir odiando a mi ex, intentar acomodarme a esta circunstancia tan dura.

Pero ¿quién no tiene una gran responsabilidad por llevar?

¿Quién no tiene que tener paciencia por alguien, por velar por su bien, por contribuir, por ayudar, por dar lo máximo y no tirar la toalla abandonando a su suerte a quien más necesita de ti?

En el fondo quiero a Edgar como esposo, no llega a conectar conmigo todo lo que desearía, pero no puedo dejarlo. Me ama con todas sus fuerzas a pesar de no poder culminar mis expectativas. Noto que pertenecemos a diferentes

mundos que en su día se acercaron pero que volvieron a tomar su propia órbita alejándose cada vez más.

Mis lágrimas salen a borbotones. Se ha revelado la poderosa fuerza divina en mí a través de este sacerdote que más que un hombre, es una manifestación del más puro amor, delicado y que con tanta sensibilidad llega a tocar la fibra más honda que es capaz de levantar un tsunami de emociones.

No puedo soportar estar más tiempo reteniendo mi necesidad de estallar en un llanto que clama por desahogarse con fuerza.

Salgo como puedo del banco, esquivando a las señoras que se van apartando extrañadas de mi estado: sorbiéndome el líquido de la nariz, conteniéndome todo lo que puedo el ataque de llanto a moco tendido que intento controlar, pero la vista se me nubla con la aparición de una cascada de lágrimas que parece querer inundar toda la Iglesia.

Al poner un pie en el pasillo, el otro se queda atrapado en el reposapiés del banco y aunque me agarro a una señora, lo único que hago es despojarle de su toquilla, dándome de bruces contra el suelo.

Me agarran las mujeres que están en los laterales y con toda la santa vergüenza, me enfilo hacia la puerta para desaparecer de allí cuanto antes.

¡Qué apuro, por Dios!

Se me ha cortado el llanto de golpe con el trastazo que me he metido.

Casi me he visto como las novicias que hacen los votos echándose al suelo ante el altar, solo que yo no he renunciado a nada, no he hecho ninguna promesa en esa puesta en escena de mi desparrame en el pasillo de la Iglesia, pues esta misma noche tendré que cumplir con los deberes maritales y yacer junto a mi esposo.

*Esther en sus primeras andaduras por la vida*

Salí de mi casa buscando la manera de ser útil, de dar todo lo que la vida me había concedido, la voluntad de hacer por los demás todo lo que en mi mano estuviera. Pero las órdenes religiosas no me convencían. Incluso contemplé la opción de un convento de clausura, en la abnegada entrega mediante la oración y la meditación, para que Dios intercediese por los más necesitados mediante el vehículo de la oración.

Pero era igual, no se trataba de la utópica salida del mundanal escenario, renunciando a placeres materiales en pos de la mayor de las satisfacciones del ser humano: convertirse en un ser espiritual en todo su potencial, mirando la vida desde esa perspectiva volátil, en la que predomina la manifestación de lo

divino en todo lo que nos rodea y sentimos.

En mis ejercicios espirituales, donde te preguntabas quién eres, qué quieres, qué desea Dios de nosotros, qué espera que hagamos en nuestros suspiro existencial, me di cuenta de por qué nos pone en determinadas circunstancias. Así fue como entré en una organización humanitaria colaborando en la dinamización de grupos. Bernart era uno de los miembros del grupo que yo atendía. Se obsesionó conmigo haciéndome creer que me amaba hasta que caí creyendo que yo también sentía algo por él, confundiendo el amor con la compasión. Entonces mi satisfacción se basaba en complacer a los demás.

Nunca me ha llenado lo material, ni desear aparentar ni destacar en nada. Y si había que esperar algo era el haber sido capaz de hacer lo que de mi mano estaba al alcance para favorecer a los demás.

## CAPÍTULO 2



### *Retrato de Esther*

*Esther Walsh había acudido hacia el centro de Kilkenny desde la finca de su actual marido, Edgar Wilson.*

La producción agrícola, basada casi exclusivamente en la cebada que se destilaría para formar la típica cerveza de la comarca, era su único medio de subsistencia.

Edgar se quedó en los campos mientras que su mujer decidió ir a la ciudad tomando el autobús que tenía la parada a unos tres cuartos de hora de camino. Pretendía alejarse un poco de la rutina que cada día se convertía en una pesada carga difícil de sobrellevar.

Su anterior esposo, Bernart, aún seguía produciéndole malestar al intentar averiguar sobre su paradero a través de sus padres, los cuales residían en Wexford, donde Esther convivió con él hasta que finalmente obtuvo el divorcio tras duros años de soportar su mal carácter.

Bernart comenzó a manifestar episodios maniaco-depresivos que llegaban incluso a traumatizar a Esther, tomándola como diana en muchos de sus ataques neuróticos.

Sin poder quedarse junto a su familia para evitar a su ex marido, Esther buscó un destino que le permitiera rescatarse a sí misma y empezar de nuevo a vivir sin mirar atrás. Pero cuando Bernart insistía en volver a verla llamando a sus padres, estos la advertían del cuidado que debía mantener para no dar

nunca pistas sobre su paradero. Por tanto, esa sombra del pasado era como una losa que no lograría quitarse de encima jamás.

*Recuerdos del pasado traumáticos.*

\*Esther\*

Mi ex marido Bernart vuelve a mi mente para exasperarme. Hace cinco años me divorcié de él y aún sigue perturbando a mis padres para saber dónde me hallo. Sufre una depresión que casi me arrastra a mí con ella al abismo del suicidio.

Le odio con todo mi ser.

Odio el modo en el que hablaba, cada vez que rompía la paz y la armonía con el ruido que sacaba de su putrefacta garganta y que ahora atormenta a mis padres.

Todo lo que salía de él era odioso. Su presencia me exasperaba, me irritaba hasta encoger mi corazón en un puño que cada vez apretaba más hasta exprimir la última gota de mi paciencia.

Su existencia es mi muerte. Soportarlo es ir cavando mi tumba, sepultando mi juventud, mis ilusiones, bajo la losa de su pesada energía destructora.

Todos sus movimientos se han convertido en espadas que se clavan en mí, que detienen mi respiración, que anulan mi capacidad de pensar, de sentir, de amar.

Me ha convertido en un ser lleno de odio y amargura que lucha por volver a recuperar su verdadera esencia, la que he logrado en estos años de liberación, pero que ahora vuelve a mi cabeza tras la pesadilla que he tenido esta noche con él, con el recuerdo de una vida pasada cuando estábamos casados.

Su enfermedad me ha trastornado, y aunque yo no padezca una declarada locura, sí estoy germinando un desquiciamiento que tarde o temprano se va a manifestar. Y lo temo. Temo que algún día se disparen todas las flechas que aguardan en el arco tensado que a base de acumular deseos de matarle, están esperando dar en la diana y acabar con todo rastro de él.

Quisiera que desapareciera, igual que los nubarrones que impiden ver el sol y destierran la alegría en la vida, así él ha teñido de gris mi cielo, un gris que cada vez se pronuncia más hasta verlo todo negro, más negro que el pozo en el que me estoy ahogando.

No me imaginé que convivir con una persona así fuera tan insoportable. Al principio me daba hasta pena, verle tan solo, e intentaba entender sus reflexiones, acabé por empatizar con su manera de ver la vida.

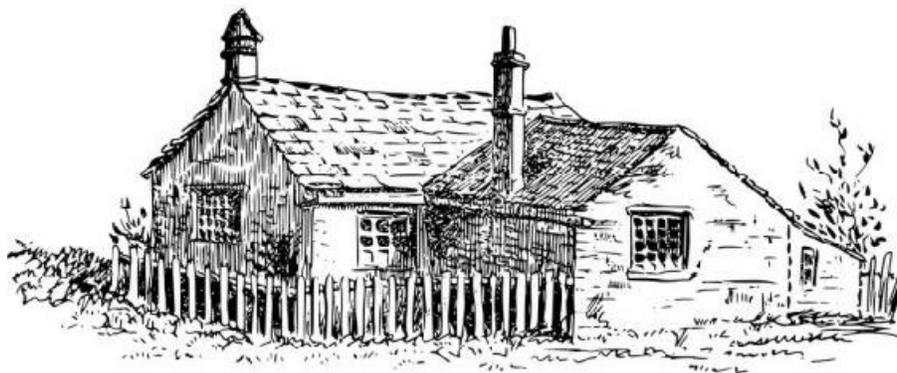
Le gusta profundizar en cada detalle, en el comportamiento humano, sacando mil y una conclusiones de todo. Que si en el banco hay cinco personas haciendo cola es porque ese día no tenía que ir, que por algo será, exponiendo con rigurosidad hasta la vestimenta de los que allí esperaban, la circulación del tráfico de ese día, el viento, la lluvia, el calor, los alérgenos del ambiente.... Todo todo estaba en su contra ese día y comentaba los pormenores hasta convencerme de la casuística que envolvía toda circunstancia de su vida.

Desde que se levantaba hasta que se acostaba, estaba analizándolo todo, minuciosamente, metiéndome por medio para intervenir. No tenía un minuto en paz.

Por eso intentaba escapar de todos esos pensamientos y entré en la Iglesia. Allí estaba a salvo.

Al sentarme en un banco y dejar la mente en blanco, intentaba que su figura desapareciera, que sus palabras se borrarán de mi mente, que mi cuerpo dejase de tiritar del nerviosismo al que me está llevando esta condena de su recuerdo tan traumático a pesar de convivir ahora con Edgar, pero la herida se abre de vez en cuando recordando lo duro que fueron aquellos días junto a él, junto a Bernart.

Se me viene la imagen figurada de mi odioso marido, con sus manías, su cara, sus ojos escudriñando en este momento de respiro. Trato de apartarlo de mi cabeza pero sigue presente aunque no lo tenga a mi lado. Aunque él esté a trescientos kilómetros lo tengo dentro de mis neuronas apaleándome con su recuerdo.



## CAPÍTULO 3

### *Vuelta a casa*

Marcho a casa, con un moratón en mi rodilla. Al menos tendré una prueba evidente de lo que estoy considerando como “refugio”, de haber encontrado mi tabla de salvación, el “opio para el pueblo” como decía el escritor y filósofo español Unamuno.

Por el camino entro en la pescadería, me ha entrado por los ojos un pescado excelente.

—Has tardado mucho, Esther ¿Qué preparas hoy para comer?

—Tengo algo que te puede gustar. He comprado pescado fresco. Mira qué buen aspecto tiene. —Muestro el contenido de la bolsa para motivar al menos una sonrisa en su rostro.

—Te habrá costado bastante. ¿Es que celebramos algo? —Me mira extrañado pero intuyo que va a empezar a amonestarme.

—Por un día nos lo podemos permitir. Ya sé que no es un día señalado, pero no me pude resistir. Mira, así probaremos algo delicioso sin que haya que esperar a un gran día. Solo el hecho de estar vivos en este.... —entonces me interrumpe airado:

—Esther, ¿qué demonios estás diciendo? Hoy es un día cualquiera de esta puñetera vida, y si te va a dar por tirar la casa por la ventana solo porque te haya dado un poco el sol en la cabeza... en dos días nos vamos a ir a la ruina.

Se empieza así y se termina comprando cortinas nuevas, alfombras nuevas, viajecitos por acá y por allá... y no somos ningunos rockefellers como para permitirnoslo.

—Pero si tenemos buenos ahorros... apenas hemos gastado, vivimos con lo mínimo... si no tendremos hijos..s absurdo acumular sin disfrutar de la vida.

—¿Disfrutar de la vida? ¿Acaso no eres feliz? ¿No tenemos un techo y un plato no nos falta cada vez que tenemos hambre? ¿No tienes ropa para cambiarte ni disfrutas de los mejores productos que nos da esta fértil tierra? ¿Qué más quieres, Esther?

Me está en cierto modo recriminando mi forma de vida anterior, antes de conocerle.

Me está intentando recordar lo que hizo por mí, lo que era antes de que él apareciera en mi camino. O mejor dicho, cuando yo entré en el suyo.

## CAPÍTULO 4

*“El secreto de la felicidad está en liberar a la mente de lazos mundanos.”*

Buda.

\*Esther\*

Hace tres años, cuando buscaba trabajo en los campos, alejándome de Wexford y todo lo que me recordaba a Bernart, no me importaba dormir bajo las estrellas, comer la fruta que encontraba en los árboles del camino, pescar en el río o hacerme con un par de huevos que los granjeros con gusto me daban en mi viaje a través del país. Hubiera podido gozar de una acomodada forma de vida, un buen trabajo dada mi buena preparación académica, alojarme en buenos hoteles, posadas que encontraba en el trayecto, pero mi intención era vivir con lo mínimo indispensable, tal era mi inclinación a alejarme de la sociedad de consumo.

Quise integrarme en una comunidad autosuficiente, una alternativa a la forma de vida urbana, con los mismos objetivos que tenía yo, y que aún guardo en mi perspectiva ideal. Estar más cerca posible de la Naturaleza, integrarme con los elementos para formar una relación lo más beneficiosa con los principios elementales de la existencia humana: evolucionar en el ecosistema para conseguir un equilibrio natural limpio, sostenible del medio ambiente.

—Perdona, pero yo tenía ya un techo cuando te conocí. La bóveda del cielo amparaba mi libertad. Los frutos de la tierra alimentaban mi cuerpo, las fuentes calmaban mi sed, y un trabajo en los campos propiciaba mis otras necesidades. No me eches en cara aquello que para mí representaba un motivo de dicha.

No lo soporto. Está embrutecido por las responsabilidades que tiene por los pagos, impuestos, jornales que le sacan de quicio.

En parte le entiendo, la vida del campo es muy sacrificada, siempre hay problemas, cosechas que se pierden por lluvias torrenciales o sequías, o maquinaria que se estropea o jornaleros que no cumplen bien sus sometidos, o la rebaja en la compra de sus productos agrícolas.

La vida del agricultor es dura, es una odisea y no se podrá hacer de oro nunca porque salen competidores continuamente que abaratan el precio de sus productos, ocasionando importantes pérdidas comerciales.

Por eso su empeño en ahorrar, en acumular las ganancias, porque ha pasado malos tiempos, en los que se las ha visto y deseado para sacar la producción, llegado a tener que pedir créditos.

Lo sé. Eso le ha minado el carácter y apenas le quedan ganas de divertirse ni de explayarse, ni siquiera espera conocer otras ciudades, viajar, a no ser que tenga que ir por algún asunto relacionado con su trabajo, a algún otro lugar fuera de estas fincas.

Alguien dijo una vez que cuanto más posees, más esclavo eres de lo que adquieres, que te conviertes en guardián de lo que acaparas. Ahora más que nunca quiero deshacerme de este influjo capitalista y perderme de nuevo por los caminos y senderos.

Pero recuerdo las palabras del sacerdote... seguir, seguir apoyada en la fuerza divina, soportar con ánimo las ventiscas que azotan mi voluntad para superar las flaquezas.

Él se hunde si le dejas. Su enfermedad se agravaría. Padece del corazón, insuficiencia cardíaca que precisa de atenciones, nada de disgustos... incluso tal y como me lo manifestó en su día, cuando quise dejarle, podría perder la ilusión por todo y abandonarse...

Moriría de pena, tal como me dijo al rogarme que permaneciera a su lado. Me convertiría en cómplice de su autodestrucción.

—Perdona, he sido una insensata. Debí consultarte primero. No sabía que estuvieras tan preocupado por la economía. Creía que todo iba bien, pero ahora veo que vuelven los problemas. Intentaré enmendar este pequeño derroche y contribuiré de ahora en adelante con la economía de la casa, para que haya más ingresos en la cuenta. Puedo trabajar, así no dependeremos únicamente de lo que nos dan las tierras.

—No vas a encontrar trabajo. ¿Te crees que es tan fácil? Esto no es Londres, ni Glasgow.

—No hay nada imposible. —Me mira con recelo, no había nada que hacer, era darme contra una pared.

Apenas degusta el guiso del pescado, ni lo saborea. Lo engulle masticando rabia.

¡Qué desperdicio de compra!

Esto me ha servido para mover ficha, para alentarme a cambiar las cosas.

No le dejaré, por mucho que desee hacerlo, buscaré un empleo para intentar solucionar el principal problema que aqueja nuestra relación ahora mismo: el maldito dinero.



## CAPÍTULO 5

\*Esther\*

*Mi vida en Dublín, meses atrás.*

Cada mañana, el único incentivo que me hacía levantarme de la cama era el poder pagar las facturas. El alquiler, la manutención, los desplazamientos, los pequeños obsequios que enviaba a mi familia de vez en cuando. Me hacía ilusión que mis padres pensarán que me sentía realidad en el desempeño de mi tarea administrativa. Haber encontrado una posibilidad de estar en una firma de abogados tras mis prácticas en Wexford, junto a mi tío Harris, el cual me hizo una carta de recomendación extraordinaria, tal que enseguida me escogieron entre tantas que optarían por mi puesto en Dublín, en el buffet de abogados de la céntrica calle *O'Donell*.

Tenía que cumplir estrictamente con los cometidos para ganar la recompensa, un salario que asegurara mi permanencia en la ciudad, el precio de mi ansiada independencia. Vivir sola, gracias a mi propio esfuerzo, a mis ganancias, era un sueño que veía cumplido, y aunque al principio parecía que me iba a comer el mundo, día tras día se fue convirtiendo en algo tan monótono y agobiante que hasta empecé a añorar la vida tranquila junto a los míos, lejos de las prisas y el continuo trasiego de gentes de todas partes que no acababa de considerar vecinos, pues iban y venían sin llegar a conocerles siquiera. Todos eran como pasajeros de una estación que se quedan el tiempo suficiente para coger el próximo tren.

Al pasar por el parque, a pesar del frío y la humedad de febrero, los jóvenes se reunían en grupos para hablar de sus cosas, me acordaba de la imagen idílica que antes tenía de este lugar, el cual veía en los reportajes y documentales y me prometía que algún día estaría presente en esa atmósfera cosmopolita, para poderme envolver de modernismo, diferentes culturas, conocer gente, hacer amigos y quién sabe... enamorarme de algún estudiante que igual que yo, participara en algún grupo literario. Pero no tenía tiempo para tertulias ni cursos ni distracciones culturales. Todo era trabajo y más trabajo, los fines de semana estaba tan agotada que apenas me daban ganas de leer, mis ojos, cansados de tanto ordenador y lecturas de documentos, lo que necesitaban era admirar horizontes despejados, verdes praderas, quedarme absorta mirando las estrellas y recuperar las visiones tan bellas a las que estaba acostumbrado. Lo que pensaba que iba a ser una vida activa, productiva y enriquecedora en todos los ámbitos personales, profesionales y sociales, ahora se había convertido en una prometedora cadena perpetua. De repente sentí miedo a los espacios cerrados, sufrí un ataque de claustrofobia tras pasarme diez horas seguidas entre las cuatro paredes haciendo informes, pasando archivos, fotocopiando, escaneando , etc... aquel día fue el detonante de mi huida hacia delante. Tenía en la pared el poster de los acantilados de Moher, era lo único que me proporcionaba algo de paz en esa maldita celda gris.

No estaba acostumbrada a permanecer tanto tiempo encerrada, pues mi naturaleza inquieta precisa espacios abiertos, incluso para leer, como solía hacer en el jardincito de casa de mis padres.

El porche estaba lleno de macetas que colgaban de los dinteles formando una cascada verde y floreada ante la vista despejada de los campos que se extendían delante y al fondo el azul del mar fundiéndose con el cielo en un grisáceo velo que dominaba la humedad del ambiente.

Mi habitación en el piso compartido de Dublín, no tiene balconera. Tan solo una ventana que da a un patio de luces.

Nada interesante ni placentero por ver desde ese cristal.

Para qué asomarse si ni siquiera se divisa el sol ni el revoloteo de las aves, como aquellas que contemplaba desde mi habitación en Wexford, las cuales acudían a alimentarse de las semillas que mi madre les dejaba en varitas que colgaba entre las ramas de una higuera que jamás dio higos pero que nunca cortaron por este motivo por el cariño que le tenían a este árbol,

pues lo plantaron el mismo día en el que yo nací. Un 3 de marzo de 1984.

Entonces era un diminuto palo que ahora ampara en sus robustas ramas a todos los pajarillos que buscan en ellos refugio.



## CAPÍTULO 6

### *Primer encuentro con Edgar*

Qué tiempos aquellos en los que el rocío empañaba nuestros cuerpos, testigos de ardientes amaneceres que nos teñían de dorada luz, convirtiéndonos en llamas de una misma hoguera.

Yo paseaba por sus fincas, me dirigía rumbo a donde los pies me llevaban, y la intuición me guiara, y allí, en medio de los campos de trigo, abrazada a la vida, a la Naturaleza, al amor por toda la belleza de la creación.

Él me sorprendió cantando, con flores en mi cabello y danzando entre los trigales y amapolas; las espigas verdes rozando mi vestido de flores, el cual sujetaba con mis manos para no pisarlo, como si fuera la princesa de ese escenario tan bucólico.

Me vigiló durante los dos días que estuve merodeando por sus tierras y al comprobar cómo me alimentaba, con lo poco que guardaba en mi zurrón: algo de queso, fruta, frutos secos... me dejó en un paquetito de tela, junto al árbol en el que yo me guarecía por las noches, abrigada por mi manta de viaje, con unos dulces de almendra que al descubrirlos y comérmelos me sabían a bendita gloria.

Entonces, concebí aquel gesto como una señal para permanecer en ese idílico lugar, donde por lo visto era bien recibida por una persona misteriosa.

Escondida tras unos matorrales esperé agazapada hasta dar con la persona que se preocupaba por endulzarme las noches, cuando me protegía bajo ese

enorme tejo, y entonces le vi.

Había dejado el tractor un poco más allá del camino, lo justo para no hacer ruido con el motor y respetar el espacio que yo había reservado para el reposo.

Me pareció un bello gesto de amor, una delicada manera de corresponder con otra criatura de este mundo, me consideraba con derecho a subsistir de la manera que yo había elegido y no le importaba que anduviera por su propiedad.

Al contrario, me demostró que se sentía atraído por mí cuando le volví a sorprender, esta vez, al bañarme en el río. Aunque al conocerle mejor no lo llegara a reconocer.

No le pertenecía esa parte del terreno que bordeaba las orillas pero se atrevió a buscarme movido por una creciente atracción que hacia mí estaba desarrollando. O eso pensé.

Soy muy observadora, me quedo con todos los detalles, y cuando vi que los pájaros se desplazaban a otros árboles me di cuenta de que alguien estaba rondando por los alrededores.

Nunca tuve miedo. Confiaba en salir siempre airosa en cualquier circunstancia que representara algún peligro, alguna acechanza. Por eso pensé que se trataría de alguna parejita de campesinos que retozaban en la hierba o bien alguien que buscara moras por los zarzales... lo más normal del mundo.

Seguí bañándome, y sin importarme quien estuviera comencé a cantar, encantada de disfrutar de aquel espléndido día primaveral.

Era una canción de Sara Brightman. Una de tantas que solía cantar, pues entonaba con el entorno, con la atmósfera irlandesa, con el espíritu mágico del hábitat que me rodeaba.

Embebida en sensaciones de pureza espiritual transmitida por la energía de la naturaleza y la libertad en la que me desenvolvía sin temores, ni represiones, gozando de toda esa paz, fui saliendo del agua. El brillo del sol en la superficie acuática creaba un marco fantástico, las gotas que se esparcían a los lados cuando salpicaba, eran verdaderas chispas de vida. El olor a hierba mojada, su suavidad... el frescor que transmitía a mis pies, todo hacía que fluyera una corriente placentera por todo mi cuerpo y mi mente. Era un bienestar revitalizante.

Ese gesto tan sencillo tenía su poder.

El andar cadencioso, la melodía del canto de las aves, el murmullo del río,

la brisa que despeinaba mis cabellos húmedos me hacía sentir liviana, sin peso, gravitando en pura armonía.

Por fin había dado fruto mi búsqueda, mi mayor deseo era sentir esta conexión en la que mi ser se confunde con la esencia del Todo.

Nada que ver con la vida que llevaba en la oficina, tres meses atrás. Allí todo era mortecino.

La falsa iluminación del fluorescente que tenía sobre mi cabeza, en el cubículo de mi despacho como secretaria judicial absorbía todo el color del espectro visual, empalideciendo mi rostro y el de mis compañeros de plantilla, haciendo gala de la fantasmal rutina encaminada al suicidio de la libertad.

Ahora, tumbada en la hierba, el reflejo de la luz blanca de la soleada mañana es un resplandor que aviva las sensaciones, que germina, en un proceso de fotosíntesis la activación de toda mi energía que se expande uniéndose a la del Universo.

Aquí los días son diferentes, no como entonces, que eran un duplicado del día anterior, como las miles de fotocopias que tenía que hacer sin descanso. No tenía incentivos, carecía de sentido tanta monotonía.

Fue un viernes, en el mes de febrero. Yo vivía en un apartamento en pleno centro de Dublín. Tan diferente a mi vida junto a mi familia en la costa, en la misma capital del condado de Wexford. El gabinete de abogados en el que trabajaba estaba en la transitada calle O'Donnell, pero en mi cubículo no había ventana. Al incorporarme tarde al buffet me quedé con el peor sitio de todos, el que estaba destinado como almacén hasta que vieron que necesitaban que alguien les quitara el trabajo duro y avanzar así en los expedientes que celebraban ya sus vistas en los juzgados.

Había estudiado administrativo, pero no porque me gustara estar todo el día archivando documentos ni cogiendo el teléfono o recibiendo a las visitas, sino porque consideraba que eran unos estudios que me permitirían dominar la técnica de la mecanografía y la informática, herramientas muy necesarias para mi mayor sueño: ser editora. Me gustaba sumergirme en la biblioteca, en las librerías, y ojear todos los libros que podía asimilar cada vez que acudía a las estanterías sobre diferentes temáticas según las preferencias del momento. Unas veces me apetecía leer sobre poesía romántica, y devoraba colecciones enteras de los clásicos. Uno de ellos, William Butler Yeats, escribió este poema titulado “Cuando estés vieja y gris”

En inglés dice así:

When you are old and grey and full of sleep,  
And nodding by the fire, take down this book,  
And slowly read, and dream of the soft look  
Your eyes had once,  
And of their shadows deep;  
How many loved your moments of glad grace,  
And loved your beauty with love false or true,  
But one man loved the pilgrim soul in you,  
And loved the sorrows of your changing face;  
And bending down beside the glowing bars,  
Murmur, a little sadly, how Love fled  
And placed upon the mountains overhead  
And hid his face amid a crowd of stars.

**Traducción:**

Cuando estés vieja y gris y soñolienta  
y cabeceando ante la chimenea,  
toma este libro.

Léelo atentamente y sueña con la suave mirada  
y las sombras profundas

que antes tenían tus ojos.  
Cuántos amaron tus momentos  
de alegre gracia  
y con falso amor o de verdad  
amaron tu belleza,  
pero solo un hombre amó en ti  
tu alma peregrina  
y amó los sufrimientos  
de tu cambiante cara.

E inclinada ante las relumbrantes brasas  
murmulla, un poco triste,  
cómo escapó el amor  
y anduvo en las cimas  
de las altas montañas  
y entre un montón de estrellas  
ocultó su rostro.

# CAPÍTULO 7

## *Descubrimiento en el río*

Kevin pasea por las inmediaciones de la finca de Edgar.

Está interesado en hablar con él acerca de un asunto sobre unos chicos provenientes de centros de acogida. Quiere que participen en las tareas agrícolas y así aprendan de horticultura para labrarse un porvenir y ver si pueden hacerse un hueco entre los jornaleros que ofrecen su ayuda los agricultores de la zona.

Al no ver a nadie en la casa, ni en el establo ha ido bordeando el río para llegar al otro lado y coger el camino que ataja hasta la finca vecina, también quiere hablar con los propietarios de las demás tierras a ver qué posibilidades hay de integración en ese trabajo para esos chicos que esperan su oportunidad para independizarse tras unos años en instituciones de apoyo como son Aldeas Infantiles.

De pronto ve algo que le llama la atención. Unas ropas femeninas esparcidas en la hierba un poco más abajo. No se atreve a mirar descaradamente porque intuye que la dueña de esas prendas debe estar como Dios la trajo al mundo y con cautela intenta desaparecer de allí sin ser visto incluso. El chapoteo en el agua le hace girar la cabeza sin pensar y ve a una joven bellísima que nada en las aguas tranquilas del remanso, disfrutando de un buen baño bajo el primaveral sol que acaricia su piel brillante por las gotitas de agua que reflejan la luz como destellos mágicos resaltando aún más el encanto de la joven.

Kevin se queda realmente impresionado y ahora sí se aparta del camino de tierra y baja hasta el primer árbol que cobije su presencia. Las ramas de algunos arbustos crujen un poco tras pisarlas en un descuido y la belleza mira intentando ver si alguien se acerca. Pero deja de alargar su cuello y sale del agua sin ningún pudor, y sin ningún miedo de ser observada. No teme porque debe pensar que se trata de algún animalillo. No suele haber nadie por allí, pues ese paso prácticamente nadie lo frecuenta ya que es una zona donde no hay tierras que labrar, está algo abandonada a su suerte ya que no prosperan bien los cultivos.

Pero lo que ella no sabe es que alguien ha utilizado ese camino para acercarse a la finca de al lado y que la ha visto desnuda saliendo del agua, admirando todas sus exquisitas curvas, su naturaleza elegante y hermosa y que ya jamás podrá borrar de su mente tras quedarse profundamente impactado.



## CAPÍTULO 8

*Esther se integra en la finca.*

*Edgar me ha propuesto trabajar en los campos.*

Edgar dispuso una habitación para Esther, la señora de la casa que se ocupaba de la comida y la limpieza, Rebeca, la instaló cómodamente y le advirtió que por la noche se cerrase con llave. A ella no le pareció necesario. No consideraba que Edgar fuera un acosador, no mostraba ningún indicio de mirarla con otras intenciones más que las de puro compañerismo y cordialidad en el trabajo en la relación del día a día.

A la habitación no le faltaba de nada para ser un encantador espacio de reposo y ensueño. Sin embargo la decoró con detalles para darle un toque más personal y considerarla más acogedora aún.

Sin cortinas en las ventanas ni manteles en las mesas ni estanterías ni en las baldas del armario, estaba algo desnuda. Solo la vista de la pradera verde y el cielo era escenario de constantes desfiles de nubes blancas y grises como bolas de algodón y azúcar, que hacían que resultara un espacio idílico para descansar.

Poco a poco le daría ese toque que la acabase de convencer de que había encontrado su hogar, su verdadero hogar.

En unos días me he dado cuenta de lo mucho que me gusta trabajar en estas tierras. Vivo de sol a sol entregada a las labores del campo, el cuidado de los animales, de la casa, siempre con la colaboración de los aparceros y la señora que se encargaba de dar de comer a los jornaleros. Es Rebeca, la mujer de López, que con su carácter dicharachero trae locos a todos. Siempre canta, ríe, y baila con buen ritmo al son de la música que se pone para hacer las faenas de la casa.

A cambio de su ayuda Edgar les ha dejado una parte de la finca para que la trabajen y exploten para su propio beneficio.

Está al otro lado de la casa, muy apartada y prácticamente a dos pasos de su propia casa, la que construyeron con sus propias manos en el terreno también cedido por Edgar.

Admiro la buena relación que tiene este hombre con sus trabajadores y lo mucho que se interesa por su propio bienestar.

—He visto cómo te mira Edgar, le tienes maravillado, Esther. Creo que está enamorado de ti, y con lo guapo que es, a ti también te gustará, ¿no? Aunque sea un poquitín. ¿No me digas que no?

—Ay, Rebeca, eso lo ves tú que para ti todo es amor y amor, doña romántica. Yo veo que se porta bien conmigo y que es amable, nada más.

—De eso nada, monada. —Me salta en su habitual manera de expresarse, tan desenfadada. —El jefe no trata así a nadie como a ti. Si hasta le he visto cederte el paso y ayudarte a subir al tractor, eso jamás lo ha hecho, al contrario, es conocido por tener mal carácter. Tú le has ablandado, y eso es porque le has llegado muy dentro o muy abajo... me insinúa con un aire picaresco.

—Anda, Rebeca, deja de imaginar cosas que no son y sigamos con la colada, que si no tendemos pronto la ropa, se me va a secar en el mismo cesto.

Lavábamos las sábanas y los manteles que llevaban guardados años sin darles uso. El olor de las bolitas antipolillas ya se había conseguido marchar tras ponerlas en remojo con aroma a jabón de Marsella, mi preferido.

—Ummm. Estas sábanas pronto van a ser testigos de grandes pasiones...— Ella me guiñaba un ojo dándome golpecitos en mis caderas con las suyas insinuando algo que de momento no se me pasaba por la cabeza.

Preludios... quizás de un encuentro que pronto determinaría mi nuevo destino.

*Edgar se dirige a Esther con el corazón en la mano.*

—Esther, quiero confiarte algo.

No sé si te habrás dado cuenta, pero... llevo noches enteras pensando la manera de decirte esto: siento que tu aparición en mi vida es fruto del destino, que no has venido hasta aquí por azar, que en cierto modo has vuelto al lugar que te corresponde, que esta tierra te pertenece tanto como a mí porque tus pasos se han visto atraídos por este lugar, siguiendo a tu estrella, un impulso que desconoces pero que tu inconsciente dirige sin que se pueda explicar racionalmente. Dime, ¿Eres feliz aquí?

—Edgar, no sé qué me trajo hasta aquí, pero sí que es verdad que reconozco estas tierras como parte de un sueño que se repite en muchas ocasiones y que al despertar me dejaba con la impresión de querer volver a estar entre estos caminos, campos, y esa parte de la arboleda y el río, donde extenderse en la hierba y tomar el sol, sintiendo el murmullo del agua se convierte en un verdadero paraíso del que no querría marchar jamás.

Lo soñé, sí. Pero no creí que fuera un paraje real, sino algo imaginario y que al descubrir este lugar me recordaba ese sueño volviendo a sentir esa paz, ese bienestar que tanto echaba de menos al despertar de toda esa maravillosa fantasía.

Si además, he sido acogida y con mi trabajo puedo permitirme seguir aquí, gracias a tu generosa amabilidad, entonces sí que te puedo decir que soy feliz.

—Es una gran alegría para mí escucharlo de tus propios labios. Esther, quiero abrazarte. ¿Puedo?

Edgar abrió sus brazos esperando que yo me acercase a su pecho, y para condescender me dejé abarcar intentando, eso sí, evitar que el contacto fuera algo más que una manifestación de amistad.

—Edgar, no quiero que te confundas en cuanto a mis sentimientos hacia ti. —Le dije desasiéndome poco a poco sin brusquedad, buscando sus ojos.

—Pequeña, no hay nada malo en que yo te quiera. —Me cogió la barbilla con sus dedos, mirándome con los párpados relajados, en un tono de voz seductor, melodioso, capaz de abatir toda resistencia que yo pudiera iniciar.

—Edgar, no sé lo que siento, ahora estoy confundida.— Pero él me calló precipitando sus labios en los míos, primero suave y apasionadamente después hasta que separé mi boca de la suya retirando también sus manos que ya estaban a punto de acariciar mis senos.

—Espera, espera...¿ Por qué no quieres disfrutar de lo que tu cuerpo te está pidiendo? He notado que te estremecías, que te ha gustado sentir mis

labios. También he visto cómo me miras a veces mientras estamos en los campos, y si los dos nos sentimos agusto juntos, ¿por qué no vamos a probar si también nos llevamos bien en la alcoba?

—Edgar, estoy confundida, de verdad, déjame que lo medite. No quiero hacer algo de lo que me pueda arrepentir después. Ahora somos buenos amigos, eres más que mi jefe, eres un compañero que me ha facilitado estar en un sitio excepcional, pero que de momento no quiero ir más allá, no hasta que lo tenga bien claro.

—De acuerdo, respeto tu postura. Es normal que temas que me quiero cobrar el favor de haberte facilitado todo, pero no soy así, Esther. A ninguna mujer he intentado hacer mía a la fuerza, ni como pago por ofrecerle un trabajo, comida o casa. Son libres de expresar sus sentimientos y deseos hacia mí, y si te han dicho lo contrario es por despecho. He tenido encuentros con algunas de las que participaban en las cosechas y en el cuidado de la casa, pero ha sido por mutua atracción. Si después no he querido consolidar esa relación, como ya les advertía, qué culpa tengo que vayan por ahí diciendo que las forcé. Son vengativas, querían que las convirtiera en mi mujer, y me casara con ellas con amenazas de destruir mi reputación.

—Lo siento, Edgar. No sé qué clase de mujeres pueden llegar a hacer esto a un hombre, pero me imagino que o se enamoraron de ti perdidamente y buscaron la manera de atarte o es que desde el principio tenían en mente utilizarte para asegurarse un porvenir... no sé... me parece que no eres de esa clase de hombres que abusa de las mujeres. Tú no.

—Nunca pondría la mano en una mujer sin que notase que ella también lo desea. Por un momento pensé que tú y yo...

—Mira, Edgar. Tú me pareces un hombre muy atractivo, estoy muy bien contigo, aprendo mucho de la Naturaleza, de cómo hacer que prosperen los cultivos de cómo hacer germinar las semillas, de fertilizar con procedimientos ecológicos, de establecer esa estrecha relación la tierra para vivir con lo que proporciona y saber cuidarla, mimarla, trabajarla. Pero de ahí a intimar más estrechamente, entrar en el juego del sexo es otro cantar. Me da miedo que todo esto tan bonito se estropee y se rompa.

—Te demostraré lo mucho que te amo. Te convencerás de que mi amor es puro, sin otra intención que la de hacerte aún más feliz. No temas, no te abandonaría por nada del mundo. No pretendo usarte y después desprenderme de ti, porque prefiero no tenerte que ver que te alejas por protegerte de mí.

No me volveré a insinuar, te lo prometo. Serás tú quien venga a mí porque haré todo lo posible para que te enamores de mí.

Edgar se marchó, se limitó a sonreírla para demostrar que su cariño era sincero y no pretendía jugar con ella.

Ella se quedó pensativa, abrazada a su cintura, mordiéndose los labios para desquitarse de la sensación que aún perturbaba sus sentidos tras aquel inesperado beso.



## CAPÍTULO 9

### \*Esther\*

Buscando entre sus cosas sacó el libro de notas que siempre llevaba a todos lados. Leyó parte del contenido, lo que se refería a la etapa en la que había tonteado con las drogas, por un afán colectivo en conectar con la fuente mística.

Recordaba sus esporádicos encuentros alucinógenos que no acabaron por convencerla de que su uso fuera para nada recomendable. Mientras que otros amigos se llegaban a sentir verdaderamente desprendidos de su materia y alcanzaban estados de trascendencia espiritual, ella solo conseguía marearse y sentirse confusa.

Pero en esas tierras, comenzó a crecer en ella el deseo por volver a tener esas experiencias extra corpóreas.

Un día, tras la faena en el campo, después de cosechar y empacar la cebada de la siembra anterior, Esther volvió al río. Encontró un lugar entre unas rocas que le llamó mucho la atención. Las piedras estaban dispuestas en círculo,.. Parecía un capricho de la Naturaleza pero al situarse en el centro las volvió a observar, quitando la maleza que cubría alguna de ellas y se dio cuenta de que realmente formaban un círculo perfecto, tan perfecto que solo podía ser obra del ser humano,. Sabía del poder ancestral que reunía ese tipo

de construcciones para rituales e intentó armonizarse con el entorno para visualizar el tipo de energía que allí se llegaba a desarrollar.

Cerró los ojos, extendió sus brazos y abrió sus palmas mostrándose receptiva a las fuerzas del Cosmos.

La energía telúrica expandiéndola en ese punto estaba surtiendo efecto. De pronto, una corriente de sensaciones aligeraban el pensamiento y el sentido de materia de Esther que poco a poco fue aligerándose para desprenderse de su atadura corpórea y expandirse hacia todos los elementos de la Naturaleza. Sentía la vida de los árboles, la frescura del musgo, la vitalidad del río, la suavidad de las flores, la fortaleza de la tierra, y un sentimiento de amor inconcebible, proveniente de la atmósfera que impregnaba todo bajo su manto.

Recibió toda esa magia, todo ese maravilloso destello de felicidad que hizo palpar su corazón a un ritmo que acompasaba el latido del Universo, del cual formaba parte como una minúscula partícula que se fundía con las demás en el Todo.

Esta experiencia había sido fruto del sol, del aire embriagado de vegetación, de oxígeno puro, y la humedad del río, de la integración en el espacio natural en el que pasaba sus días y se colaba por sus noches, y del poder de ese círculo de piedras que centraba una posición especial donde quizás confluyeran las energías precisas para que estos fenómenos se produjeran mediante la actitud y predisposición de quien se dispusiera a sentirlos.

En ese mismo momento, otra persona está en trance. Kevin desde su casa, escucha a Bach. Está sentado en la alfombra tras sus ejercicios de yoga, con un pantalón de chándal blanco y una camiseta de manga corta negra, con el símbolo del ying el yang.

Hoy tiene una especial sensación. Hay un eclipse, puede que sea por eso, la luna en su plenitud, potenciando los efectos creativos en todo ser, a la vez de la capacidad de conectar con la parte más esencial de cada uno.

Kevin respira profundamente repetidas veces, llenando de aire sus pulmones, calmando su mente agitada para que se vayan marchando todos sus pensamientos y dejar que estos den lugar a la paz que tanto ansía.

Quiere recuperar ese estado de no desear nada de sentirse libre sin ataduras terrenas que tanto le ha costado obtener a base de renunciadas y ejercicios de voluntad en sus primeros años como miembro de la Iglesia.

Pero aunque niegue los pensamientos, le viene una imagen a su mente. No

es solo su cuerpo angelical, es también su ternura y delicadeza, lo que transmite en ese recuerdo esa mujer, esa visualización de ella saliendo del río aquel día que jamás olvidará y que ha marcado el norte en su vida, en su eje vital.

La ve en ese momento de relajación profunda y se centra en sus ojos esmeralda, en sus pupilas que como diana son absorbidos por los suyos, en un intento por hacerlos suyos y ver a través de ella.

Lo que entonces ocurre solo puede incurrir en su falta al celibato si es que se puede considera real lo que ha imaginado porque lo siente tan real que rompería su voto de inmediato si así lo fuera.

Se ha permitido rozarla y dejar que sus labios prueben la textura de su piel, que sus dedos caminen por las sendas de sus pliegues y encuentren destinos de intenso placer. Que su completa desnudez se encuentre con la suya y deje que la naturaleza les convierta en al primer hombre y en la primera mujer que gozaron en el mismo Edén.

Y que de esa visión surgiera todo un Universo de sensaciones culminando en un éxtasis profundo sin vuelta atrás. Ya no la podía ver como a una hermana de la Iglesia. La vio como mujer, como a su mujer.



## CAPÍTULO 10

*En la catedral de San Canice, Kilkenny, Irlanda.*

Los asistentes al enlace nupcial esperaban sentados la llegada del novio acompañado de la más veterana de las damas de la Iglesia que con devoción hacían los honores a los novios representando el lugar que ocuparían los suegros de los respectivos.

Ni la madre de Esther ni el padre de Edgar podían tomar del brazo de sus nueros camino al altar, dado que ni el uno ni la otra estaban en condiciones de aparecer en tal ceremonia. Ambos desconocían que se iba a producir ese enlace. Era una boda simbólica, sin divulgación alguna más que para los más allegados, vecinos y conocidos de la localidad.

La familia de Esther, en Wexford desconocía de tal enlace, ella no quiso inmiscuirles porque odiaba los actos públicos en los que tuviera que representar el papel de protagonista. El que la vitorearan, aplaudieran, o incluso hicieran hablar ante todos la espantaba sobremanera.

Tampoco Edgar tenía a su madre cerca si es que tuviera deseos de que participara en ese compromiso de matrimonio oficial y eclesiástico.

Los padres de Edgar estaban en un pueblecito de Alemania, llamado Heidelberg. Allí tenían a su otro hijo, Simon, el cual había prosperado en el ámbito del turismo ofreciendo una interesante guía de viajes que a los amantes

del arte y la cultura así como de parte de la historia relacionada con la Edad Media y el Renacimiento atraían a numerosos curiosos por recorrer emblemáticos parajes llenos de magia y encanto, belleza y valor arquitectónico, así como transmisores de un legado histórico y cultural relevante y atractivo para perderse por los rincones de palacios, castillos, fortalezas, catedrales y demás representaciones de toda muestra del actual patrimonio histórico y cultural.

Casi todos los feligreses se concentraban en la gran catedral de San Canice, levantada sobre lo que originariamente constituía un asentamiento monástico.

El motivo de la gran afluencia ese día en la catedral no se debía a ningún concierto ni a la actuación de ningún coro, eventos que de continuo solían hacer honor al monumento histórico y legado arquitectónico irlandés, sino a las dos personas que se prometían en su interior amor eterno.

Esas dos personas eran Esther y Edgar, que habían llegado a acordar que lo mejor para ellos sería consolidar su relación mediante ese pacto religioso, el matrimonio, con los vecinos de la localidad como testigos que verían a la pareja bajo el nuevo status de recién casados.

Kevin asistió a la ceremonia desde el atrio del altar, sentado junto a los demás párrocos de las distintas localidades cercanas que ese día se habían reunido para asistir a la misa del domingo. Después, cada uno marcharía a su parroquia para officiar las misas de la tarde y dar la comunión a los feligreses tal como era su programa religioso.

Ataviado con una sotana de color blanco en cuyo centro figuraba la gran cruz dorada, Kevin ocultaba su rostro igual que los sacerdotes que tenía a sus lados, bajo la capucha blanca que les mantenía en el más riguroso anonimato. Era la tónica en las misas de la Catedral, los sacerdotes acompañantes iban semi ocultos para mostrar su presencia pero no sin protagonismo alguno.

Esther era ajena a las miradas que provenían desde una de esas capuchas blancas. Sin embargo notaba que en esa solemnidad se ocultaba un misterio ante tanto fraile o sacerdote encapuchado. Ese secretismo en los rostros podía deberse a algún tipo de invocación que solo desde el recogimiento de sus caras ocultas podría conjugarse ante el Altísimo.

En el justo momento en el que el elegante novio al que el traje que alquiló

para la ocasión convirtió en todo un apuesto gentleman, levantaba el velo a la novia para comenzar la ceremonia, unos ojos se clavaron como dardos en la sonrisa de Esther, que de inmediato se congeló al sentirse sorprendida por un ligero movimiento de cabeza de una de las capuchas, aunque no llegó a ver apenas lo que se escondía en su sombrío interior. Solo llegó a divisar lo que le pareció una barba algo pelirroja, muy recortada, que la luz de las velas reflejaba ligeramente.

No hizo apenas caso a ese detalle, pues cuántos ojos se pusieran en ella ese día. No había nadie que no quisiera admirar lo bella que estaba con ese vestido que le quedaba tan bien, incluso mejor a la propia dueña del mismo, que el día que lo estrenó le quedaba algo pequeño, ya que lo encargó con meses de antelación al compromiso nupcial y engordó más de la cuenta, teniendo que pasarse casi toda la misa y parte del banquete conteniendo la respiración para no reventar la cremallera, hasta que pudo quitárselo nada más hechas las fotos pertinentes.

Pero a Esther le quedaba como un guante, realzaba su fina cintura, y como estaba prácticamente nuevo por el poco uso que le dio ese día, nadie imaginó que había pertenecido a otra novia, tan solo la hermana de esta que no hacía más que llorar al presenciar ese enlace tan esperado. Rebeca estaba dichosa por ver a Esther junto a Edgar, sabía que era un buen hombre y que los dos iban a llevar mucho mejor las fincas con mayor entusiasmo. No había visto nunca una mujer que le gustara tanto el trabajo en el campo, que tras las duras jornadas en las que recorrían las plantaciones supervisándolas, arreglando los cercados, abonando, plantando, y demás faenas, además tenía tanta afinidad por la tierra que se quedaba ratos sentada en lo alto de una de las piedras que había en un montículo y desde allí se estiraba dejando que el atardecer la cubriera de su brillo dorado hasta que habiendo descansado ya con las pinceladas rojizas en el horizonte apagándose, volvía a la casa a tomarse su taza de té.

A Edgar también le fascinaba esa entrega tan apasionada que Esther manifestaba en la Naturaleza y por ello, la noche de bodas le tenía reservada una sorpresa.

## CAPÍTULO 11

Al salir de la Iglesia, Esther y su recién marido fueron aplaudidos por los jornaleros, y sus familias que esperaban con impaciencia la salida de la pareja de tortolitos por el pórtico de la catedral. Les tiraron pétalos de flores que cubrieron sus pasos hasta el coche engalanado con lazos y ramos de margaritas de diversos colores.

Un Rolls Royce de época que había contratado Rebeca junto a sus compañeras de trabajo con una importante rebaja por ser un familiar suyo el conductor del flamante vehículo.

—¡¡Vivan los novios!! —Aclamaban todos, echándose a un lado para que emprendieran el desfile hacia la alfombra roja que también dispusieron para hacer inolvidable el primer paso a la nueva vida como desposados.

Esther llevó el mismo vestido que la hermana de Rebeca, pues era de su misma talla. Un precioso vestido de aire victoriano con encajes y visillo en tonos ahumados con un amplio escote que permitía lucir sus aterciopelados hombros y el perlado inicio de su protuberantes senos que firmes y altivos desafiaban la gravedad del tejido que se presionaba a su talle para mantenerse en su sitio.

Edgar le regaló un precioso collar con un símbolo celta. Este detalle la convertía en una dama de leyendas que por esos lares hacían las galas en historias cargadas de magia y encanto.

Parecía una ninfa, una bella aparición que iluminaría con su presencia los días y las noches de Edgar, el hombre que apreció en su vida para indicar con su forma de vida y sus tierras el lugar en el que ella debía estar, en el cual podría ser definitivamente feliz y esparciendo dicha tal como era, un ser lleno de pureza y sensibilidad.

Al salir de la Catedral, se fueron todos al convite que habían preparado en la explanada de la casa. Hasta allí llegaron en los coches que aparcaron junto al camino. La plazoleta en la que solían aparcar los tractores, ese día se convirtió en una improvisada carpa, que desde los postes de las dos construcciones que la rodeaban, la de la casa y la del establo, descendían lonas blancas sujetas a unos enclaves alrededor, guareciendo a los invitados

de una repentina lluvia como solía ocurrir cuando menos se esperaba.

En el centro de la carpa habían dispuesto unas mesas en las que no faltaban ramos de flores, detalles culinarios de lo más variado, y cómo no la tarta nupcial que todos degustaron con júbilo para después bailar amenizados por una pequeña orquesta que compusieron algunos jornaleros que ya formaban un grupo de folklore y habían ensayado para tocar en esta fiesta tan especial, la del dueño de la propiedad donde trabajaban, donde cada día acudían con entusiasmo ya que no había mejor terrateniente que el hombre para el que trabajaban. Edgar demostró ser honrado en cuanto a salarios, respetuoso con sus necesidades, y siempre cercano, preocupándose por sus familias para que no les faltara nunca nada y sus hijos pudieran tener lo básico para vivir. Les daba muchas hortalizas del huerto para que se las llevaran a sus casas, frutos, e incluso les dejaba parte de sus tierras para que las aprovecharan por completo tal como hizo con Rebeca y su marido, confiando en ellos sin temor a ser robado ni engañado porque entre todos protegían los intereses de la finca. Si al dueño le iba bien y recibía buenos ingresos con la explotación de las fincas, entonces eso repercutía en beneficio de todos los trabajadores que seguirían manteniendo su puesto en esas tierras tan fértiles.

Una vez que se marcharon todos, con la suerte de haber tenido un día radiante, sin lluvia ni viento, los recién casados, agotados por atender a tantas personas, por haber estado bailando todos en corro y en parejas canciones del folklore irlandés, se retiraron a la casa para descansar y mientras ella estaba cambiándose de ropa imaginándose que dormirían juntos en la misma alcoba en la que ella solía pasar sus noches de soltera, él estaba organizando algo que Esther no se imaginaba.

## CAPÍTULO 12

—Vamos, alteza, sal de la habitación, quiero enseñarte algo.

—¿Otro regalo de los invitados? —Habían sido tantas las muestras de cariño y detalles hacia nosotros que mi cabeza explotaba y mis ojos ya no podían más, se caían de sueño.

—No, es otra cosa. Hoy hay luna llena. Vamos a contemplarla y así nos relajamos antes de ir a dormir. Sé que te gusta meditar en silencio cada día y hoy no has tenido oportunidad. Pero ahora es el momento. Vamos, ponte una chaqueta y salgamos a respirar ahora que nos hemos quedado solos.

—Me parece una idea estupenda. Necesitaba un poco de paz, aunque no quiero que te pienses que me he agobiado, porque me ha parecido una fiesta preciosa, lo hemos pasado muy bien y hemos tenido la mejor compañía del mundo, nuestros amigos, con los que cada día estamos aquí al pie del cañón. ¡Qué bien han preparado el banquete las mujeres! Son todas unas buenas cocineras. Hasta el pastel lo han hecho ellas, más bueno y dulce no podía ser, con todas esas frutas y el bizcocho casero en su base, lleno de pasas y piñones, riquísimo. —Apreciaba el esmero con el que esas mujeres habían hecho esa pequeña torre de bizcocho untada con nata y repleta de frutas en su forma exterior, tan bien dispuestas que formaban un mosaico digno de un trofeo por su cromatismo y simetría.

—Ha resultado todo excelente, mi amor. Y tú has coronado en todo momento escenas tan bellas que cualquier poeta eternizaría en sutiles versos de amor. Amor que corre por mis venas a raudales y que quiero demostrar lo mucho que late por ti.

Me tomó en sus brazos y me llevó lejos de la casa, bajo las estrellas de esa apacible noche que a momentos era más y más oscura, enaltecendo los astros más lejanos que tímidamente asomaban sus puntitos de luz en el manto de la bóveda celeste que la luna en todo su esplendor eternizaría como uno de los momentos más románticos de mi vida.

No me llevaba al montículo en el que yo solía sentarme a ver los atardeceres, sino hacia la espesura de los árboles, bordeando el camino entre pequeños senderos que yo misma desconocía y que podrían haber servido en

algún tiempo para llevar carretillas cuando ni siquiera existía el motor.

Era un sendero semi descubierto por la maleza que se había apoderado casi por entero de las huellas de los carros que por allí debieron pasar de continuo para dirigirse al centro de la localidad y vender o intercambiar los productos agrícolas en un modo más rudimentario que el actual que se emplean tractores, camiones y se hace uso de una buena vía de acceso a la cooperativa agrícola.

De repente, entre las sombras de las ramas de los árboles pude percibir, aún entre los brazos de Edgar, la figura de una persona que, como una aparición, iba envuelta en una especie de túnica.

Creí estar soñando. Era una mujer con la melena rubia, suelta, con unas ondas naturales que jugaban entre ellas al mecerse en un movimiento que se correspondía con una armoniosa danza que su cuerpo dirigía siguiendo la melodía de una música que empezaba a dejarse escuchar cada vez más y más cercana.

¿Era una visión esa presencia femenina tan mágica?

—Edgar, ¿No estoy soñando, verdad? Dime que es real, que esa mujer danzando en medio del bosque está delante de nosotros, que tú también la ves .  
— Al estar entre sus brazos, sin tocar el suelo, bien podría ser fruto de mi propia imaginación, ante ese día tan ajetreado y el vino que tomé en la fiesta. Puede que estuviera realmente en mi cama divagando exhausta con esa fantástica escena tan propia de las ideas que se derivaban de las leyendas de esos parajes míticos.

—Eso no te debe preocupar, Esther, intenta dejarte llevar por lo que va a pasar aquí. No importa si lo consideras un sueño o realidad. Tú eres para mí todo un sueño del que no quiero despertar.

## CAPÍTULO 13

El sonido de la flauta en una sinfonía de tintes celtas, la percusión de unos tambores que dejaban que el corazón se uniera a sus rebotes acústicos en un latido acompasado, agitaba mi ánimo, haciendo que quisiera intervenir en esa mágica escena.

Edgar me depositó suavemente en una alfombra en medio de un claro del bosque. Cubrió mi cuerpo con una manta de lana de oveja que había allí mismo tendida, esperando a que me tumbara para darme calor y abrigarme de la humedad reinante.

La ligera bruma proveniente del río hacía que ese momento fuera aún más misterioso. Edgar, arrodillado ante mí, acariciaba mi pelo, extendiendo mis mechones alrededor de mi cabeza como si fueran rayos de un sol luminoso, centrandos en las puntas y sus inicios. Estaba desatando su lado más romántico, y cual caballero de leyenda, dejó que la energía del pequeño bosque me inundara de puro encantamiento.

La figura femenina danzante salía y entraba en ese claro del bosque iluminada por los rayos de luna que se posaban con esperanza de ser duraderos hasta el alba en su tejido vaporoso.

La flauta perfilaba sonidos que acariciaban los tímpanos transportando un mensaje de otro mundo, el de la fantasía, en un lenguaje que vibraba en puro amor.

Me dejé mecer por esas sensaciones tan elevadas que abrían los horizontes de mi imaginación hasta espacios de infinita paz y armonía.

No estaba asustada ni nerviosa. Me dejaba llevar por ese clima tan relajante y de vez en cuando cerraba los ojos para transportarme a donde esa barca de Caronte me conducía. Edgar comenzó a besar mis mejillas, que rosadas por el calor de la manta de lana, estaban encendidas en un fuego interno que corría por mis venas, en un afán por mantener la llama del bienestar más profundo jamás experimentado.

Ese sitio tenía una vibración energética singular, hacía que todos los allí presentes disfrutáramos con lo que hacíamos. Los músicos espontáneos que surgían de los matorrales danzando con movimientos ligeros y elegantes, la

mujer con sus velos moviéndose con tanta gracia que hasta la diosa Venus la envidiaría, Edgar tumbándose a mi lado, mirándome, pasando sus dedos por mi cara, mis labios, mi barbilla, y esa luna radiante que nos bendecía con su azulada luz, complaciendo nuestro deseo por conjugar la palabra amor en el más idílico de los escenarios.

De pronto todos se fueron excepto Edgar que se quedó junto a mí, estrechándose contra mi cuerpo, intentando unir los dos universos que ahora tenían mucho más en común, y así como las gotas de rocío besan los pétalos de las flores más delicadas, él posaba sus labios en los míos, creando corrientes de estrellas que circulaban por toda mi piel en un circuito en espiral hacia el centro de mi corazón.

Pasamos una bella luna de miel, deshojando nuestras sensibilidades más íntimas para encontrar el éxtasis en la poción mágica que bebimos de nuestros besos y abrazos hasta completarlos el uno al otro en una fusión plácida y llena de gozo.

A la mañana siguiente nos despertamos con los primeros rayos del sol entre las ramas que se proyectaban como las varillas de un abanico por ese espacio único, dejando que brillaran las partículas del aire en esa luminiscencia dorada tan mágica.

Fue todo un encuentro con la parte más sensible que habitaba dentro de cada uno y que tuvo su oportunidad para manifestarse y perpetuarse en el recuerdo de aquella noche inolvidable.

# CAPÍTULO 14

## *Visita por Kilkenny*

*Edgar me llevó a la ciudad, quería que conociera los lugares más representativos de la que sería mi nueva residencia tras nuestro compromiso nupcial.*

La piedra caliza de color gris que formaba parte de la construcción del castillo de Kilkenny, dotaba a las murallas y torres almenadas de un singular carácter fantasmagórico a la luz de la luna.

Visitarlo y recorrer sus alas era toda una experiencia que nos transportaba a la edad medieval de inmediato.

Las bellas piezas georgianas que decoraban las estancias, las telas de las paredes pintadas a mano, el estilo victoriano de su biblioteca y la sala de dibujo conformaban un lugar idílico para recrear escenas de aquellos tiempos que casi se llegaba a manifestar en cada objeto, e incluso al imaginar los paseos por los jardines adyacentes.

—Es majestuoso, no me importaría quedarme a vivir aquí.

—Pues primero deberías pedir permiso a los espíritus de la casa, los Butler. —Me señala unos retratos de dichos propietarios que figuraban en la sala principal, la Gran Galería “*The Long Gallery*” que se exponían bajo un artesonado de gran valor artístico por los cuantiosos tallados que lo embellecían, seguido por numerosos arcos, pintados con cenefas de plantas y flores, haciendo de aquel espacio una verdadera delicia arquitectónica.

Nos quedamos maravillados de la gran claraboya central que iluminaba la estancia, decorada.

Pero dime, ¿por qué condenaron a una mujer aquí a la hoguera?— Algo había oído sobre la bruja de Kilkenny e intentaba que él me contase su propia versión.

—Sí, se trataba de la Bruja de Kilkenny como así se referían a ella. Fue una mujer que llevó cierto día a un amigo suyo en una cesta unos ojos de pavo real y unos pavos rojos. Enseguida consideraron que iba a celebrar algún tipo

de ritual satánico con todo eso y que su magia era sumamente peligrosa. La condenaron a la hoguera. La apresaron en una celda pero escapó con suerte y para que no la persiguiera dejó a su sirvienta llamada Petronella que ocupara su lugar, haciendo que la pobre mujer acabara sufriendo el castigo de su ama.

Subimos a una torre circular de unos 31 metros para divisar desde arriba la panorámica dominando Kilkenny y alrededores.

—Esta torre la hicieron unos monjes por el año 700, no se sabe exactamente, entre el 700 y el año 1000.

Estábamos detrás de la catedral.

Fuera de las murallas de la ciudad los irlandeses, en época de invasión normanda se refugiaron allí junto a un manantial milagroso dedicado a San Kenny o San Canice que fundaron el primer monasterio,.

La catedral de San Canice, del año 1250, está sobre el monasterio de Canice.

Llamaba mucho la atención la imponente estructura maciza con la torre central.

Tomamos una cerveza Kilkenny ale en la taberna, con tanta espuma que tardaba mucho en bajarse. Su cremosidad es la que la populariza tanto en toda Europa.

Vimos una estalactita enorme, con 7 etros en Dunmore Cave, a unos 11 kilómetros de Kilkenny. La historia cuenta que allí murieron dentro 46 mujeres y niños en una incursión vikinga por el año 928. Hallaron estos restos en 1873.

Toda esa gente murió de hambre o por asfixia, al prender hogueras en la entrada los vikingos asaltantes.

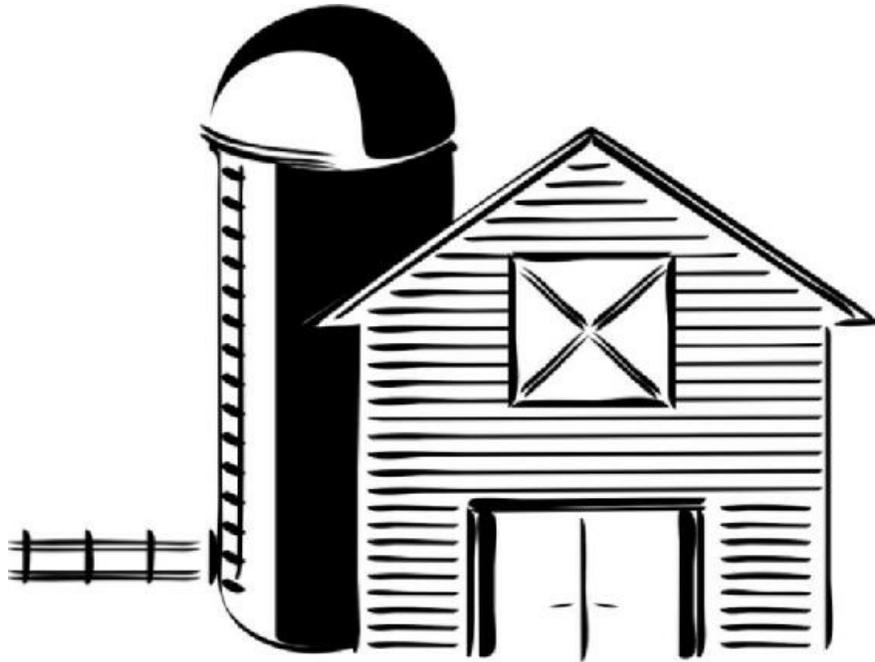
También vimos la montaña sagrada, el “Croagh Patrick”

El río Nore es el que pasa por la finca de Edgar hacia Carrick. En sus inmediaciones se celebraba una fiesta, la del último lunes de octubre.

En el Lough Derg, al sur del condado de Donegal estuvimos alojados para pasar unas jornadas de meditación y silencio. Es un sitio conocido por sus ejercicios espirituales:

En la Statio Island o “Purgatorio de San Patricio”, van descalzos para pasar 3 días de ayuno y oración. Hay allí edificios majestuosos. Pero también fue el escenario de nuestra luna de miel tras nuestro encuentro como marido y mujer en las inmediaciones del río la noche de nuestra boda.

# SEGUNDA PARTE



*Meses posteriores al enlace*

*Aquella misma tarde en la que Esther fue a la Iglesia de Santa María.*

## CAPÍTULO 15



Edgar, mi marido, se marcha a las tierras después de comer. Apenas ha terminado el postre, un pastel de manzana que tenía hecho desde ayer y que no se ha dignado en saborear, lo ha tragado sin preguntarme si lo he hecho yo o lo he comprado en la pastelería. Nada. No merece la pena esforzarse por agradecerle. Bueno, es su carácter, no puedo esperar que se digne en ponerse en mi lugar. Es un hombre con muchas responsabilidades y parece que demostrar amabilidad es una muestra de debilidad.

Un jornalero ha venido a avisarle a casa. Es un señor de unos 60 años, o quizás menos pero está muy avejantado. Lleva la ropa toda desgastada, algo raída, se nota que ha estado trabajando toda la mañana porque amplias manchas de sudor coronan bajo sus axilas la camisa polvorienta.

Sus botas están llenas de barro, pero es prudente y no pasa al interior, se queda en la puerta, a un metro de distancia.

Lo hemos visto desde la ventana del salón en el que comíamos, se asomó entre los visillos que se recogen a los lados por dos cordones dorados de los que suspenden unas borlas con flecos.

Yo me ocupé de decorar la casa, que antes de habitarla junto a Edgar, tenía buena falta de mano femenina.

Era fría y oscura, con unas cortinas opacas de lo que debió ser un marrón chocolate pero que se quedó en un canela mortecino, al darle tanto el sol, descirtuándolas.

También me deshice de las alfombras cuyos dibujos se habían borrado de

tanto uso, y aunque Edgar hubiera preferido que siguieran en su lugar, yo las tiré, dando un aire de modernidad a la casa, abriéndole el suelo y despejando lo máximo de todo lo que no fuera imprescindible.

Me gusta tenerlo todo despejado, sin acumulación de objetos ni trastos inútiles.

Me rijo por la teoría del zen, en la técnica del feng shui, según la cual, nuestra energía, o lo que en la antigua filosofía china denominaban *Chi\**, en la India denominada *Prana* y en Japón *Ki* así como para los nativos americanos “*El Gran Espíritu*” ha de fluir libremente sin que haya desorden en el lugar en el que te desenvuelves.

Hasta en la naturaleza hay un orden en lo que parece una libre disposición de su propio caos.

Me refiero a la gracia con la que se levantan las ramas de los árboles, buscando la luz, compitiendo con otras plantaciones para ganarse su baño de sol. Hay armonía en la disposición de las hojas, de los pétalos, siempre que la energía de las fuerzas telúricas sea beneficiosa y concorra con la suficiente proporcionalidad entre la ionización positiva y la negativa.

Eso mismo ocurre con algunas personas, que polarizan un campo magnético a su alrededor que favorece el contacto con ellas, atrayéndote a su órbita, a su carisma personal. Tal es el caso de ese sacerdote que habló en la Iglesia de Santa María. Lo poco que he escuchado en la misa que ofició me ha demostrado que ejerce sobre las que estábamos presentes una fuerte influencia positiva. Siento que algo me une a él y tengo que descubrirlo. Quizás nuestros caminos hayan coincidido justamente hoy, se han cruzado e inevitablemente hará que me plantee qué rumbo seguir a partir de ahora.

Edgar se ha marchado con el jornalero. Según él hay algo que está comiéndose la cosecha de cebada.

La plantación de invierno no ha sido del todo exitosa como aparentaba. La posterior, a principios de marzo intenta recuperar las pérdidas de la anterior, pero ahora parece que los brotes están amenazados por una especie roedora como el conejo que hay que combatir.

Me marché al pueblo una vez que adecenté la cocina y me vestí con ropa de oficina. Una camisa blanca impoluta y planchada, una falda de tubo gris, medias negras translúcidas y zapatos de medio tacón. Un bolso negro con asas de mano negro, a juego con los zapatos y una chaqueta con solapas estrechas, elegante y sobria a la vez. Un moño que recogía mi cabello estirado y

repeinado y un par de pendientes de perla blanca para resaltar la imagen de persona a la que se puede confiar la responsabilidad de llevar un despacho. Cogí el Land Rover para llegar cuanto antes y estar antes de la cena en casa. Aparqué en la trasera de unas ruinas que formaban parte del patrimonio artístico de la ciudad y que tenía un pequeño aparcamiento, gratuito para los residentes del municipio.

## CAPÍTULO 16



En el pueblo he dejado mi currículum en varias oficinas. Una en la agencia de viajes. Me ha atendido una chica bastante ocupada, que apenas me ha dejado presentarme, me ha cogido el currículum sin soltar el teléfono de su oreja, con la vista en la pantalla del ordenador para ir dictando a su cliente al otro lado del aparato todas las posibilidades que quedan para viajar a Venecia. Con señas le he mostrado mis datos y enseguida ha captado mi oferta. Una sonrisa con un sí en su movimiento de cabeza en una mirada frugal y ya estoy en la calle preguntándome si podría soportar todo el día coordinando vuelos, hoteles, para que quizás ni le interese al cliente y solo se informe por curiosidad.

No... definitivamente ese no sería mi puesto.

En una de las casas veo el cartel de una firma de abogados y un procurador en diferentes pisos. Voy a probar suerte y llamo. Me contesta una chica, a la que me dirijo con la intención de pedir cita. Si le digo que es para dejar mi currículum me va a dar puerta, o me pondrá excusas como que no aceptan ofertas, que ya tienen la plantilla cubierta con tal de asegurarse su puesto. Al menos es lo que me imagino.

Para subir al cuarto piso lo hago por el ascensor con doble puerta, la misma del elevador y otra de hierro forjado en forma de reja que ya es casi una reliquia, son los pocos que se ven de este estilo antiguo. Después abro el ascensor al llegar y para abrir la hoja de hierro las veo y me las deseo. Está atrancada y apenas la puedo mover. La sensación de estar atrapada me asalta, parece que mis nervios se alteran y comienzo a temer en no saber sobrellevar esa circunstancia. Unas cuantas lucecitas se aparecen alrededor. Es el mareo que me juega una mala pasada haciendo mover las luces de la escalera en círculo y a gran velocidad, cada vez hasta hacerme perder el equilibrio y tener que sujetarme a las paredes del ascensor aún abierto en su puerta metálica.

No puedo... tengo que bajar. No puedo presentarme así, presa del pánico y sudorosa.

Son las secuelas de haber estado en aquella maldita oficina de Dublín que hacen que mi mente evoque la pesadilla de estar encerrada tantas horas sin

parar, las que intentan disuadirme para no volver a vivir lo mismo. Aunque puede que también se expresen mis traumas vividos con mi ex en esa repentina claustrofobia.

Rechazo los pensamientos negativos que se intentan colar en mi mente. “Nadie me contratará” “Aquí ya están todos colocados, no hay hueco para mí” que además han sido los precursores de mi alteración.

Al salir del aparato resoplo, me pongo las manos a la altura del estómago, y hago unas cuantas inspiraciones exhalando después hasta expulsar todos mis miedos.

Vuelvo al portal y busco en los buzones el nombre de las dos oficinas, la de los abogados y la del procurador.

Dejo dentro de cada uno un sobre con mis datos laborales y formativos. Los llevaba en la carpeta para presentarlos incluso en la oficina de correos y enviarlos a otras poblaciones. Tal como están las cosas debo confiar en la fuerza del destino y dejarme llevar por este impulso de abarcar las máximas posibilidades.

Necesito un descanso, me dispongo a tomar un café en la cafetería que veo justo en frente del edificio y cruzo la calle quitándome la flojera de mis piernas entumecidas por el mal trago anterior, dando unas buenas zancadas para volver a pisar fuerte, con determinación.

Voy a dar el último paso hasta incorporarme a la cera y le veo. Es él. El sacerdote. Está viniendo desde el extremo de la calle, ahora sin la sotana, sino con un traje de chaqueta y pantalón del mismo tono gris oscuro metalizado y corbata sobre una camisa gris pálido.

Si no lo hubiera visto en la Iglesia diría que es un ejecutivo, un comerciante, un empresario o mismamente un abogado con su maletín dispuesto a llevar un caso ante el juzgado.

De su cabello irradia la misma luz que me sorprendió al verle en el altar, y aunque ahora no distingo sus ojos adivino que son de un color claro, por la claridad que se divisa en su mirada.

Me siento de pronto asaltada por la idea de que esta misma mañana me ha debido ver al darme el gran batacazo y que ahora me reconozca. Mi timidez o algo que no acierto a identificar, me hace escabullirme de su presencia y entrar rápidamente a la cafetería. No quiero que me vea, no quiero que me mire, no quiero tener que saludarle, si es que tengo que hacerlo por haber estado en la misa que ofició.

Una vez dentro del local, de espaldas a la puerta, espero a la entrada para ubicarme y considerar si debo quedarme en la barra o sentarme en una de las mesas.

He visto un hueco entre dos parejas que ocupan las mesas que tocan a los ventanales. Me siento y dejo el bolso en la silla desocupada que hay a mi lado.

Como algo instintivo, pongo los codos en la mesa, me toco la cara sujetando mi rostro y contemplo la calle a través del espacio que permiten los visillos centrados a lo largo del ventanal.

Debe haber pasado ya de largo. No lo por ninguna parte aunque intento atisbar lo más que puedo el otro lado al que se parecía dirigirse.

Pero una vez que mi cuello se gira para volver a mirar de frente, mi vista se topa con algo sorprendente que no me esperaba. El sacerdote ha entrado en la misma cafetería en la que estoy y está buscando un lugar entre las mesas para sentarse. Están todas ocupadas, solo queda la silla que tengo delante libre, y ante la duda de si estoy o no acompañada, le hago un gesto indicándole que no, que no estoy con nadie y que puede ocuparla.

No sé por qué he hecho esto si precisamente me he metido en la cafetería para intentar evitarle.

Será que tenía que ocurrir, de una manera u otra nos teníamos que encontrar y el destino nos ha puesto precisamente el uno frente al otro a saber con qué fin.

—Gracias, buenas tardes. Si no le importa me tomo un café y marchó. La barra está llena y tengo que apoyarme en la mesa para escribir algo.

—No, en absoluto. Claro que puede estar todo el tiempo que necesite, la mesa es suficientemente grande para los dos.

Mis manos jugaban con mi cabello, aún mis codos estaban plantados en la mesa y con la otra mano me cogía el lóbulo de la oreja. Estaba en actitud protectora y a la vez seductora, no sé por qué. Debe ser la naturaleza que intenta agradar al sexo opuesto cuando hay cierta atracción.

Pero se trata de un sacerdote.

Es un religioso.

No puede haber ninguna atracción entre él y yo.

Sus manos se frotan encima de la mesa. No hace frío pero debe ser un gesto repetitivo, como una manía que ejecuta sin percibir que no hay necesidad de entrar en calor. Está nervioso, igual que yo, y se deja llevar por los tics que identifican ese estado de intranquilidad cuando alguien nos observa y no sabemos cómo quedar bien.

Ahora puedo fijarme en sus ojos, que aunque no intentaba adivinar su color, se me cuelan por mis retinas por su clara transparencia. Son de un azul grisáceo único, todo un océano misterioso con prometedores tesoros en sus profundidades.

Es como mirar el mar y temer lo que vas a encontrarte, como si traspasar la línea sumergible fuera una tentación para no volver a la superficie y morir en el intento de permanecer bajo el agua, encantada por el hechizo de la ingravidez y los efectos mágicos de la luz.

El camarero viene a tomar la comanda con una libreta en la mano. Es un chico con la cabeza medio rapada por las sienes, con un pendiente en la oreja derecha que lleva una pequeña cruz plateada y un piercing en la nariz, bordeando una de las fosas nasales. Tatuajes en su brazo con motivos religiosos indican que tiene cierta inclinación por la mística en versión rockera.

Debe tener unos 22 años más o menos, bien afeitado, con las manos pulcramente limpias, uñas cortadas escrupulosamente y unos anillos en los anulares de ambas manos que demuestran su afición por cuidar su apariencia. Me fijo un poco y observo que en cada anillo hay unas iniciales, por lo que entiendo que guarda algún sentido que solo él podría desvelar. Quizás son las primeras letras de alguien importante en su vida, o de algún grupo de música. Si tuviera confianza con el camarero se lo preguntaría, pues me puede la curiosidad, pero me abstengo de pecar de metomentodo y me limito a pedir un capuchino.

—¿Y usted, padre? ¿Qué va a tomar? ¿Lo de siempre?

—Sí, y por favor tráeme el periódico, a ver si hay buenas nuevas que celebrar. No todo van a ser desgracias.

Me mira y sonrío.

—Habrà algo que haya mejorado, supongo. —Vuelve a insistir excusando su alto grado de optimismo.

—Claro, tiene usted razón, padre. A cada momento ocurren cosas maravillosas de las que no nos damos ni cuenta que suceden. Se nos pasan por alto porque quizás estamos ya acostumbrados a verlas que solo si desaparecen las empezamos a echar en falta. —me atrevo a contestar como algo que surge de mis pensamientos sin siquiera controlar lo que digo.

—Perdona, y puedes tutearme, por favor, además ahora estoy de paisano e intento separar mis dos facetas. Por cierto, me suena tu cara. ¿No nos hemos visto en alguna parte?

Se tocaba la barba y arrugaba el entrecejo, buscándome en alguna parte de sus recuerdos. Seguro que cuando me viera en la instantánea del batacazo soltaría una risita burlona por lo menos.

—Espera... no me lo digas... tú te has caído esta mañana en Santa María. ¿Eras tú, verdad?

Pues para mi sorpresa no se reía, más bien su actitud mostraba preocupación y cierto interés.

Bueno, quizás porque era la más joven de todas las que estábamos en misa de una. Puede que le haya llamado la atención verme entre las beatas del pueblo y por ese motivo mantiene su mirada algo detectivesca.

—Sí, —me pongo una mano en la frente y resoplo —era yo. Me tropecé con la madera del reclinatorio y perdí el equilibrio.

—¿Te hiciste daño? —Ahora sus ojos mostraban compasión. Ni un ápice de la típica risita ante un hecho tan cómico, estamparse de bruces en plena misa en medio del pasillo puede ser uno de esos videos que se convierten en virales de lo graciosos que llegan a ser. El mío hubiera hecho el record, porque dejé a la pobre señora a la que me agarré casi desnuda al tirar de su toquilla y parte de su recatado vestido de flores hasta el cuello. Creo que hasta se lo rasgué dejando parte de su pecho al aire, por los comentarios que escuché de inmediato al accidente: “*tápate, Felisa, que se te ve todo*” le decía la que tenía al lado en un intento por defender su honra.

De repente sus manos deshicieron el nudo que habían formado segundos atrás y se posaron en mis muñecas, que en ese momento las tenía sobre la mesa, haciendo rulos con el mantel de papel. Es una manía que tengo, me gusta hacer canutillos de papel con todo, servilletas, folios, mantelitos de las cafeterías, panfletos... todo acaba hecho un rollo por el que después suelo mirar a través del hueco que dejo dentro, como la pequeña pirata a la que jugaba ser de pequeña junto a mi padre, en Wexford, en su barco de pesca, a la

intemperie de las brisas oceánicas.

Son esos gestos los que conforman un paisaje de recuerdos que jamás se podrán difuminar a través de los años, porque quedan grabados en lo más profundo.

Una corriente de calor recorrió todo mi cuerpo, desde los brazos hasta mis pies. El mero contacto de sus manos sobre la piel que pudo tocar entre la americana y la camisa, fue suficiente para provocar en mí una extraña reacción que difícilmente sabría explicar.

Tiene las manos finas, muy bien cuidadas, acostumbradas a estrechar otras manos con amabilidad, pues me ha cogido las mías con toda la naturalidad del mundo, sin esfuerzo alguno, sin premeditación.

Sin embargo a mí me ha parecido que ha sido muy atrevido por su parte, a pesar de ser un miembro de la Iglesia, el mostrarse así en público, tan abierto y comunicativo con personas como yo, que le soy totalmente desconocida.

Quizás por el hecho de sentirse un guía espiritual ya se considera con derecho a tratar con cercanía a la gente. Es lo bueno que tiene ir con el sello eclesiástico por la vida, que tiene acceso a todo el mundo pues esa es su misión, acercarse al prójimo para transmitir la palabra de Dios.

—No, no me hice apenas nada, solo un moratón en mi rodilla, pero desaparecerá en un par de días. Gracias por preocuparse... preocuparte —le tuteé para seguir su deseo expreso de no llamarle de usted.

Mis sentidos despertaron apreciando todo lo que me envolvía alrededor en ese preciso momento como si quisiera recoger todas las impresiones posibles que se manifestaban en ese mismo instante. Sonaba una canción de Enya de fondo, y de las paredes sobresalían paisajes verdes e intensos en colorido, pintados por algún artista local, pues el precio estaba indicado en la parte inferior de los cuadros, en un papelito blanco pegado a los marcos junto a una breve descripción de los mismos y las medidas de los lienzos que no superaban los 50 x 60 cm así como la técnica pictórica utilizada. Parecían todos hechos al pastel, por el difuminado de los tonos que solo se consigue al esparcir el polvo de color con la yema de los dedos o con una barrita afilada de algodón.

Mi percepción, en esa parada momentánea del tiempo, se vio interrumpida por la llegada del camarero. Nos trajo lo que pedimos y lo dejó sobre unas tejas de color negro, una bandeja a cada uno.

—Mira, Kevin, ya sé que intentas ver lo bien que va todo, pero la ola de

robos sigue atemorizando a la gente de por aquí. Ya han entrado en casa de los Walsh, y eso que tenían alarmas hasta en la caseta del perro.

—Este chico es así, demasiado realista. Pero seguro que hay algo entre las páginas de lo que sentirse orgulloso, hay que enfocar el bien para que se convierta en algo que imitar.

Me sucumbe una euforia de repente renacentista, este hombre tiene una capacidad de levantar el ánimo a cualquiera. ¡Qué optimismo! Pero bueno, él ¿qué va a decir? Es su coletilla diaria seguramente. Ahora me calmo y lo tomo como parte de su rutina, ir prodigando la paz y el bien allá donde va.

—La cuenta, por favor. —le pido al chico, impaciente por irme de allí lo antes posible.

—Brian, no le cobres, quiero invitarla, ya que no le ha importado compartir la mesa conmigo.

Brian se gira al escucharme mientras está recogiendo las tazas de una mesa que hay en el centro de la sala y mueve en actitud afirmativa la cabeza para responder al predicador. No sé qué hacer. Me ha cogido de sorpresa y me limito a dar las gracias pues sé que será inútil convencerle de que me deje pagar.

—Gracias, no tenía por qué invitarme. Ha sido un placer. —Pero ¿qué he dicho? ¿Un placer? Un cura qué puede entender por placer? Me ruborizo ante la idea de lo que se pueda pensar y le miro a ver qué efecto ha causado en él esta expresión. Sus labios se han cerrado con fuerza y mira a través de la ventana como buscando una parte de su pasado en la que entonces sí significaban algo esas palabras y que ahora ha tenido que desechar en su sentido más literal.

Es un hombre. A pesar de sus hábitos y su entrega a la Iglesia. Me imagino que tendrá sus tentaciones como todos los seres de carne y hueso y que alguna vez habrá deseado abrazar a una mujer ...o a algún hombre según sus preferencias sexuales, para mí respetables considerablemente.

Su rostro refleja una gran capacidad de entrega, de que todo lo que se proponga lo llevará a cabo con fuerza, poniendo todo su empeño en su consecución. Sin duda hará mucho bien en la comarca, por la comunidad. Hacen falta personas que velen por los demás y seguramente que él está involucrado en más de una causa por solucionar. Por aquí vienen algunos mendigos a buscar la piedad de los turistas que abarrotan las calles del centro para empaparse de la historia legendaria de Irlanda y la vida en los castillos

que se quedaron en ruinas. Puede que él se ocupe de ellos y les albergue, quién sabe el alcance de su misión.

Siento como una tela de araña se está formando a mi alrededor, unos hilos invisibles se van atando desde ese hombre hasta una parte dentro de mí que trato de desprender. No quiero saber nada de su filosofía de vida, no me interesa su manera de ver el mundo ni la relevancia que puedan tener sus palabras en medio de mi circunstancia.

Tengo asuntos que resolver y no me puedo quedar embobada en una conversación que no llegará a ninguna parte.

Todo eso ya lo sé. Todo es dependiendo del cristal del que lo mires, o lo que es lo mismo, que cada uno atrae lo que desarrolla en su mente... la ley del secreto, la reconexión y todo el rebirthing que las teorías de la new age están promoviendo para hacer adeptos en lo que antes era el movimiento hippie pero ahora más light.

Me tomo el capuchino , delicioso, y veo que él me está mirando sonriendo. Algo tengo que le hace mucha gracia. Está callado, al menos no me da la tabarra y se dispone a pasar las hojas del periódico con afán en hallar eso que demuestra su teoría.

Brian vuelve y le paga la cuenta. Se limpia las manos en su mandil negro hasta el cuello, bajo el que lleva una camisa negra y unos pantalones negros. Muy elegante y siniestro a la vez.

Algo le ha llamado la atención porque le muestra el periódico al chico con cara de satisfacción:

—Hombre de poca fe, mira, ¿has visto?

Intento acercarme alargando el cuello para descifrar de qué se trata, pero no logro asomarse siquiera a la página en la que debe haber aparecido algún milagro por lo menos.

—Bueno, ya era hora. —exclamó refiriéndose Brian a la noticia de un descubrimiento a nivel científico que tenía que ver con la movilidad en personas que habían sufrido parálisis tras haber sufrido algún tipo de accidente.

En esto que una cortina de agua fue apareciendo ante nuestra vista seguida de un apagón en el suministro eléctrico que rápidamente retomó su funcionamiento volviéndose a encender las luces del local, ante la mirada expectante y asombrada de todos los presentes en el establecimiento. Nos mirábamos los unos a los otros como presagiando lo que ya estábamos

acostumbrados, el inicio de una fuerte tormenta que se avecinaba y de la cual había que protegerse con lo que fuera para poder llegar a casa, al trabajo o a donde tuvieran que ir tras tomar sus consumiciones o terminar sus conversaciones.

Me levanté para salir de allí lo antes posible y dirigirme al coche, no quería que me pillara de lleno la tormenta, pero ya era tarde, estaba cayendo ya una buena manta de agua, que sobre el asfalto desafiaba en su repiqueteo al bullicio de la cafetería en la que estábamos.

—¿Cómo vas a salir con la que está cayendo? Espera un poco a que amaine. —Kevin me intentaba retener para evitar que me calara hasta los huesos ahí fuera. Desde su asiento se reclinó un poco para cogerme del brazo y hacerme sentar de nuevo.

—No puedo quedarme más tiempo, mi marido me espera en casa para cenar, además serán cuatro gotas y no pasa nada por mojarme un poco. —Le contesté sentándome de nuevo, mirando hacia la parte superior de la ventana, esperando ver si las nubes no eran del todo tan plomizas como se presagiaba.

—Tengo que hacer a tu marido una visita. Hay unos chicos a los que les vendría bien el trabajo en las tierras. Si no te importa, puedo ir contigo para proponerle algo que pueda interesarle al respecto.

—De acuerdo, luego le podemos traer de vuelta, le llevo en mi coche, lo tengo aparcado tras las ruinas cercanas al museo.

Entonces Kevin, resuelto en venir conmigo se levantó y me hizo un gesto afirmativo delante de mi cara, tan cerca que casi pude aspirar su propio aliento. Me estremecí un poco al sentir el calor que irradiaba, tras haber contemplado el movimiento de los pliegues de su camisa al incorporarse marcando sus pectorales, haciendo que predominara en esos instantes su naturaleza masculina, la que ningún hábito puede ocultar.

—¿Nos podrás dejar un paraguas, Brian? Luego te lo devuelvo. —El sacerdote con su mano alzada intentaba llamar la atención del joven camarero que, encantado de ofrecer su ayuda al párroco, le abrió los ojos con énfasis arqueando sus cejas para encontrar una respuesta, pensando en lo que podía ofrecerle.

—Claro, aquí tengo unos cuantos paraguas de gente que se los ha olvidado. Voy a ver lo que hay. —Y se fue disparado al almacén para en cuestión de segundos salir con uno de la mano, alzándolo para que lo viésemos, satisfecho de impedir que sus clientes y amigo se quedara hecho una sopa.— Me queda

uno solo, tomad, tendréis que compartirlo.

Ya estamos los dos con las miradas de todos pendientes de nosotros.

Miro al espejo que tenemos delante y observo que vamos los dos vestidos como si fuéramos uniformados, como una pareja de comerciales representantes de alguna firma, con trajes demasiado formales para los atuendos que llevan los demás allí presentes cuyas ropas son totalmente desenfadadas. Son gente muy joven que debe quedar en este sitio para verse y tomarse unas cañas asiduamente. Se aprecia que están como en su casa, acostumbrados a frecuentar este bar por la cordialidad con la que tratan a Brian, que más bien parece el anfitrión antes que un simple camarero.

—No tengo el gusto de conocerte, pero me alegro que hayas entrado en la Iglesia esta mañana. Y siento mucho tu caída accidental. —Me taladra con estas palabras toda mi columna sustentadora del templo de la vergüenza, por lo que me vuelvo una verdadera bombilla encendida, tornándose roja como un tomate toda mi cara, que la siento tan caliente que parece que me estuviera cociendo viva.

Acto seguido toma el paraguas que le ofrece Brian y me abre una hoja de la puerta del establecimiento con elegante amabilidad.

—Pasa, Esther, quédate en el porche. —Me avisa para que no avance y le espere hasta que abra el paraguas para guarecernos del diluvio.

—Gracias, Brian, vamos a por el arca del Noé, ahora venimos. —suelta graciosamente antes de situarse junto a mí y desplegar la tela del paraguas sobre nosotros.

Desde el cristal veo que Brian le hace un gesto a Kevin con las manos como el de un marinero a su capitán.

Me cae muy bien ese chico, desprende algo que me gusta, un aire a esas personas con las que puedes contar siempre, con mucha atención en todo lo que hace.

Kevin se ha acercado tanto que nuestros brazos están tan pegados que no se pueden mover sin que notemos el roce de nuestros cuerpos, ahora empapándose de humedad y pleno frescor que se cuele por las fosas nasales haciendo que respiremos con más intensidad, agitando nuestros pechos en ese bombeo de aire que oxigena con fuerza nuestros pulmones.

—Por allí llegaremos antes. —Le indico, señalando a la izquierda para que él avance hacia esa dirección y pueda incorporarme a su paso.

No me atrevo a cogerle del brazo, tal como haría con mi marido si vamos

juntos bajo un paraguas, e intento no rozarle pero él se arrima para que pueda cobijarme lo suficiente para no mojarme. Él va a la izquierda y sujeta el paraguas con la mano derecha. Yo estoy a su derecha, y al llegar a la esquina de la calle veo un gatito maullando entre los coches, parece muy asustado.

No puedo evitarlo y llamo al gatito para que venga, poniéndome en cuclillas.

Al pobre minino o lo han soltado en la calle o se ha perdido.

Kevin me protege con el paraguas acercándose a mí, y se agacha conmigo. Me mira con ojos de curiosidad y agrado a la vez. El gatito de color blanco pero muy sucio, casi gris oscuro de tanta mugre, está muy delgadito y poco a poco va viniendo hasta nosotros.

Me huele la mano, debe detectar el rastro de olor de la fauna con la que me codeo cada día y que se ha quedado impregnado que por muy débil que sea el animal sabe distinguir. Está reconociendo con sus radares olfativos que tengo varios gatos que de vez en cuando se pasean por mis piernas para que les haga caso y les suelte alguna caricia.

—Vamos, ven. Pobrecito. ¿Te has perdido? —Me da mucha lástima e intento cogerlo para sacarlo de entre los coches y llevármelo a casa. Allí estará a salvo al menos hasta que encuentre a su dueño o le ubique en algún lugar si es que nadie responde por él.

—Parece que le gustas. —Me dice Kevin al observar que cada vez más se acerca a mí.

—A ver si me dejas cogerte y no me arañas, preciosa. —Me dirijo a la gata en voz bajita, ahora que he comprobado al mirar mejor su cuerpecito al sentarse que se trata de una hembra. Le hablo con mucha calma, como si estuviera desactivando una bomba y temiera que en cualquier momento echara a correr. No quiero que por mi culpa acabe bajo las ruedas de uno de los coches que están pasando por esta concurrida calle.

Me va a poner perdida pero da igual, ya se lavará la ropa. La tomo por el lomo y la izo aferrándola a mi muslo para ir ascendiendo y ya de pie la agarro con las dos manos.

Tengo el maletín en el suelo y Kevin lo coge, poniendo todo de su parte con mucha amabilidad.

—¿Qué harás? ¿Te lo vas a llevar? —Me mira acompañando su pregunta con un leve movimiento de cabeza en espera de una afirmativa contestación por mi parte.

—Sí, va a conocer a los gatos del campo. Espero que ellos le enseñen a cazar.

—Vaya, otra noticia positiva de la que alegrarse, y sin tener que abrir el periódico. —sonrió mostrando un verdadero amanecer de ternura, era fantástico ver su estado tan radiante ante la tormenta que se nos avecinaba, dejándose mojar por las gotas de agua que se colaban por los lados en las ráfagas que la lluvia jugaba a colarse en todas direcciones.

La complicidad se manifestó al instante. Ya teníamos algo en común. Un motivo que nos acercaba aún más.

Nuestros mundos se estaban aproximando a un ritmo vertiginoso y eso era solo el principio de lo que iba a concurrir entre nosotros.

—Vamos, a esta chica le vendrá bien un poco de calor y un plato de comida. —me dirigí a la gatita que aún seguía tensa entre mis brazos. —Hoy comerás pescado. Has tenido suerte. —Le decía como si me entendiera.

Paso a paso llegamos hasta el aparcamiento, sorteando los charcos que nos encontrábamos pero que inevitablemente el mismo suelo por lo que corrían ya verdaderos riachuelos, nos iban inundando los zapatos.

—Toma, a ver si se te dan bien los felinos. —Le ofrezco la gatita retándole a mantenerla sin que se escape. Tomo yo en relevo el paraguas y el maletín, intercambiándonos al animal bajo la incesante lluvia que no parecía tener fin.

Accioné con el mando a distancia el mecanismo de apertura del coche, sin dejar de amparar a Kevin a la gata bajo el paraguas, esperando a que entrara para después dar la vuelta a la parte delantera del coche y hacer lo mismo, tirando al asiento de atrás el maletín y el paraguas desde el mismo asiento una vez dentro.

Él ya estaba dentro, con la gatita encima poniéndole perdido de pelos blanquinosos y grises su traje oscuro. Estaba quedando hecho una pena.

La gata se acurrucó entre sus brazos, asustada al oír el rugido del motor tras ponernos el cinturón de seguridad y accionar el limpiaparabrisas ya nos estábamos dirigiendo a la finca de mi marido.

Era curioso. Había ido yo sola al centro esa tarde y volvía con dos más. Un sacerdote y una gatita.

Las gotas de agua en las lunas del coche brillaban como bombillitas de una fiesta navideña, volviendo mágico ese preciso momento.

Pude seguir apreciando el aroma a incienso que de él emanaba y que se concentraba con más intensidad en el vehículo, donde se potenciaba el olor al

estar herméticamente cerrado.

Era normal que desprendiera ese perfume, siendo sacerdote y estar todo el día envuelto en el humo y las varitas de sándalo de la Iglesia que la habían impregnado hasta el ADN.

No me gusta conducir con lluvia. Él lo notó y sin que yo le dijera nada, esbozó una sonrisa mirando al frente y pronuncia:

—Eres muy capaz, Esther.

—¿Capaz de qué?

Se refería a controlar los nervios y hacer frente a ese hándicap que tengo, no me gusta conducir en días de tormenta. No sé por qué, es algo que detesto y pareciera que él lo presentía, que notaba lo tensa que me ponía al volante.

Me alentó a hacerlo e incluso provocó que viviera esa escena que antes para mí era negativa con mayor interés y hasta disfrutarla.

Comencé a prestar más atención a ese extraordinario escenario que se mostraba ante mí, y me parecía admirable presenciar tal espectáculo, admirando la fuerza de la tormenta, embelesándome con los rayos que caían bajo la negrura del horizonte espeso y cargado de electricidad.

—¿Has visto qué potencia eléctrica tenemos encima? —me dirigí a Kevin mostrándole lo mucho que había cambiado mi actitud, compartiendo con él mi fascinación.— Ojalá se pudiera recoger toda esa carga eléctrica para poder aprovecharla.

—Sí, es considerable el ahorro energético que ello supondría. Ya se han hecho pruebas para recoger esa fuerza pero para poder utilizarla pero es muy difícil hacerla servir, se tendría que controlar toda su potencia para manejarla, reducirla y regularizarla, y eso aún no se ha logrado.

—¿Has estudiado ingeniería eléctrica? Te veo muy puesto en este tema.

—No, pero me interesan mucho las energías renovables y leo mucho al respecto. —me responde mientras mira a la gatita cogiéndola por las axilas, teniéndola prácticamente delante de sus ojos esmeralda. Parece que la va a hipnotizar, porque ella se está quieta intentando caerle bien para que no volver a estar bajo la lluvia.

—Cuéntame, qué piensas tú de ese tema.

—Me guío por los que han hecho ya estudios, como *Donald Gillispie*, el famoso horticultor estadounidense; según él, la energía está dentro de la tormenta, en el inicio del rayo, y ahí no se puede llegar. La concentración es tal que equivaldría a una bomba atómica. —esto último lo dice con un tono de

voz algo tétrico, con las manos haciendo el gesto de una explosión enorme. La minina está pegada a su estómago, buscando el calor. No se mueve de ahí, e incluso parece que ronronea un poco presionando su camisa con sus patas.

—Oye, que a lo mejor a la gatita te la tienes que llevar tú. Mírala, no se va a despegar de ti.

Nos reímos y le hablo sobre la técnica que usamos en la finca para aprovechar todo lo posible la energía del sol y la del viento, con paneles solares, molinos, que proporcionan una ayuda suplementaria en la fuente de suministro eléctrico. A él parece interesarle mucho porque me presta mucha atención, escuchándome muy atentamente, afirmando con la cabeza cada vez que le especifico los sistemas que empleamos en la mecanización de las faenas agrícolas. Es un hombre con el que se puede hablar de todo, está muy instruido pero no es nada pedante. Su nivel de humildad y modestia le pone a la altura de las personas con las que habla, ni arriba ni abajo. Es empático a más no poder.

—Ya sabemos que hay intereses que no quieren que usemos lo que no cuesta nada. Hasta por el sol pondrían impuestos.. por la lluvia, por todo...

—Ya existen esas tasas, ya. Se paga hasta por respirar.— me río con él, me encanta mantener esta conversación, es de lo más distendida, no quiero llegar nunca porque eso significaría que este momento, los dos compartiendo esta situación tan única, tan especial, acabaría al llegar a la finca donde ya no tendría la misma sintonía.

—Si yo pudiera sembraría nubes donde escasea la lluvia, pero no está a mi alcance. —Su confianza está manifestando su deseo en combatir el hambre en el mundo, ya sé por dónde van sus palabras. —Esther, ¿Sabes cómo se puede hacer caer agua de una nube? A ver si lo adivinas.

Ahora le coge una patita a la gata y me señala a mí con ella. Es de lo más divertido. No quiero mirarle a la cara porque me echaría a reír como una loca. Hacía tiempo que no me sentía tan bien, y cuando me pasa esto me puede entrar un ataque de risa difícil de controlar. Lo sé, y sigo mirando a la carretera, guiada por las farolas que acompañan el recorrido iluminándolo. No circulan coches, es un paseo realmente de ensueño, bajo la lluvia, con el cielo en toda su majestuosidad brillando rayo a rayo mostrando toda su fuerza poderosa.

—Pues... con yodo de plata o algo así, he oído, ¿no?— le respondo pero no estoy muy segura, son datos que he recogido alguna vez mientras veo un

canal en youtube sobre fenómenos extraordinarios del Universo y del Planeta.

—Bueno, también se ha intentado así, pero con lo que más se ha logrado es con algo que tenemos todos en la cocina de casa....— me arquea una ceja , acercándose a mi cara para que le mire. No puedo evitarlo, me echo a reír y casi sin poder hablar le digo:

—¿No será sal? Jajajajaja— es una tontería pero parece que vamos los dos drogados. Esta tormenta me está trastocando en serio. O es él, o es el hecho de ir con una gata y un sacerdote en el Land Rover e imaginar la cara que va a poner Edgar cuando lleguemos. Se va a creer que llevo a Kevin para que le convenza en ir a la Iglesia o algo así, pues desde que le conozco, Edgar nunca ha sido de asistir a ningún acto religioso.

—Sí, señorita... perdón, señora Walsh. —Él también se ríe pero añade algo más para acabar de puntualizar ese descubrimiento. —Como sabrás, las moléculas de agua que forman las nubes están separadas cuando no llueve y al juntarse es cuando caen con el peso añadido que se forma al convertirse esas moléculas en una gota de agua. La sal es un material higroscópico, bombardean con buenas cantidades de ella a las nubes que interesa hacer llover y ...voilà *it's raining again*. —Termina señalando la cortina de agua que nos rodea como un manto que acoge nuestra reciente amistad.



## CAPITULO 17

—¿Qué me ha pasado? Me resulta hasta divertida esta situación. Es tan extraño que no tenga miedo a la tormenta... —Me seguía preguntando toda asombrada.

Al llegar no vimos el tractor. Era extraño que aún siguiera en los campos Edgar.

—Puede que algún jornalero le haya traído en la moto a casa. — Intenté darle una explicación al asunto.

—Vamos, dejemos la gatita dentro y comprobamos si está dentro, aunque no se ve luz en las ventanas.

Salimos del coche a toda prisa para quedarnos bajo el porche hasta que abriera la portezuela.

Miré hacia el establo que desde la casa se podía abarcar la vista de la entrada y la ventana por la que no había ningún atisbo de luz.

—Quizás se haya ido la luz y esté dentro a oscuras.

—Abre y lo comprobamos. —Me indicó Kevin, deseando entrar él primero.

—La trampa del cobertizo está sin asegurar. Si él estuviera la habría cerrado para evitar que los zorros hambrientos se lleven a las gallinas; son muy astutos y nos tienen a los granjeros en vilo constante.

Al abrir la puerta, Kevin se adelantó inspeccionando a su alrededor. Parecía que estaba demasiado interesado en ver a Edgar, pero le notaba una escondida preocupación que no quería revelarme. Al contrario, me tranquilizaba siguiendo con los mimos a la gatita. Encendí las luces llamando

a Edgar pero no estaba en la casa.

—¿Dónde vamos a colocar a esta preciosidad? —Me la pasó como si fuera nuestro bebé, con mucho cuidado, rozando con una de sus manos el lomo de la felina que se dejaba tocar amoldando su cuerpo a las caricias.

Tomé a la gata y la dejé en una caja de manzanas que vacié y rellené con trapos viejos de cocina.

—Y ahora, chiquitina, te vas a poner las botas con este succulento pescado. Seguro que a ti te sabe a gloria.

Le puse en un platito de cerámica un trocito de la parte de la cabeza del pescado que iba a utilizar para hacer sopa. Se lo fue comiendo con ganas y Kevin, mientras tanto miraba toda la casa empapándose de la atmósfera que ahí se intuía, sin concretar la dirección de la mirada, perdida en un punto invisible.

—Vamos, Esther, iremos a buscarle al campo. No hay tiempo que perder.

Me asusté. Ahora sí que me empezó a correr la sangre más deprisa y la adrenalina se disparaba manteniéndome en alerta.

Salimos de la casa, cerrando la puerta sin llave a toda prisa. Kevin se sentó en el asiento del copiloto de nuevo y yo arranqué el motor, pensando en qué parte de la finca podría estar, pues podía ir en diferente sentido según se encontrara, así que sin dudarle más seguí mi intuición y elegí ir por la derecha, hacia las plantaciones de la última siembra de cebada, donde puede que estuviera para proteger los brotes primerizos.

Justo a medio minuto de trayecto vemos el tractor en medio del camino.

—¡Edgar, Edgar! —le llamo desde mi repentina angustia, a pesar de que no me va a sentir con las ventanas cerradas del coche y además el ruido de la lluvia se ha convertido en un martilleo infernal que acapara todos los sonidos acompañada de los truenos que de cuando en cuando atraviesan los tímpanos con su furia desgarradora. Salimos del coche y él abre el paraguas, me lo tiende me hace un gesto con su mano para que me detenga y no avance más.

—Espérate aquí. —Me ruega Kevin, sosteniendo el paraguas entre mis manos asegurándose de que me voy a cubrir con él. Y entonces sale corriendo hacia el tractor.

No hago caso y voy tras él. No quiero que me dé órdenes, no soy ninguna niña y quiero ir a ver qué ha pasado con Edgar.

Me cuesta avanzar, es una fuerza del viento que se ha disparado violentamente que contrarresta mi impulso.

Le veo agachado, pero mira hacia delante, no hacia abajo. Parece que está hablando con alguien que no alcanzo a ver.

No distingo a ninguna persona.

El viento ruge con fuerza, y la claridad de dos rayos cruzando el horizonte permite vislumbrar lo que hay junto a Kevin.

—¡Ed! ¿Qué te ha pasado? ¡Dios mío! —Me agacho, me tiro a su lado y le intento girar para ver su rostro.

Está echado en el suelo. La rueda del tractor lo ocultaba, por eso no le había visto antes desde unos pasos atrás. La oscuridad no me permite ver apenas nada, no atisbo a ver si respira y pongo mi oreja en su pecho para intentar escuchar sus latidos. Con esa lluvia no logro identificar nada que se le pueda parecer a los golpecitos de su corazón, y ante tal desesperante situación, intentando ver mejor me subo corriendo al tractor para accionar las luces e iluminar su cuerpo tendido e inanimado.

Kevin se alza al verme bajar del tractor, y antes de que pueda tocar a Edgar, me abraza y toma la cabeza entre sus manos para mirarme fijamente y conseguir que mis ojos se claven en los suyos.

—Tu marido no da señales de vida. No tiene pulso.

Me suelto de sus manos y vuelvo al cuerpo de mi marido que yace inerte boca abajo. Le doy la vuelta, sus ojos están clavados en la nada. Comienzo a presionar su pecho una y otra vez para intentar reanimarlo según las maniobras de supervivencia que en su día aprendí en un cursillo de primeros auxilios y que jamás había pensado tener que utilizar tales conocimientos para socorrer a una persona tan allegada a mí.

Le tomo su nariz tapándola y abro un poco sus labios para hacerle la respiración boca a boca mientras mis ojos están inundados de lágrimas, y mi voz no deja de repetir:

—¡Despierta, por favor, Ed! ¡Vuelve!

—Es inútil, Esther. Se ha ido.

Kevin afirmó esta realidad que me costaba asimilar. Sus manos me sujetaban nuevamente, sin querer perder el contacto conmigo para seguir transmitiéndome la serenidad que a mí me faltaba en esos momentos. Su cabeza estaba totalmente empapada, cayendo el agua por su cara y toda su ropa pegada a su cuerpo. Los pantalones llenos de barro, igual que mi falda, mis piernas por las que corrían riachuelos de tierra y agua, y mis zapatos prácticamente hundidos en el charco que se iba formando alrededor en esa

superficie arcillosa.

Con ímpetu me atrajo hacia él y cobijó mi cabeza en su pecho, tomándome con cariño, acariciando mi cabello empapado con una mano mientras que la otra me daba masajes en la espalda muy lentamente, apretándome contra él.

Escuché unas palabras que en forma de murmullo salían de los labios de Kevin, cuya vibración resonaba en su pecho y en cierto modo me reconfortaba pero acerté a adivinar que se trataba de una oración y me puse en alerta.

—¡Cállate, cállate! —Grité—. No puede ser, hay que llevarlo a un hospital.

—Se ha ido, Esther, pero su energía, su espíritu, está aquí a tu lado. Debes despedirlo, dejar que se una a la luz. Está sufriendo al verte llorar.

Me sobrecogió un estremecimiento abrumador. Yo creo en la otra vida, en la vida que continúa después de esta, ya sin materia, en otro plano existencial, pero me costaba en esos momentos asumirlo aunque poco a poco mi mente fue aceptando el hecho de que se había producido la salida de su ánima y que debía intentar percibir esa otra forma de vida que Kevin me señalaba como algo tan real que él mismo lo estaba comprobando gracias a una especial percepción extrasensorial o parapsicológica que desconocía hasta ese instante.

—¿Lo puedes ver? ¿Era con esta presencia con la que hablabas antes?

—Sí, Esther, lo veía antes y ahora también lo veo. Está a tu lado, no quiere dejarte sola pero su vida aquí ha terminado. Tiene que entender que te las sabrás manejar sin él. Antes me decía que no te dejara sola y así se lo he prometido. Yo cuidaré de ti.

—No necesito que nadie cuide de mí, solo quiero saber qué le ha pasado, por qué se ha quedado de repente sin vida, si ha sido asesinado, si alguien le ha hecho daño, aunque no tiene heridas... —inspecciono lo que puedo entre las ropas del cuerpo de Edgar pero no alcanzo a ver ninguna señal de apuñalamiento, nada de sangre, ni de disparos ni golpes. Es como si se hubiera caído fulminado de repente.

Kevin le puso su chaqueta por encima de la cara del presente difunto y cogió su móvil dispuesto a hacer una llamada.

—Tenemos que avisar a la policía. No se puede mover el cuerpo. Entra en tractor. Yo me quedaré aquí hasta que vengan. —Me recomienda el sacerdote, ayudándome a entrar en el tractor.

Subí, le hice caso, necesitaba respirar un poco ante tanta tensión agolpada en mi cerebro, pero no podía dejar de llorar. Pensé en lo que me dijo hacía

solo unos minutos.

Él seguía rezando al lado del cuerpo inerte de Edgar. Pero tras unas frases sentidas con profunda emoción que no distinguía del todo entre el crepitante goteo de agua, se puso manos a la obra dando explicaciones al oficial de policía que le atendió en su llamada. Le daba instrucciones para llegar exactamente al punto en el que nos encontrábamos, avisándonos que trajeran también una ambulancia.

De repente sentí una brisa que me rozaba el rostro con una calidez extraña. Se me vino al pensamiento la palabra perdón. Era un mensaje que me llegaba, proveniente del que era mi marido y que ahora se encontraba más cerca de lo que imaginaba, transmitiéndome una paz y un anhelo en devolverme la calma desaparecida por esa situación había originado su fatal accidente mortal.

Esa brisa me decía sin palabras que siguiera adelante, aunque él ya no estuviera a mi lado, que ahora había otra persona con la que podía contar, que no me había dejado sola... pero esto no lo acababa de entender.

¿Qué tenía que ver el sacerdote?

¿Es que todo lo que había pasado hoy no era pura casualidad? Mi visita a la Iglesia, el encuentro con el sacerdote en la cafetería... la gata que apareció...la lluvia, la tormenta...? Era todo un plan previamente diseñado para que me enfrentara a este momento con un enviado del destino, eso pensé intentando que todo encajara para que tuviera sentido.

Me sentí reconfortada al entender que esto tenía que suceder y que una fuerza poderosa había hecho que ocurriera todo de tal modo, permitiéndome estar tan bien acompañada con la persona adecuada en ese trágico momento.

## CAPÍTULO 18

Pero de pronto, algo en mí me hizo reaccionar.

Tenía que caminar, correr en medio de la lluvia, gritar para desahogar mi dolor. Me daba rabia no haberle podido ayudar a tiempo. Si me hubiera quedado en casa esta tarde quizás podría haberle impedido que fuera a los campos con la amenazante tormenta o al menos haberle buscado como cuando solía hacer para que no siguiera trabajando bajo la lluvia, cosa que le provocaba más de un resfriado que otro en muchas ocasiones que así se quedaba, empapado mientras seguía con sus tareas. Pero no, esta vez estaba solo y seguramente apuró hasta el último momento para finalizar sus tareas antes de regresar encontrándose de pleno con todo el diluvio.

Me pierdo entre las espigas y Kevin viene detrás, llamándome a gritos. Yo corro más que él y me caigo de repente, boca abajo. Entonces pongo mis manos sobre mi rostro y repito: No puede ser, no puede ser.

No entendía cómo podía perseguirme la sombra de la muerte, aniquilando la vida de alguien que me había ayudado tanto.

—Esther, Esther, cálmate, respira. Vamos, tenemos que recobrar la calma. No has tenido la culpa. Tranquila, tranquila... —sus manos me cogían mi cara repitiéndome esta orden hasta que la interioricé en mi mente.

Me ayudó a levantarme. Le miro y me sujeto a él, en ese momento es el ancla que evita mis naufragios, deteniendo el ataque de nervios que había estallado en mí, rescatándome de la deriva de la histeria. Con mucha delicadeza consigue apaciguarme, abrazándome, besándome en la frente, en la cabeza, susurrándome que no tengo que ver en la muerte de Edgar, que ha sido su propia decisión internarse solo en medio del diluvio “era su hora y nadie podría impedirlo” según sus reconfortantes palabras.

Estallé en un llanto desbordante y le golpeaba en su pecho, enfadada con las circunstancias que se me hacían difíciles de asimilar.

Aclaré mis ojos con las manos para poder ver, pues entre la lluvia y mis lágrimas, estaba totalmente cegada. Al abrir los ojos me pareció ver en medio de los haces de luz que el tractor desprendía, una superficie aplastada que no era normal, estaba hecho de manera explícita, a posta. Peor no quería ponerme

a averiguar en ese momento de qué se trataba, y tal como Kevin me indicaba, había que volver y esperar que todo se esclareciese.

A la mañana siguiente, tras una noche en la que Kevin no se separó de mi lado, durmiendo en el sofá del salón, volví al campo a ver esa extensión aplastada.

Kevin ya se había ido, había cogido el autobús hacia el centro y yo corrí a averiguar qué estaba haciendo Edgar entre esas espigas, por qué las había segado si aún no era tiempo de siega.

No podía ser. Tenían forma de corazón. Tal como había bromeado un día con él, así lo llevó a cabo. Me quería demostrar lo mucho que le importaba y con ese gesto me intentaba decir que sentía lo rudo que había sido conmigo en la comida.

El corazón entre las espigas doradas.

Era un hombre de hechos, no de palabras. Me demostró su amor con sus actos, haciendo que me sintiera en mi propia casa, con pleno derecho a obrar como lo considerara conveniente.

## CAPÍTULO 19

Edgar estaba obstinado en demostrar todo su amor, y aquel día, después del incidente del pescado, tras hablar con el jornalero que les visitó en la casa y tratar de combatir la plaga en la cebada, se dedicó a paliar el brote de ira que hizo que Esther se entristeciera.” No debía de haberle reprochado el gasto innecesario de aquel pescado tan caro” se reprendía una y otra vez maldiciéndose a sí mismo. “Debo reparar mi falta de tacto” Y cogió una pequeña segadora de mano internándose en las espigas doradas. Marcó un gran corazón segando parte de las espigas, era su modo de actuar mediante el lenguaje de la Naturaleza.



¿Quién es el reverendo Mc Grath?

\*Kevin\*

Su padre vio que Kevin hablaba con una presencia invisible de pequeño y tras comprobar que con su forma de ser ayudaba a los demás favoreciéndoles, le sugirió que siguiera haciéndolo dedicándose por completo a ello, al servicio al prójimo, utilizando ese maravilloso don que Dios le había proporcionado.

Cuando alguien moría, él veía que se le acercaba una presencia energética, esperando el momento de la muerte de la persona para llevársela con ellos a la otra vida.

Él era un intermediario de almas. Transmitía lo que ellos querían decir a los familiares que acompañaban al difunto. Pero no lo hacía directamente, sino que con delicadeza les hacía entender lo que las presencias querían hacerles llegar, sobre todo para calmarlos e incluso responder al gran interrogante que dejaba muchas veces el muerto tras su marcha.

Se le avisó mediante estas almas que ante él se aparecían que no podría nunca vivir el amor con ninguna mujer, porque entonces perdería ese don.

Se le concedía siempre que no se limitara su campo de extensión a una sola persona, a una mujer en su caso, que tendría que entregar su amor en general al mundo.

Es un espíritu libre, sin ataduras.

Con una completa entrega a la humanidad.

## CAPÍTULO 20

### *Acantilados de Moher, tras la muerte de Edgar.*

La montaña se erigía imponente acogiendo en su sólida permanencia todas las promesas que hizo a su padre desde ese mismo emplazamiento geográfico. La vibración seguía latente manifestando la fuerza de aquellas palabras lanzadas al viento como lluvia que fertilizaba un futuro en manos de ese destino escogido.

Servir a Dios y a los hombres era la voluntad de su difunto padre y así lo iba a cumplir, abandonando sus propios intereses para entregarse a la causa que más precisaba de su misteriosa capacidad por transformarlo todo para bien.

Era un transmisor de esperanza, de ánimo, de fe en reencontrarse con la fuente divina que alienta a sobrellevarlo con resignación y fortaleza.

Después de un paseo por los acantilados de Moher, a los que acudió con Esther dejaron que parte de las cenizas de Edgar alcanzasen las olas que le llevaran a los confines del Paraíso al que algún día también él esperaba llegar para reunirse con su padre eternamente.

La acarició como a un animalillo indefenso, rozando su barbilla con sus dedos sin pretensión de infundir en ella deseo alguno, solo amor y comprensión.

Le sintió especialmente tierno y esta sensación la llegó a perturbar como al que ha estado en la oscuridad y de pronto ve que comienza a amanecer, sin saber si es fruto de su imaginación o si realmente hay lugar para el amor en su vida.

*El amor... ese sentimiento que te arrastra sin razón a la deriva de una pasión por vivir, a latir con fuerza porque son dos corazones unidos al mismo compás intensificando cada emoción, multiplicándola por mil, es alcanzar otra dimensión, es lo que te conviertes en todopoderosa, abarcas el infinito con una nueva mirada, una mirada que va más allá de lo superficial y vislumbra multitud de mundos habitables en plena felicidad, al predominar en todos ellos el sentimiento más poderoso del Universo: el amor. — recitó él como homenaje a los difuntos que dejan a su pareja en la*

Tierra.

—¿Sabes? Me encanta estar contigo, porque no tengo miedo en expresar todos mis pensamientos y emociones. Sé que me vas a escuchar y que no me vas a juzgar. Pues no te consideras quién para ello, solo nos ves a los demás como integrantes de un plan divino en el que venimos a aprender mediante nuestras acciones.

Por eso eres tan especial. No obligas a nadie a actuar de un modo y otro. Si te pedimos consejo lo das sin presionar, igual que un buen amigo que desea lo mejor para el otro. No nos condenas como hace nuestra propia conciencia ante conductas que nos arrepentimos y detestamos haber cometido inapropiadamente, eres el reflejo de la aceptación en nuestra naturaleza humana, sujeta a cometer errores, a caer y tener que levantarse de continuo.

Estás ahí para acompañarnos, para guiarnos si ves que nuestro camino no nos conduce a buen puerto, pero si nos alejamos de la senda que supone sacrificio per es la indicada, no nos lo hechas en cara martirizándonos y nos animas a rectificar. Porque como demuestras, en la situaciones difíciles se aprende mucho más que en las apacibles. Son pruebas de fuego que bajo el crisol de las dificultades convierten en diamantes las arenas de nuestros desiertos.

A Edgar le amaba por su forma de ser, a Kevin por su forma de llegar a su alma.

## CAPÍTULO 21



Sobre las diez de la noche del día siguiente, una vez que había despedido a todos los asistentes al sepelio celebrado en el centro funerario de la ciudad, Kevin se ofreció acompañarme a casa con la excusa de volver a ver a la gata y de paso acabar de comentar lo que él había querido comunicarle a mi difunto marido aquel fatídico día de su muerte. Aún no podía creerme cómo había tenido la fortuna de poder contar con su apoyo en esos duros momentos. Tras la escena tan conmovedora en los acantilados, no dudé en considerarle una de las personas más importantes en mi vida.

Me llevó en su coche, un Mini modelo Countryman de color café tostado, reluciente e impecable, como recién salido de fábrica. Por lo visto no lo usaba apenas, pues iba en bicicleta a todos sitios, en transporte público o andando. Pero como yo había ido al centro en el autobús por no tener que limpiar el Land Rover de barro hasta los topes, tenía que esperar al bus de las 11 y media para regresar a la finca. Kevin no lo dudó y antes de que ninguno de los granjeros que se pasaron por el sepelio para darle el último adiós a Edgar propusiera llevarme en sus vehículos, se adelantó para asegurarse que iría conmigo y así dejarme en su casa con la seguridad de que me sintiera acompañada, respaldada y con toda una vida por delante para desempeñar muchos objetivos, entre ellos uno que a Kevin le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo.

Íbamos de camino dentro del coche, los dos vestidos de negro sobrio, él con un su traje de officiar la misa, sin la sotana, con una chaqueta del mismo tejido que sus pantalones, marcando la doblez del planchado bien definida. El olor a sándalo seguía emanando de su ropa, de su respiración, embriagando la atmósfera interior con su esencia tan personal. Yo llevaba un traje de chaqueta pero con un vestido negro debajo, estrechado en la cintura por una lazada que caía a un lado. Mi cabello iba recogido en un moño bajo que sujeté con un pasador de plata en forma de flor de Lis.

—Hay chicos que necesitan un trabajo para fomentar su inmersión en la

sociedad. Vienen de familias conflictivas. Aldeas Infantiles les ha proporcionado ayuda hasta su mayoría de edad, pero después se les ha de buscar un futuro para que se vuelvan totalmente independientes y autónomos.

—¿De dónde son esos chicos? ¿Cómo estás en contacto con ellos? —Me interesé para intentar entender la responsabilidad que él tenía al respecto.

—Tengo conocimiento de un proyecto laboral que el gobierno español está llevando a cabo con chicos de la asociación de Aldeas provenientes del país. Mediante un acuerdo, a través de la Iglesia, se les puede proporcionar una salida laboral, al mismo tiempo que practican el aprendizaje de una lengua extranjera si es que vienen a Irlanda. Mi Iglesia está dentro de ese programa de intercambio.

—Yo hablo algo de español. Mi abuela era de Cáceres, de un pueblo llamado Arroyo de la Luz.

—Creo que has adivinado ya la intención que tengo al respecto de tu finca, y ahora que eres tú la única propietaria de la misma, dime si estarías de acuerdo en acoger a chicos para que trabajen con un salario digno en la producción de la cebada o en otras tareas del campo.

Asentí al respecto, empezando a idear qué tipo de faenas les podría encomendar a esos chicos, a los que con mucho gusto albergaría el tiempo que hiciera falta para que aprendieran todo lo que los jornaleros por una parte y la escuela de agricultura por otra, les transmitieran mediante el trabajo in situ y las clases teóricas adaptadas a su nivel.

Le ofrecí una taza de té al llegar a la finca. Era un siervo de la Iglesia, no había nada de malo en que estuviéramos a solas en la casa. Además, se estaba convirtiendo en mi mejor amigo, por todo el cariño que me estaba demostrando.

—Me vendrá bien, gracias. Así me dará tiempo para ver a la gatita. Por cierto, ¿cómo la has llamado?

—Aún no tiene nombre. Con todo esto, no me he puesto a pensar qué nombre darle. Pero seguro que tú sabrás encontrarle alguno que le vaya al pelo. Vas a ver qué diferencia hay entre la gata de aquel día a la que verás hoy.

—No me extrañaría que haya doblado el peso. Con las comidas que le habrás dado, se habrá puesto bien rolliza. Aquel pescado que le diste tenía muy buena pinta.

—Pasa, que la verás enseguida. Es como un perrito, va a la puerta a saludar.

La gatita, efectivamente se acercó a sus piernas y comenzó a restregarse en sus pantalones. La cogí para apartarla, no quería que se llenara de pelos pero él lo impidió.

—No, déjala. No pasa nada por unos cuantos pelos. Es una verdadera preciosidad. ¡Qué blanca está! Y menuda barriguita tiene ya. —La cogió de entre mis manos con mucho tacto pero el animal casi se pasó a ellas de un salto, queriendo volver a sentir su olor que olfateaba con sus bigotes por todo su pecho. —Oye, una barriga como esta ...¿ No estará embarazada?

—No, jajajaja no puede ser. —Hasta yo misma me extrañaba del cambio de actitud, ya no estaba triste, y hasta podía reír por ese detalle.— Estaba muy delgadita, es solo que no ha parado de comer y comer. Yo creo que debería racionarle la comida ya. Ha recuperado el peso que debió perder en días de no haber comido nada, imagino.

Era una situación tan agradable que ambos nos sentíamos muy agusto expresando el cambio tan positivo que había dado la gatita, que no pensaba en lo tarde que era, ni siquiera miraba el reloj y dentro de mí no quería que se marchara nunca.

Mientras él miraba cómo hacía el té, le fui preguntando algo que me rondaba por la cabeza y quería averiguar, pero no tenía quizás la suficiente confianza antes para hacerlo.

—Dime una cosa, Kevin. ¿Cómo has podido ver a Edgar una vez fallecido? ¿Cómo fue?

—Es lo que ocurre cuando dejamos este cuerpo, nos volvemos espíritu. Hay personas que tenemos la capacidad de ver la nueva forma que toman, pero es algo que no se puede revelar a cualquiera, pues nos tomarían por locos, por unos iluminados. Pero veo que puedo confiar en ti y que lo entenderás. Eres una mujer especial y no dudo que sabes que lo que te explico tiene una base que no se puede demostrar ni comprobar científicamente pero se aprecia desde parámetros que pocas personas tienen a nivel de conciencia espiritual.

Se había apoyado en el quicio de la puerta, le podía mirar cuando volvía la cabeza para afirmar que entendía su postura de silencio, que me interesaba lo que me estaba contando, pero no quería darme la vuelta completamente para no interrumpir esa confesión que desde esa postura parecía fluir con menos incomodidad que si le miraba directamente a los ojos. Me estaba convirtiendo en esos momentos en su confesora, escuchándole, comprendiendo esa parte tan fundamental de su personalidad que llegaba a percibir lo que otros no

podíamos ni imaginar en el trance de la vida a la muerte.

—Sí, Esther, los veo. Veo cómo dejan su materia y se forma una especie de nebulosa que se va desprendiendo de sus cuerpos hasta liberarse del mismo, primero confundidos, después asumiendo ese otro plano existencial cuando están acompañados de otras presencias que vienen a buscarlos.

Ya tenía su taza de té en la mano, y la gata se había cansado de caricias, dejando toda una estela de pelos blancos en la camisa y chaqueta del sacerdote. Sus palabras ahora eran como un manifiesto que salía de su boca tratando de explicar el proceso que experimentaba, cómo lo vivía, y la maravillosa creencia en la otra vida que hacía ver lo dichoso que era por poder comprobarlo con sus propios ojos.

—Salgamos, toma tu taza y vamos a la roca. Veamos el atardecer desde allí. Será una manera de despedirnos de Edgar. —No podía pasarme sin contemplar los tonos anaranjados y rojizos a los que pertenecía una parte de mis días y que tanta serenidad me proporcionaban.

Ascendimos al pequeño montículo que se elevaba en la planicie donde comenzaban los campos y desde allí divisamos la extensión tan asombrosamente encantadora de los cultivos con sus espigas ondeando por la brisa y los últimos rayos de sol jugando con sus destellos dorados por doquier.

Nos sentamos uno al lado del otro y bebimos el té, dejando a un lado las tazas después.

Sentía algo de frío, el verano se estaba acabando y la humedad venía acompañada de un ligero relente que se metía en los huesos nada más oscurecer.

—¿Me dejas que te abrace? —Su intención era darme calor. Calor y cariño.

—Necesito que me abracés. —Le respondí acercando mi cuerpo al suyo.

Los herrerillos y carboneros cantaban despidiéndose del día, y con sus trinos iban vaciando nuestros pensamientos, haciendo que olvidáramos por un momento todo lo que había acontecido... tantas cosas en tan poco tiempo.

—¡Qué sensación de libertad! No me importaría vivir aquí. La lógica se dispersa en estas latitudes, no se concentran los pensamientos, se esparcen disolviéndose, relajando la mente. Predomina estar en armonía con todo esto que nos rodea ahora mismo. Todo tiene sentido aquí y ahora. —Sus palabras querían decir exactamente lo que yo misma había experimentado desde que

encontré ese sitio, esa roca desde la que me venían esas reconfortantes sensaciones.

Y entonces me pasó una tímida mano por mi hombro, arropándome con su brazo por la espalda, y poco a poco su cuerpo se acercó al mío hasta entrar en contacto, llegando a notar los latidos de su agitado corazón.

—Tu ritmo cardíaco está algo acelerado. ¿Estás preocupado por algo? — Era la manera de romper esa tensión que por momentos se me hacía difícil de neutralizar. Debía confiar y dejarme abrigar, él era un sacerdote, no había mal en ello.

—Es la anatomía de la parte de hombre que me corresponde. Estar a tu lado, ante una vista tan hermosa, puede que confunda al homo sapiens que habita por ahí dentro. —Risas ahogadas sofocaron esa confesión que en cierto modo me devolvieron la comodidad, recobré la confianza al estar junto a alguien que no escondía ningún sentimiento extraño hacia mí. Esa parte tan terrenal me fascinó de inmediato.

—Bueno, supongo que más de una vez te habrá pasado. Eres joven y sería normal que tuvieras atracción por una mujer. Es la naturaleza. —Intenté estar de su lado, corroborando su explicación. —Pero ya sé que a mí me ves como a una feligresa más, bueno, no tan vieja como las que suelen ir a tus misas, pero al fin y al cabo, soy una más que recibe tu apoyo moral.

—No eres una más. —Ahora parece que su corazón se ha detenido, apenas le escucho. Su respiración sí se agita, haciendo que su pecho desplace un poco mi cabeza apoyada en él. Una de sus manos acaricia mi cara y yo se la tomo dejando que me siga tocando las mejillas, la sien, parte del cabello. Entonces me aparto un poco y le miro a los ojos. El verde esmeralda se hace casi transparente al recibir la luminiscencia que se enfoca con furia antes de desaparecer en la línea del horizonte.

—¿Por qué dices eso? —Creo que he visto a Kevin despojado de su papel de sacerdote completamente, que ahora está hablando como un hombre normal y corriente, y que necesita expresar algo que clama en su interior.

—No quiero que pienses mal de mí, Esther, pero desde que te vi ya no soy el mismo. Sé que tenemos algo que nos une, pero solo Dios lo sabe. —Su voz temblaba un poco, seguía acariciando mi pelo y colocándolo a los lados de mi cara, sujetándola como si fuera una niña a la que le explican cosas importantes de la vida.

—No te preocupes. Lo puedo entender. En cierto modo a mí también me

has influenciado mucho. Escucharte en la Iglesia fue alentador. Creo que eres una persona con mucho que aportar, con grandes valores y una inmensa capacidad para hacer que los demás veamos el lado positivo de las cosas, para que llevemos todo con buen ánimo, esperanza y serenidad.

—Agradezco lo mucho que me consideras y valoras, pero no soy yo quien actúa, es Dios a través de mí. Yo solo sigo sus planes.

—¿Y ahora cuál es el plan? ¿Qué has de realizar? —Me entra un escalofrío y él me abraza, ahora intensamente, dándome masajes con sus manos por mi espalda.

—No lo sé, Esther, no lo sé. Ayúdame. Ayúdame a descubrirlo. —Su pecho se conmueve ante un intento de llanto que acaba sofocándose entre sus labios mientras repite. —No lo sé... No lo sé...

## CAPÍTULO 22

Quedamos abrazados, sin hablar, notando lo unidos que estábamos en la misma soledad.

Notaba su aroma a incienso, ahora menos imperante, pues su propio olor personal se mezclaba retando al sándalo para colarse por mis receptores olfativos.

Era tan agradable que no deseaba separarme de él. Pero finalmente, suspiró y me ayudó a levantarme para volver a la casa, esta vez juntos, abrazados, dando los primeros pasos en una nueva forma de relacionarnos.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana marchó con mis padres. Debo recuperar parte del tiempo que no he estado con ellos. Les echo mucho de menos, y más en estos momentos.

—Cuídate. ¿Me lo prometes?

—Lo haré. No te preocupes por mí. Y en cuanto a la finca, puedes venir cuando quieras. Tu proyecto puede conseguirse si quieres en estas tierras, a Edgar le hubiera encantado, estoy segura.

—Cuento con ello entonces. Para cuando regreses, todo se habrá puesto en marcha. Muchas gracias por participar en este programa. No te arrepentirás, ya lo verás.

Sus manos volvieron a ocupar mi cara, ya acostumbradas a recorrer mis pómulos para acabar en mi cabello, peinándolo con sus dedos.

—Adiós, Kevin. Gracias por estar conmigo esta tarde. Me llevaré tu recuerdo como algo precioso que he dejado aquí.

—Adiós, Esther. Yo también me llevo tu recuerdo conmigo, aquí, en mi corazón. —Dijo poniendo su mano en su pecho, recordándome el momento de nuestro abrazo.

Su cara se acercó a la mía, sosteniendo mi cuello con su mano, para darme los dos besos de despedida. Y a medida que nuestros labios iban buscando las respectivas mejillas, sentíamos nuestro aliento agitado, porque no sabíamos lo que iba a suceder, si el impulso de nuestro deseo por fundirnos como hombre y mujer en un beso de amor iba a desatarse sin el control de la razón.

Apenas rozamos nuestros labios que se atrajeron en un confuso movimiento que delataba el nerviosismo. Allí solos, Kevin y yo podríamos

haber llegado a dejar rienda suelta a los que sentíamos, pero predominó la compostura que tanto le obligaba a seguir la respetable conducta como hombre de la Iglesia y se retiró a tiempo de no caer en la tentación por un beso apasionado.

Se fue, sin mirar atrás, entró en su coche y salió con semblante serio y el ceño fruncido.

—Adiós , Kevin. —grité, demostrándole que pensaría en él, que me llevaría el sabor de ese atisbo de beso que quedó en el aire intentando aterrizar en mis labios para quedarse para siempre en ellos.

En la arena se empezaron a formar unos círculos extraños, un remolino se aproximaba, dejando una estela polvorienta a su paso.

Temía que me engullera en su recorrido por lo que me aparté y entré en la casa. Tenía que hacer la maleta. Al día siguiente estaría en Wexford.

## CAPÍTULO 23

Aquellos días retomé mi rumbo, y aunque deseaba quedarme a vivir con los míos, abrigada por el calor de la familia, no dejaba de pensar en él.

Bernart estaba por suerte internado en un centro de desintoxicación. Se había dado a los ansiolíticos de tal manera que sufría una gran adicción. Por tanto, mi visita a Wexford fue de lo más provechosa, se había cumplido mi deseo de sentirme libre en mi propia ciudad natal.

Tenía ganas de escribir sobre el misterio que rondaba la vida del sacerdote.

Investigué para documentarme y en Google rastree todo su periplo vital que estuviese enlazado en páginas de internet. Así fue cómo descubrí que en sus tiempos jóvenes había participado en una sociedad secreta.

Según el perfil en un foro había algo relacionado con un tema algo oscuro:

“ Kevin Mc Grath ha participado en la conversación sobre: espectros malignos y su mensaje es el siguiente:

*-: “Las veces que he asistido a una manifestación de fuerzas demoníacas he sentido una agitación en las sienas, como un martilleo que me presionaba entonces agudizaba la vista y llegaba a ver la silueta de una forma oscura que se perfilaba como un velo espeso en un ligero desplazamiento que parecía mantenerse ajeno a mi vista, a mi presencia, y una vez sorprendido se evaporaba como por arte de magia. Muchas ocasiones esto me ha dejado con la sensación de que era fruto de mi imaginación pero somos demasiados los que hemos percibido los mismos fenómenos por lo que cabe la posibilidad de que tengan algo que ver con las mismas presencias que intentan merodear el mundo de los encarnados, para aferrarse a lo que les atormentaba y tanto anhelaban en esta vida humana.*

*Era como si se hubieran quedado presos de todo lo que vivieron en la Tierra y quieren seguir apegados a las cosas materiales que tanto adoraban o a personas a los que para bien o para mal intentan proteger o dañar según sea el caso o propósito.”*

Al leer esto recordé sus palabras ante mi difunto marido: “Él sigue aquí, debes dejarle ir. Despidete de él.”

Quería volver a hablar sobre ese instante pero no podía dar a entender que

le había rastreado por internet y no había otro modo de demostrar que sabía esa especial percepción que tenía hacia los seres que abandonan este mundo. Ya me revelaría más enigmas que quería descubrir a mi vuelta, pero aún tenía que hacer muy importante.

Tras unos meses en los que me volqué con los míos, en parte despidiéndome de ellos porque sabía que pronto tendría que dejarles de nuevo, cogí la urna por fin y tomé una determinación.

Fui con mi padre al barco. Edgar me manifestó en vida que le hubiese gustado viajar en un velero y conocer la costa de Wexford, dando la vuelta a toda Irlanda, parando en los majestuosos parajes que rodeaban las costas, sentir la amplitud del océano. Y así fue como quise corresponder a su deseo aunque fuera con de esa representativa manera.

Esparcí sus cenizas en el océano y se formó una silueta de un ave con ellas que parecían incluso mover sus alas y dirigirse a la lejanía hasta difuminarse por completo en el horizonte.

Lloré y lloré sintiendo la fuerte impresión de ese mensaje desde el más allá.

Se esparció su existencia para formar parte de la esencia del Universo, por lo que él estaría, al igual que todo ser que muere, en libertad de espíritu para bautizarse de nuevo de eternidad y amor.

Al regresar, mi mente se aclaró y decidí volver a Kilkenny a resolver el asunto de las tierras.

Llego a la finca, en mi coche, antes de aparecer el camino que se bifurca hacia la derecha, veo un

# CAPÍTULO 24

*Kevin y su despertar como religioso.*

\*Kevin\*

Una mujer está delante de uno de los precipicios. Yo estoy con un grupo de viajes, entonces era guía turístico, y tuve una premonición. Me acerqué a ella e intenté que retrocediera.

Iba llorando y rompió una foto, el viento me trajo uno de los trozos. Se veía a un chico en ese pedazo de papel. Entendí que sufría de desamor. En esos acantilados de Moher cada año se producen trágicamente una veintena de suicidios.

Personas que han dejado de tener la más mínima ilusión por vivir y desean anularse.

Han perdido el hálito vital. Nada les motiva. Pusieron su mente, corazón y alma en alguien o algo que les abandonó o se convirtió en su peor pesadilla, cercándolos al redil de la muerte, como única escapatoria.

—Ven, no sigas avanzando. Quiero hablar contigo.

—Déjeme, váyase. No le importa.

—Sí que me importa. El mundo te necesita.

—Nadie me necesita. No quiero vivir.

—Hay otras formas de vivir, no como la que no puedes ahora, por lo que haya ocurrido, por lo que te pase, hay que seguir intentándolo, todo puede cambiar.

—Solo la muerte puede cambiarlo todo.

—No, no es así. La vida es dura, sí, pero no estás sola, déjate ayudar.

Me fui aproximando cada vez más.

—No te acerques más o salto ya. Déjame. Seré un estorbo menos, desapareceré de esta mierda de vida, no merece la pena seguir. Tú lo ves todo desde otra perspectiva. No me puedes entender.

—Créeme, yo también he querido saltar y tirarme al vacío alguna vez, no desde este acantilado, pero pensamientos destructivos los tenemos todos alguna vez. Yo desafié a la muerte a toda velocidad en un coche para

estamparme contra un muro y acabar con la desgracia que entonces vivía. Pero en el último segundo frené. No podía permitir que mis padres sufrieran el resto de sus vidas ante mi trágica decisión.

Ella se quedó entonces petrificada, se había salido de su bucle pesimista y comenzaba a mirar de otra manera, menos obtusa.

—Yo fui muy infeliz, aquí donde me ves. ¿Sabes lo que es que se rían de ti cada día en el colegio, que los niños te digan que eres un marica, que por no querer jugar al fútbol con ellos o por escribir poesías y ser demasiado sensible? Me llegaron a violar en los vestuarios, me pintaron de chica y convirtieron de esa vil hazaña en un verdadero circo, corriendo por todo el Instituto el vídeo con la aberración cometida.

—La gente es muy egoísta, solo hay maldad en este mundo, hacer sufrir es lo que impera. Si eres un poco sensible estás jodido.

—No es así. Debes fortalecerte, esto ha sido el principio de la gran persona que se va a desarrollar. Dame tu mano y cuéntame lo que te pasa, ¿cómo te llamas?

—Arwen.

Se sentó, las piernas le temblaban, fue cuando la alcancé, abrazándola.

Ese día supe que en mi vida tenía que entregarme al mundo porque solo así sería feliz.



## CAPÍTULO 25

### *Acogida de proyecto juvenil.*

Cuando las palomas revoloteaban agitadas por las campanadas que daban las 8 de la mañana en la localidad de Kilkenny, el encargado y responsable del grupo de jóvenes recién llegados del vuelo Madrid- Dublín tomaba café con el clérigo de la Parroquia de Santa María en un encuentro bastante amistoso y provechoso para los chicos.

—Es una suerte haber disfrutado de un buen vuelo, últimamente tenemos muchas tormentas por aquí, pero parece que tenemos una tregua y el buen tiempo nos acompaña estos días.

—Ya el viaje ha sido toda una experiencia, reverendo Mc Grath, divisar desde las alturas la majestuosidad de las islas del Reino Unido ha sido toda una experiencia, única.

—Lo celebro, Padre Enrique. Me alegro muchísimo que todos empiecen con buen pie esta aventura. La vida de esos chavales bien merece contar con buenos momentos como este viaje.

—Eso es justo lo que necesitan, vivir emociones positivas y constructivas, y espero que este programa les complete en muchos aspectos. No solo el laboral, sino a nivel personal, ya me entiende. Han pasado por mucho.

—Me lo imagino, Padre, me lo imagino. No debe haber sido fácil para ellos. Pero seguro que han recibido un gran apoyo allí en España y que

siempre pueden contar con ayuda de las Instituciones que protegen al menor.

—Sí, así ha sido, reverendo, pero ya son mayores de edad y van desprendiéndose de esa capa protectora para valerse por sí mismos.

—Lláname Kevin, aquí todo el mundo me nombra así, es más coloquial. Bueno, vamos a ver si convertimos a estos chavales en hombrecitos que se puedan sacar las castañas del fuego. Por mi parte, Enrique, puedo asegurarte que haré todo lo que esté en mi mano para conseguir que se realicen profesionalmente. Ya veremos de qué manera, pero seguro que todo irá de maravilla. Podrás volverte tranquilo a España de aquí a un mes que supongo ya estarán todos totalmente integrados.

—Esperemos que así sea y muchísimas gracias por tu colaboración, Kevin. Me transmites mucha seguridad y confianza. De momento la cosa pinta muy bien. Y lo que bien comienza que bien termine.

—Dalo por hecho, Enrique.

Salen de la cafetería y regresan con los chicos que esperan en el albergue donde han sido alojados.

Son 15 chicos de edades comprendidas entre los 18 y 23 años. Se les ve algo cansados del viaje, con sueño, pero no tanto como para dejar de gastarse bromas entre ellos, sacudiéndose con las almohadas o tirándose los calcetines para que las risas y los abucheos dominen la estancia de ese dormitorio y desaparezca la sombra de la incertidumbre que acecha en sus vidas de vez en cuando.

Proviene de hogares desestructurados, a cuyos padres se les quitó la custodia por no responder debidamente al cuidado necesario de sus hijos, a los que abandonaron o incluso maltrataron siendo pequeños sin poder defenderse, en un ambiente hostil o sumido en el sumido de las drogas y el alcohol e incluso la prostitución.

Uno de ellos, con solo 4 añitos vio morir a su propia madre tras una sobredosis de heroína y se quedó a su lado durante cuatro días sin saber qué hacer, esperando que su madre despertara. Pero eso no ocurrió y gracias a una vecina que no paraba de oír los llantos del niño, le pudo rescatar de esa traumática situación, y así pasó a disposición de los servicios sociales donde le encontraron una plaza en una de las casas de acogida de las organización infantil.

Las secuelas de tal trágica experiencia siguen en su subconsciente y se manifiesta en situaciones que las disparan.

—¿Alguno de los chicos tiene un especial cuidado que atender? Quiero decir, si debo conocer su historial para tenerlo en cuenta y así poder orientarles mejore en las faenas y en la convivencia.

—Veo que estás en todo, Kevin. Precisamente de eso quería hablarte. Todos estos chicos deben recobrar la fe en valores como la amistad, el compañerismo, la solidaridad, y descargar de sí el sentimiento de culpabilidad que adquirieron con sus progenitores los cuales humillaron y maltrataron en muchos casos a estos niños por considerarlos un estorbo en sus conflictivas vidas.

Marcos es uno de los más jóvenes, con 18 años es el que puede que más necesite de tu apoyo, Kevin. Su madre es prostituta y ha intentado en numerosas ocasiones llevárselo pero los servicios sociales se lo han impedido, gracias a Dios.

—¿Qué le pasa? Cuéntame. Debo estar al tanto de sus miedos, sus preocupaciones... lo quiero saber todo de este muchacho y bueno, de todos igualmente.

—Tiene pánico a los ambientes cerrados, si se ve encerrado durante mucho tiempo en un sitio comienza a sufrir ataques de ansiedad.

—¿A qué es derivado ese trastorno?

—Estuvo casi hasta los 3 años en una caja de cartón como las que transportan una lavadora, como si fuera un parque infantil. No lo sacaba casi a la calle. Estaba con él en la misma habitación donde su madre recibía a los clientes y se acostaba con ellos. Por eso ha vivido una infancia muy traumática. Estar en un ascensor, por ejemplo, es todo un suplicio para él. Necesita mucha terapia, mucho apoyo y tener en cuenta esta aversión a los espacios cerrados le ayudará a evitar situaciones dramáticas.

—Pásame toda la documentación. La estudiaré hoy mismo. De momento vamos a dejarlos unos días en el albergue hasta situarlos. Cada día les llevaremos a conocer los lugares más representativos y les pondremos al corriente de las costumbres locales. Es importante que se sepan desenvolver culturalmente antes de entrar en contacto con los agricultores. Así tendrán algún referente para iniciar diálogos. Saberse conocedores del encanto y la historia de esta ciudad les facilitará que les integren. Aquí los paisanos están muy orgullosos de la joya de ciudad que tenemos. Kilkenny es un marco histórico medieval que en pocos sitios del mundo se encuentra, van a quedar fascinados.

—Por eso escogimos este destino como uno de los más privilegiados. Seguro que si se adaptan serán muy felices aquí. Tienen de todo. Hay buena economía, es una ciudad abierta al turismo, con una mentalidad moderna y un espíritu acogedor. Aparte los paisajes tan verdes e intensos que levantan el ánimo solo con admirarlos. He venido de vacaciones con grupos de estudiantes y siempre me he llevado buen recuerdo de la estancia en estos parajes tan extraordinarios.

—Lo importante es que aprendan también el idioma. Cada día les daremos clases de refuerzo y practicando no les quedará más remedio que aprenderlo. Intentaremos poco a poco dirigirnos a ellos en inglés lo máximo posible hasta que ellos mismos lleguen a pensar en el idioma al haberlo interiorizado.

Tras acordar una serie de pautas para encauzar el programa de inserción laboral, el Padre Enrique y el reverendo Mc Grath se despidieron hasta el día siguiente. Ese día sería más bien para situarlos y descansar un poco.

Kevin entró en su iglesia y se quedó en la sacristía meditando. Se quedó ante la figura de una paloma blanca que tenía en la pared y que le proporcionaba mucha paz contemplarla.

\*Kevin\*

¿Podré quitármela del pensamiento? Si tengo que seguir sin verla quizás lo consiga. Debo centrarme en mi trabajo, en mi vocación y dejar que ella tome su propio rumbo. Justo la he conocido cuando su marido la ha dejado libre marchándose al otro mundo. Y precisamente he tenido que ser yo el único en verle antes de morir, el receptor de su mensaje. “No la dejes sola” fueron sus palabras. ¿Qué le puede pasar si es así, si sigue sola? ¿No será una suicida en potencia? O se refería a que la ayudara a superar el trance de la viudez repentina. No lo sé. No la veo tan deprimida como para que cometa una locura. De todos modos debería llamarla y preocuparme por ella. Se lo debo a su difunto marido. Se lo prometí y así lo haré. Velaré por ella aunque cuando escuche su voz nuevamente temblaré por dentro otra vez.

Solo imaginar su pelo ondulado cayendo por sus hombros aterciopelados, mojados recién bañados en el río aquel, con los rayos de sol reflejándose en todas las gotas de agua que por cuerpo figuraban envolviéndola como a una ninfa de los bosques, caracterizándola de armonía, de abrumadora magia que me ha hechizado desde ese mismo instante en que la sorprendí saliendo del agua. No me vio, pero esa visión me ha perseguido día y noche desde entonces. Me he dejado llevar por un impulso más fuerte que mi férrea

voluntad y ante su ventana me he pasado horas esperando que apareciera ante ella para poder divisar su rostro, su figura angelical.

Y cuando al fin, tras esa agónica espera, ella aparecía, mirando al espacio con la vista dirigida hacia el gran astro lunar, entonces me poseían enormes celos hasta de la misma luna por ser motivo de su interés.

Mi entrega a la vocación religiosa me aparta de todo deseo hacia ninguna mujer. No puedo pretender amarla tal como lo haría cualquier otro hombre, ni besarla siquiera en los labios aunque muero por hacerlo, por rozar la delicada textura de su piel, por aspirar su fragancia delicada y probar el néctar de la pasión entre sus piernas.

He tenido experiencias con mujeres antes de entrar en la orden, he sabido lo que es gozar con cada una de ellas, estrecharlas entre mis brazos y dejarme llevar por el placer que provocaban sus cuerpos, y las sensaciones que atravesaban todo mi ser cuando me hundía en ellas hasta alcanzar el clímax y juntos gozar entre cálidas caricias que no parecían tener fin.

Pero de ellas me olvidé al hacer mi promesa de olvidarme de los placeres carnales y doblegar toda mi voluntad con el único propósito de ser fiel a mi Señor.

Todo ha ido bien en ese sentido hasta ahora. No he tenido ánimo alguno de perturbar mi estado, he estado en sólida fortaleza apartando todo pensamiento perturbador que hiciera que mirar a una mujer fuera objeto de sensaciones que aplacar, deseos que satisfacer.

Las veía como a personas y así sigo haciéndolo, con todas menos con ella.

No sé lo que es, pero mis ganas de volver a sentir esas sensaciones tan estremecedoras cuando se intima con total entrega con una mujer, van creciendo cada vez que la veo, que pienso en ella, que me la imagino en mil circunstancias que mi mente se las ingenia para escabullirse de la dictadura moral que intenta encerrarlas con llave y hundirlas en el más profundo de los mares.

Y lo que es peor, ni siquiera sé si ella también siente lo mismo que yo, aún más en este momento en el que su duelo está tan presente, impidiéndola pensar en otra cosa que no sea tratar de asimilar su reciente pérdida.

También me pregunto a veces, en la constante búsqueda de posibilidades de que lo nuestro sea factible algún día, si ella era feliz con Edgar, si llegaba a cumplir sus expectativas como pareja o sin embargo, como a mí me complacería más que así fuera, que realmente fuera un matrimonio de

conveniencia, que vivieran juntos como compañeros pero sin conectar tan estrechamente a todos los niveles, corporal, espiritual, mental, como yo pretendo conseguir con ella.

Hasta ahora me ha llenado satisfactoriamente mi desempeño en la función de reverendo, de seminarista , de guía de jóvenes, pero ahora siento que me hace falta algo más, siento que necesito su voz para levantar mi ánimo, su rostro para aclarar mi vista, su fragancia para respirar con mayor plenitud.

Me he convertido en medio hombre de lo que era. Su llegada, su aparición en el río ha sido como resucitar esa parte de mí que había enterrado a base de oraciones y oficios religiosos. De mis recuerdos de joven no recuerdo siquiera haber sentido tanto por una chica, que me dejara en vela por las noches esperando volver a verla, tener que merodear su casa para sorprenderla asomándose a la ventana, o escondido entre el bosque para tratar de recuperar esa mágica visión del río, pero no se volvió a repetir. Quizás al casarse con Edgar tuvo que dejar de ser la mujer que era antes, esa dama de las aguas y la luz que salía como Eva de entre los sueños de un ser tan romántico que no pudo crear otra escena tan maravillosa por mucho que lo haya intentado de nuevo.

Son visiones que no tienen comparación con ninguna otra que se pueda producir. Únicas.

Y ella, saliendo del río, mostrando todos sus atributos femeninos, en plena pureza y libertad, con los brazos extendidos abrazando la energía reinante para vestirse de armonía e inocencia, era la misma Venus del lienzo que mi alma grabó para siempre a pinceladas de puro amor.

## CAPÍTULO 26

Septiembre se marchaba dejando atrás los días de sol y cielos despejados. Volvían las ventiscas y las lluvias, la atmósfera cargada y gris, las neblinas, y con ellos la humedad que se colaría por los rincones de las casas haciendo que las chimeneas contrarrestaran su molesta presencia con el calor a base de buenos maderos en los hogares provenientes de las primeras podas, embriagando las casas con el típico y acogedor aroma a leña de campo instando a la placidez de su refugio.

Los chicos iban y venían de las fincas en las que trabajaban. Volvían al albergue en su mayoría, donde juntos compartían sus vivencias a lo largo de las jornadas salvo unos cuantos que se quedarían en las casas de los jornaleros que, hospitalarios, habían acomodado.

Miguel fue uno de los que se quedaron en la casa del viejo Hopkins, el que se dedicaba a las fincas de Esther.

A casi un paso de la jubilación, a pesar de haber sobrepasado la edad en la que debía haber dejado el trabajo para entrar en el gremio de los pensionistas, Hopkins amaba el trabajo en el campo tanto como a su propia familia.

Tenía dos hijas, y su mujer presentaba desde hacía años problemas de movilidad, por lo que una de ellas se encargaba de cuidarla, habiendo dejado los estudios por esta buena causa.

Margueritte, la madre, tuvo problemas en el parto de la tercera hija que vino mal posicionada y al practicarle la cesárea le dañaron la médula cuando le inyectaron entre las vértebras la epidural.

Fue una anestesista en prácticas que aquel fatídico día estaba sola en el centro clínica donde la atendieron.

## CAPÍTULO 27

### *Incidencias con los chicos*

—Reverendo Mc Grath, hemos sorprendido a uno de los chicos en estado de embriaguez. No les está permitido ingerir alcohol, en la cantina no se les suministra, pero la han debido comprar en el establecimiento comercial. Incluso el rendimiento se ha notado que ha bajado debido a las fiestas que han montado en los dormitorios.

—Gracias por avisarme, Richard. —asintió al portero del albergue, el cual era muy observador y siempre encontraba la aguja en el pajar, para él siempre había motivos para seguir muy cerca a los chavales, no se fiaba un pelo de ellos y ahora se sentía orgulloso de haber dado con sus sospechas. Tenía la botella de vodka requisada de una de las mochilas como prueba evidente de sus averiguaciones. —Tendremos que separar a ese chico del rebaño y procurar que no se acerque a la ciudad en unos cuantos días a ver si así se va alejando de los vicios. —Propuso con entusiasmo decidido a solucionar el incidente.

Kevin manda traer al chico a su despacho, hasta la parroquia de Santa María.

—Quiero que me digas si has sido tú el que ha llevado alcohol al dormitorio. Por lo visto estos días algunos se han pasado y han bebido hasta acabar en unas buenas borracheras nocturnas, acabando al día siguiente hechos una pena, sin ánimos para trabajar. —Habló en español para que le entendiera perfectamente.

—Bueno, yo solo compré unas cervezas para celebrar que llevábamos una semana en Irlanda ya, y el vodka fue para brindar en una fiesta improvisada que hicimos por el cumpleaños de Luismi. Pero si algunos han bebido más de la cuenta ya no es culpa mía, son mayorcitos y yo no tengo la culpa de lo que hagan ellos.

—Veras, Miguel, tú también has bajado en rendimiento, has llegado cansado a las fincas, y coincide precisamente con la juerga que os habéis montado en el albergue. Sabes que aquí tenemos prohibido consumir alcohol,

drogas y toda clase de estupefacientes. Esta oportunidad que os hemos brindado no la podéis desperdiciar por nada del mundo. No todos tienen la puerta abierta al horizonte que os ofrecemos y que promete un buen futuro para vosotros.

Os damos un lugar, os proporcionamos un sustento y la inmersión en un ambiente rural que os garantizará trabajo para el resto de vuestros días. Solo tenéis que cumplir con las condiciones que os hemos repetido cientos de veces y que seguramente os han advertido hasta la saciedad en España: Que os conduzcaís libres de vicios, que tengáis un buen comportamiento, que respetéis la importancia que tiene el presentarse con ánimo y buena disposición en el lugar de trabajo y por supuesto que deis la imagen de ser personas responsables a los que se les pueden encomendar tareas que comprometan a quien os puedan contratar algún día, una vez que acabéis el periodo de aprendizaje.

Dicho esto, se colocó cerca de Miguel poniendo su silla justo delante de la del chico.

—Miguel, ¿Por qué bebes, exactamente? ¿Tienes algún problema o algo que te esté perjudicando de algún modo? Quiero llegar a la causa de tu actitud, así sabré cómo ayudarte.

—A todo el mundo le gusta distraerse de vez en cuando, evadirse...

—Ahí está, Miguel, ahí está. Quieres evadirte. ¿De qué?

—Yo estoy aquí, como si me hubieran programado. No me siento vinculado a nada. Es como si estar aquí no fuera lo mío. No me encuentro bien, y si pudiera me volvería mañana mismo.

—Vamos, tienes que esforzarte un poco y tratar de hacer lo posible por aprender, por hacerte un sitio en estos campos. En la finca cuentas con un gran agricultor, el señor Hopkings es muy trabajador, es el más veterano de todos, y pronto dejará su puesto para que lo pueda ocupar otro. Es tu gran oportunidad.

—Sí, es muy buena persona, hemos hecho buenas migas, pero echo de menos la vida que teníamos allá, en nuestro país. Éramos como una gran familia. Puede que encuentre allí también un trabajo, no tengo por qué estar aquí toda mi vida.

—No, por supuesto. Pero si dominas el idioma, también tendrás más recursos a la hora de colocarte en cualquier sitio. Ya que estás aquí, aprovéchalo y da lo mejor de ti. Que al pasar dos meses te des cuenta del avance que has hecho y lo beneficioso que es que hablen bien de ti, del

rendimiento que seguro será óptimo, yo así lo espero, Miguel.

—Bueno, eso es verdad, como mínimo saber inglés me servirá de mucho allí o aquí, ya veremos.

Kevin tomó la nuca del muchacho y le dio dos palmaditas animándolo a recobrar la ilusión por superar la añoranza.

Entonces, se le ocurrió la idea de albergarlo en casa de los Hopkings. Era conocedor de la necesidad asistencial de la familia, por la invalidez de la madre, así que bien podría ir Miguel a aportar todo lo que saliera de su interior, ese sentimiento altruista que seguro anidaba en su corazón. En su historial figuraba la gran falta de cariño que, por las continuas ausencias de su madre, le confería una gran necesidad de vivir el calor de un hogar, de tener a quien demostrar y poder recibirlo.

## CAPÍTULO 28

Las gallinas en remolino corrían desesperadas para picotear los primeros granos del día. La luz del amanecer se extendía tímidamente entre los cúmulos grises que se resistían a desaparecer a pesar del viento del este que empezaba a rugir con fuerza. Los postes del cercado emitían sombras alargadas que dibujaban barrotes en la arena, donde Miguel observaba con curiosidad a Marlene, la pequeña de los Hopkings y su maestría en reunir a todas las aves que cacareaban sin parar.

No solo la admiraba por su destreza en todo lo que hacía. También la había sorprendido cantando mientras bordaba por las tardes, entreteniéndose tras una agitada jornada. El dinamismo de la joven era tal que se ocupó también de coser las ropas de Miguel, que ya presentaban algunas roturas en la parte de las rodillas.

Con el tiempo intimaron y terminaron convirtiéndose en pareja a escondidas, pues sus padres no acababan de fiarse de las intenciones del chico, al que vigilaban cada vez más de cerca. Él dormía a la otra punta de la casa, pero por las noches los dos se las ingeniaban para escapar por la ventana y verse a la luz de la luna para regalarse los besos que se habían lanzado con la mano durante el día.

Hasta que por fin un día se entregaron el uno al otro sin que nadie lo pudiese impedir, entre las espigas, sin más techo que el cielo estrellado ni más lecho que sus propios cuerpos que rodaban hasta anclarse el uno al otro en plena fusión apasionada.

# TERCERA PARTE



## CAPÍTULO 29

He vuelto a Kilkenny. Mis padres me empujaban a tomar esta determinación al ver que mis ojos empezaban a perder no solo su brillo sino también su orientación, perdida en el sinrumbo de un vacío que iba ahogándome.

He tomado el autobús y como un imán siento cada vez más poderosa la atracción hacia el que fuera mi hogar hacía unos meses.

La casa ha tomado otro aire. Han habilitado parte del cobertizo como dormitorio donde han colocado literas y unos lavabos provisionales con duchas incluidas. También veo un espacio añadido hecho en carpintería para utilizarlo como lugar de instrucción, seguramente, pues veo apuntes, una pizarra en una de las paredes, sillas y una mesa como de profesor. Supongo que ahí impartirán los cursillos a los que se refería Kevin sobre cómo emplear los métodos ecológicos idóneos para cada cultivo y hacer de las cosechas un buen producto sano y respetuoso con el medio ambiente.

Todos deben estar en el campo a estas horas de la mañana. Salgo al porche para respirar la brisa de la mañana en esa tierra que huele a verde, a musgo, a hierbabuena. Aparece por el sendero Rebeca con un cesto de ropa blanca. Viene del río. Sus pies descalzos caminan hacia la casa, habituados a dejar que el agua de la orilla los moje y la hierba los masajee a la vuelta. Su vestido y delantal están salpicados de humedad, pero a ella no le importa, enseguida se secará al tender la ropa. Hace sol y en dos horas toda la colada se podrá recoger de las cuerdas. No me ha visto, estoy algo oculta entre el dintel de la puerta. Me gusta observarla. Su moño deja mechones caídos en sus hombros como una cascada de un manantial salvaje en plena montaña. Se pone a tararear esa vieja canción que solía entonar acompañando sus quehaceres.

Se respira tanta paz en este lugar, que comienzo a recobrar la sensación de querer enraizarme en estos parajes, y no perderlos nunca más de vista.

Rebeca va tendiendo las sábanas, ajena a mi mirada, tomando las pinzas en su boca para sostenerlas mientras coloca la tela estirándola en una de las cuerdas que van de lado a lado de los postes que Edgar dispuso justo en ese sitio donde más da el sol.

Parece que hay más ropa que lavar ahora que hay más gente en la casa. Trabajar me ayudará a olvidar a Edgar. No pensar, no quiero pensar, porque aún siento en mí el remordimiento por no haber estado con él en sus últimos momentos, dejándolo solo ante la muerte en medio de aquella terrible tormenta.

Salgo ya de mi escondite y sin hacer ruido cojo una sábana del cesto mientras Rebeca está al otro lado de las cuerdas sin que me vea. Me acerco a las cuerdas que están libres y extendiendo la tela por encima de una de ellas, como si no me hubiera marchado nunca, esperando así unir esos dos fragmentos del tiempo, del pasado y del presente, que quedaron desligados tras mi marcha.

Rebeca cree que soy uno de los chicos que ha vuelto y está ayudándola.

—Anda, no me toquéis las sábanas, que me las vais a volver a manchar. Id a lavaros las manos que os pongo la comida enseguida. —Es la mamá de todos. Rebeca se cuida de todos los que tiene a su alrededor. Y además es feliz cuidando a los demás. Espero que correspondan a su buena voluntad con muestras de agradecimiento porque sino, es que no se lo merecen.

—Tengo las manos limpias y además tiendo las sábanas mejor que tú. —Bromeo y espero impacientemente a que reconozca mi voz porque aún no me puede ver ante las pantallas blancas que ondulan con el aire.

—Ya tuvo que venir doña perfecta. —Salió del telón de ese improvisado teatro y me dio un abrazo que casi me tumba. —¿Cuándo has venido, Esther? Vamos, que te tengo un guiso hoy estupendo, entra que te voy a dar de comer a ti antes de que venga la tropa.

—Venga, toma esta última sábana y la tendemos entre las dos. —Quería recobrar cuanto antes el trato que teníamos de compañeras más que de jefa y empleada. Ella lleva casi todo el peso de la casa y no quiero que me sirva, es una amiga a la que considero por igual.

Me pongo a entonar la misma canción que había interrumpido con mi presencia y las dos seguimos cantándola aunque nos reímos más que otra cosa.

—Comamos juntas, vas a tener que contarme muchas cosas, Rebeca, tienes que ponerme al día.

—Ya lo creo que te pondré al día, porque tienes que saber muchas cosas que han pasado en tu ausencia y cuanto antes estés al tanto, mejor. —Esto me asustó un poco. ¿Quizás Kevin no me contó todo lo que llegó a pasar aquí mientras yo estaba en Wexford?

—¿Y Kevin? Según lo que me ha ido diciendo por teléfono, está volcado con los chicos. ¿Sigue llevando la parroquia? —Me consumía la curiosidad por saber el alcance de su desempeño vocacional, si seguía conduciendo a los feligreses por el camino de la fe como venía haciendo hasta el día en el que le conocí.

—Ha interrumpido su ejercicio religioso en la Iglesia. No sabemos por qué. A los quince días de tu marcha, pidió una excedencia. Ya no da misa, aunque reúne a los chicos en torno suyo para hablarles del misterio de la vida y esas cosas, ya sabes, para que no se descarrilen.

—¿Y ahora quién oficia las misas en Santa María? —le debe haber costado dejar su rutina. Esto es más duro, el campo requiere mucha dedicación y esfuerzo.

Me parecía extraordinario que hubiese escogido dedicarse de lleno con los chicos desde mi partida, como si estuviera ocupando el lugar de Edgar, como si tuviera que cumplir una parte del destino que le ubicaba en “*Harmony*”, como así se empezó a llamar toda esa extensión de tierras y cultivos.

—Se ha ocupado otro sacerdote, uno que se va a jubilar este año ya, y aprovechando este año sabático de Kevin, recobrará la última oportunidad de sentirse activo celebrando la Eucaristía cada domingo.

— ¿Y cómo está? —Esta pregunta más bien se centraba en saber algo sobre su carácter, si se le veía animado o si.. me extrañaba. A pesar de mostrarse respetuoso en toda ocasión conmigo, albergaba como mujer la esperanza de que se hubiera sentido atraído alguna vez por mí. Creo que está en nuestra genética, que es un sentimiento atávico que relaciona a un hombre y una mujer que tienen afinidad para que se creen ciertos vínculos emocionales que tienen que ver con el amor, pero un amor más terrenal que el que se pudiera esperar de un sacerdote.

—Bueno, algo ha cambiado en él. Ya no es el mismo. No está tan “elevado”, no sé si me entiendes. —La entiendo pero no quiero demostrar que sé de lo que habla. En mi interior burbujan deseos de saber que me ha añorado, pero mi mente acude al encuentro de la decencia moral y vierte sensatez en mis palabras:

—Supongo que estar en contacto directo con la tierra le ha arrancado el ancla de sus ataduras con las rutinas eclesiológicas. —Pero en realidad yo me sentía en parte esa fuerza que desanclaba su fijación en el amor divino y

empezar a latir desde otra perspectiva más humana, como el hombre que siente debajo de su piel, y no como el sacerdote que vibra con su alma.

—Esther, y tú debes estar contenta, porque el reverendo, bueno, porque Kevin, ya que para nosotros aquí es Kevin, él no quiere que nadie le llame ni padre ni reverendo, quiere que le tratemos por igual, pero eso ya lo sabes, aunque yo le sigo teniendo el mismo respeto y muchas veces no reparo en su advertencia y le sigo llamando igual, reverendo Mc Grath. Pues a lo que te venía diciendo, Kevin se ha ocupado de todo con tanto esmero y cariño que se diría que no solo lo ha hecho por los chicos y por cumplir el programa de integración social sino por algo más. Creo que lo ha hecho por ti. Que te guarda un gran aprecio y ha cuidado este lugar como si en el fondo te estuviera cuidando a ti. —Me mira para decirme todo lo que no debe expresar con palabras, pues ella intuye que en su interior guarda un sentimiento hacia mí difícil de sobrellevar siendo un sacerdote, alguien que no debe albergar más amor hacia una mujer más que el de ser su protector espiritual.

## CAPÍTULO 30

Hemos acabado de comer. El tema de Kevin ha quedado así, sin más que añadir. No tengo que dar explicaciones a Rebeca, ella me lee en la mirada y sabe que la entiendo. El destino será el siguiente en intervenir en esa conversación que dejamos a medias.

Sentimos pasos, los chicos están llegando y les oímos reír al bromear en la caseta donde se estarán aseando tras la mañana de trabajos.

Ayudo a Rebeca con los platos situándolos en la mesa para que vengan todos a comer al gran salón de la casa. Son seis chicos más Kevin los que tengan que venir a comer. Los jornaleros que ya llevan contratados durante años habrán ido a sus casas, aunque algunas veces también se agregan dependiendo del tiempo que tengan, pues al oscurecer pronto solo tienen tres cuartos de hora para descansar y retomar el trabajo.

Algo me hace mirar hacia la ventana. Llevo una olla con guiso en la mano, sujetándola con el mandil para no quemarme de lo caliente que está, recién sacada del fuego. Es una sombra que oscurece el poco sol que va entrando a través de los cristales semi ocultos por las cortinas. Me fijo y descubro que es él. Es Kevin que se ha quedado parado mirando hacia dentro de la casa, y que al verme no ha podido resistirse a seguir observando lo que hago, seguro que estará preguntándose si soy yo u otra persona. Le sonrío y él responde con una mueca de asentimiento, confirmando que me ha identificado y que aún tiene que procesar el que yo me encuentre ya aquí, sin haber avisado antes de mi vuelta.

Todos se han sentado ya en la mesa, ocupando los puestos acostumbrados. Voy sirviendo a cada uno de la olla en los platos mientras Rebeca me los va presentando a medida que les acerco la comida. Me gusta que me vean como a una más, que no me tomen como la señora de la propiedad, no soy más que nadie.

Veo el lugar que le pertenece a Kevin aún vacío. Rebeca mira por la puerta aún abierta esperando que entre el que falte para cerrarla. Los perros entrarían e intentarían llevarse algún pedazo de carne en la boca si pudieran. Pero al ver que Kevin no acaba de pasar me mira con aire de extrañeza. Dejo a los chicos ya servidos, les deseo buen apetito y me dirijo al exterior de la casa. Quiero

ver a Kevin, hablar con él a solas antes de hacerlo en medio de todos.

No le acabo de ver. Le busco por la plazoleta, por las cuadras, por la casa de los chicos pero nada. No está.

Tampoco ha cogido el coche, que sigue aparcado a la vuelta, ni el tractor.

Creo que ya sé lo que ha pasado. Necesita estar solo para preparar mi recibimiento. Intuyo que está cerca del río, y sin pensármelo más voy hacia allá.

Las aves me acompañan, saltando de árbol en árbol como cuando solía ir a darme un baño y les iba dejando migas de pan por el sendero. Veo que me reconocen y les voy tirando algo del bizcocho que me sobró del viaje y que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

Herrerillos y Grajillas se disputaban los trocitos que iba esparciendo al lado del camino. Era imposible identificarlos, no tenían una característica que les definiera, excepto a uno de los herrerillos que tenía una pluma excesivamente blanca en una de las alas. El pelaje amarillo de su parte inferior contrastaba con el azul de su cabeza, cola y alas. Me llamó la atención el primer día que lo vi, con el collar azul cobalto como los demás, tan bello y elegante, y esa franja blanca en un ala que le hacía único, pero hace ya unos cuantos meses de ello por lo que igual se había ido a otra parte o incluso emigrado.

Cantaban con su trino intermitente y el chasquido final parecido a una risa que tanto alegraban el paseo, era el mejor concierto del mundo, aquella paz era inmensa, se metía por los poros de la piel, se respiraba llenando los pulmones con su amable bienvenida, haciendo el retorno más plácido aún.

Sentí la atracción de tocar uno de los árboles, un tejo que daba bondadosa sombra y amparaba de las lluvias repentinas. Me quedé bajo su copa unos instantes, nerviosa al mismo tiempo por la reacción de Kevin, podía pasar de todo o no podía pasar nada.

Me daba igual. Iba a dejar que el destino tomara su cauce por la vía que le correspondiera y viviría la intensidad acomodándome a lo que fuera surgiendo. No quería pensar ni anteceder ningún acontecimiento.

Bajo la copa del tejo comencé a sentir las primeras gotas de agua que anunciaban la lluvia con promesa de desatarse en breve. Sobre mi cara se fueron depositando pequeñas lágrimas de naciente felicidad, mezcladas con añoranza. El cielo me correspondía dejando caer su propio lamento que se convertía en una cortina difícil de parar. Cerré los ojos, apoyada en el tronco

del tejo, pues notaba que una corriente de energía maravillosa se estaba acercando y era tan fuerte que debía recuperar mi estabilidad interior para no salir corriendo de allí muerta de miedo ante lo que iba a ocurrir.

Y tal como presentí, él apareció, detrás de mí, al otro lado del tronco, mirando en la dirección opuesta, y alargando sus manos para alcanzar las mías.

No nos dijimos nada. Nos mantuvimos así, enlazados a través del árbol, sintiendo el efecto balsámico que ese abrazo indirecto nos estaba proporcionando.

Sus manos me enviaban mensajes de amor, de haberme estado esperando y por fin reunidos de nuevo en una nueva situación. Yo estaba libre sin el compromiso del matrimonio que pudiera interferir en cualquier muestra de amor, pero él seguía manteniendo sus votos, aunque también era libre de expresar amor en un plano espiritual, sin rozar lo mundano. Por tanto, nuestro contacto en esos momentos podía permitirse moralmente.

Solté sus manos en un impulso por querer darme la vuelta y acercarme de frente a él, pero en vez de ello, salí corriendo hacia el río, dejando que la lluvia calase toda mi ropa, mi cabello, mi cara, mis lágrimas.

Continuará

Avance de la nueva entrega de la saga:

# CAPÍTULO 1



na mañana de noviembre del año 2019, el reverendo Kevin McGrath, se preparaba para officiar la misa como tenía costumbre a la una del mediodía.

Era el pastor de la Iglesia católica de Santa María situada en la localidad de *Kilkenny*, perteneciente a la diócesis de *Ossory*, lugar que corresponde al obispado más antiguo de Irlanda.

Las campañas atizaban con desespero los tímpanos de los feligreses para que acudieran a tiempo a la ceremonia que ese día tenía lugar.

Kevin murmura algo que su mente prohíbe:

“Tengo en mis manos el cáliz de mi salvación o la copa que envenenará mi alma.

Me ha sacudido hasta las entrañas el vendaval de sus encantos y me he desplomado al caer las columnas de mi resistencia.

Estoy atrapado en mi libertad de decisión, no tengo tregua en esta lucha interna que me está desquiciando.

No quiero condenarme de por vida a una muerte silenciosa, a una perpetuidad de sentimientos mutilados.

Que se me lleven los demonios si tengo que vivir perdidamente atado a su recuerdo, al sabor de sus besos, al aterciopelado susurro de sus gemidos cuando la estrecho entre mis brazos en mi desconsolada imaginación.

Se despelleja mi alma a jirones cada vez que intento alejarla de mi cabeza.

Su cuerpo se ha convertido en el templo que quiero habitar.

*Soy esclavo de sus curvas, Ahora o nunca.*

Soy lo que aparece al final de los eslabones de unas cadenas invisibles que a ella me conducen.

Debo resolver este quebrantamiento lo antes posible o lo que queda de mi integridad se convertirá en añicos de pura miseria humana.”

## CAPÍTULO 2

\*Esther\*

Le he visto pasar por la plaza.

Iba vestido con su sotana, barriendo tras su paso todas las tentaciones que derrama con su presencia.

Llevaba un propósito en su avance, un norte que marcaba su rumbo, un horizonte que tras alcanzarlo saltaría al abismo que le separaría de mi vida para siempre.

Era inaccesible, tentadoramente inaccesible.

Me atraía una fuerza poderosa por detener su inercia, por girar su atención hacia mi mundo, por apresar su penitencia para hacerla mía.

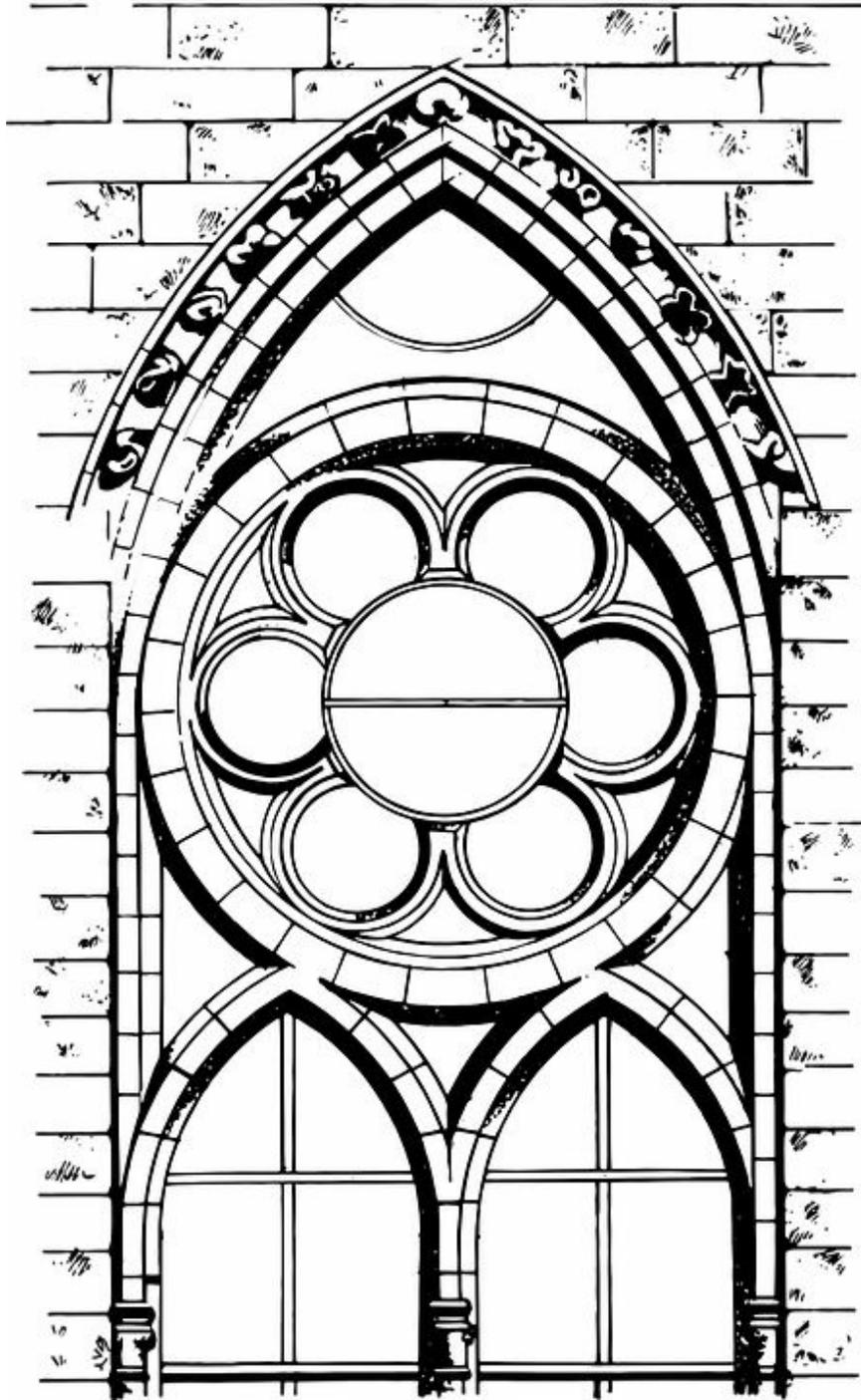
Su alma no pertenecería nunca a ninguna mujer... esa era la causa de mi desorden emocional cada vez que pienso en él. Que si sigue sin morder la manzana del pecado es porque no ha aparecido aún su Eva.

Y yo quiero ser quien le destierre de su Paraíso celestial para arder en un infierno de éxtasis perversos.

Posee un carisma que anticipa sensaciones extraordinarias que solo un hombre con alma de ángel puede brindarte, en el más oscuro secretismo inconfesable.

En el desvelo de sus noches de insomnio quiero aparecer. Yo le comentaría en su día que siempre había soñado con alguien que hablara con el Universo desde lo más profundo, que pasara de las hipocresías, los entresijos de lo superficial.

*Fragmentos que se incluirán en el los siguientes capítulos:*





*“Todos nacemos felices. Por el camino se nos ensucia la vida, pero podemos limpiarla. La felicidad no es exuberante ni bulliciosa, como el placer o la alegría. Es silenciosa, tranquila, suave, es un estado interno de satisfacción que empieza por amarse a sí mismo“*

***Isabel Allende***

Ser de Agua

Ser de Sed.

No entiendes a la luna,

Que se mira reflejada en tu agua,

La ves flotando en tu superficie

Sin poderte penetrar.

¿Por qué? ¿La noche te niega mi amor?

Y en tu agua flotas, te sumerges

Y asciendes a la superficie

Sin entregarte, porque no entiendes

Que el reflejo de la luna pertenece a otro mundo,

Y desde él te mira en lo profundo

De esta noche.

¿No entiendes que es mi corazón

Quien te busca

Y se pierde

En la superficie de tu Ser de Agua?

*Manuel M. S.*

*Sermón del reverendo Mc Grath:*

La energía que proyectas, vuelve. Porque esta energía no se desintegra y es tuya.

Si alguien te hizo daño y ha hecho sentir dentro de ti el dolor de la incomprensión, relájate y piensa que esa persona sentirá algún día esa misma incomprensión. Así que no le guardes rencor y no intentes devolverle el agravio, ya que la Ley del Universo se encargará de hacerle comprender el error de su comportamiento, por tanto, no seas tú nunca quien se cobre de alguna manera esta injusta acción.

La vida en su inmensa sabiduría, está siempre al lado de quien ama y la misma vida se encarga de dirigir esa energía.

Quien comete un acto deshonesto hacia alguien, tarde o temprano, tendrá que pasar por esa misma prueba y así una y otra vez, hasta que se dé cuenta de que las cosas no funcionan de ese modo.

La vida nos devuelve lo malo y lo bueno como si del MAR se tratase:

Con sus olas que devuelven a la orilla de la playa lo que recogen de ELLA.

Sé paciente. Piensa en positivo. Dentro de ti habita la paz del espíritu: esa armonía que tanto necesitas para un equilibrio completo.

Recuerda, siempre, las palabras del Maestro: “Es mejor sembrar la Tierra con Amor que cubrirla con Odio.”



# LA PROFECÍA

Existe un poema llamado “Evolución”  
de un tal Jordi Ornos, renombrado escritor,  
que narra una etapa de nuestra existencia,  
oscura y maligna,  
en la cual el mundo conocido se encontraba sumido  
en el caos más absoluto.

El terror ganaba terreno de forma imparable  
a través de la guerra, el hambre y la peste,  
mientras la alargada sombra de la muerte  
se cernía de un modo implacable  
sobre los hombre de cualquier linaje,  
de cualquier raza y religión;  
soberano o súbdito,  
vagabundo o adinerado.

En esta etapa,  
la ciencia y las artes brillaron por su ausencia,  
y en nombre de Dios  
el blasfemo y hereje  
fue perseguido y quemado en la hoguera  
por la Iglesia y la Santa Inquisición...

En la lúgubre estancia de una abadía  
Cuando la oscuridad avanza  
y declina el día,  
la luz de una vela  
revela una antigua profecía  
escrita sobre un viejo pergamino  
que durante siglos ha permanecido  
oculto entre sus gruesos y gélidos muros.

Un monje se sitúa  
justo sobre el eje de un cuadrado

y con tres cruces se santigua,  
y alrededor del mágico cuadrado  
sobre el frío suelo  
con tiza dibujado,  
destaca el símbolo  
de un círculo sagrado.  
Cuando todo esté listo  
empezará el ritual...  
Una doncella joven y hermosa  
viste una túnica blanca,  
de raso y satén.  
La muchacha se halla  
en grandes apuros;  
en contra de su voluntad retenida  
por los religiosos, en calidad de rehén.  
La pobre víctima se encuentra sumida  
en un sueño profundo y reparador;  
descansa sobre un lecho de rosas  
blancas y rojas  
que han sido esparcidas  
sobre la mesa redonda de un retablo,  
en el altar mayor.  
Y el monje que oficia  
La breve y solemne ceremonia  
hunde en el corazón de la novicia  
la afilada hoja de un cuchillo,  
y desde la comisura de sus labios  
corre un reguero de néctar  
de color carmín,  
mientras el fraile con parsimonia  
vierte la sangre  
de la infeliz doncella  
en el interior de una vasija de arcilla

que levanta con fuerza...,  
¡El Santo Grial!:  
“Diosa del amor,  
Luz en la penumbra  
en los días de incierto camino.  
Seas tú la luz que mi camino alumbra  
hasta la conclusión de mi destino.  
Seas tú la lucidez de mi locura,  
la vida plena ante la muerte,  
de la forma la belleza,  
lo imprevisto de la norma,  
ante el mal que nos acecha una armadura  
impenetrable.  
Sea tu voz la melodía  
del dulce cantar del ruiseñor,  
seas tú un rayo de sol,  
la luz del día más radiante,  
fuente eterna de calor.  
Seas tú quien reparta paz,  
Alegría y amor  
sobre la tierra prometida del Señor.”  
(**Jordi Ornos Gispert** “*Nuestras almas*” )

*Inspirado en todas aquellas personas que deciden dejar la comodidad de una vida basada en la satisfacción personal para sacrificarse por los demás en una cruzada por la fraternidad y el amor universal.*

*Temas de las canciones que figurarán en la nueva entrega:*

“Sparkles in my soul” autor: Federico Jusid.

### ***Tú me devuelves a mi hogar***

Tú vas y vienes

Tu desprendes luz, tú me enciendes  
Me siento más brillante

de lo que nunca me he sentido antes  
Tu vienes y te vas, yo te sigo  
Tú haces que mi mundo esté lleno  
de destellos brillantes en mi alma  
Tu desprendes luz, tu me enciendes  
Me siento más brillante  
de lo que nunca me he sentido antes  
Mi vida...

You light your own, you turn me on...  
I feel much bright  
than I've never been before...  
You come and go, I follow on...  
You make my world  
so full of sparkles in my soul...  
You light your own, you turn me on...  
I feel much bright  
than I've never been before...  
My life...

Bibliografía.

Forma de crear lluvia.

<https://www.xataka.com/ecologia-y-naturaleza/siembra-artificial-de-nubes-quien-y-como-se-puede-hacer-que-llueva>

Forma de aprovechar la energía de los rayos.

<https://cienciadesofa.com/2014/09/respuestas-l-se-puede-aprovechar-la-energia-de-los-rayos.html>

Información sobre Irlanda:

National Geographic “Dublin e Irlanda”

Bibliografía.

Documentación sobre el Chi.

<https://www.psicoadictiva.com/blog/que-es-el-chi/>

Documentación sobre el zen.

<https://www.ordenstudio.com/el-zen-y-el-arte-de-la-organizacion/>